

Bianca

Juegos de seducción

Kate Walker

Juegos de seducción

Lo sucedido aquella noche había sido muy especial, algo que Rachel nunca podría olvidar… Sin embargo, se preguntaba qué era lo que había significado para Gabriel. ¿Se lo había tomado sólo como un juego de seducción? le había dicho que le parecía muy tentadora, pero también que era… peligrosa. ¿Qué había querido decir con aquello?

Ahora, cuatro años y medio después, Rachel estaba a punto de descubrirlo: Gabriel regresaba…

Capítulo 1

YA ESTÁ aquí!

Rachel se apartó de la ventana desde la que había estado vigilando la calle, dejando caer precipitadamente el extremo de la cortina con un movimiento brusco que delataba a las claras la inquietud que empezaba a dominarla. Nerviosa, se retiró de la cara con un gesto de impaciencia el pelo color avellana, mientras que sus ojos, normalmente de un gris plateado, se oscurecían hasta adquirir un tono pizarra.

-Por supuesto, justo a tiempo -musitó.

Sin embargo, para sus adentros tuvo que reconocer que siempre había sido muy puntual; que ella recordara, sólo había llegado tarde a una de sus citas una sola vez... y ese retraso había sido planeado con Maldad tan implacable que Rachel aún se estremecía al recordarlo.

En cualquier caso, no se podía añadir a la interminable lista de defectos de aquel hombre la impuntualidad.

-¡Rachel, apártate de la ventana!-le susurró su madre preocupada. Parecía como si temiera que pudiera oírla el hombre que acababa de salir del Jaguar azul aparcado frente a la puerta.

-¡Imagínate si llega a verte espiándole...!

-No ha podido ver esta ventana desde el coche -se defendió Rachel, pero, por si acaso, se retiró de todas formas.

A pesar de que estaba segura de que no la había visto, tuvo que emplear toda su fuerza de voluntad para dominar el pánico que empezaba a invadirla al darse cuenta de que, por fin, al cabo tan sólo de unos instantes se iba a encontrar frente a él.

Se debatía entre emociones contradictorias: por una parte, su instinto de protección, que tenía que librar una dura batalla con una curiosidad cada vez más acuciante; aquél era un sentimiento tan sorprendente que tuvo que luchar con todas sus fuerzas para controlarlo. Deseaba autoconvencerse de que la visita de aquel hombre no iba a afectarla en absoluto.

Las dos mujeres se pusieron visiblemente tensas al oír el timbre de la puerta y los pasos de la criada que se dirigía al recibidor para abrir.

-¡Ay, Rachel! No creo que pueda enfrentarme a esto -Lydia Tiernan parecía a punto de perder el control de sus nervios-. Me juré que si ese hombre volvía a poner un pie en mi casa, yo me iría

de inmediato. Preferiría morirme a tener que vivir bajo el mismo techo que él.

-Y eso es exactamente lo que él está deseando, mamá -contestó Rachel amargamente-. No me refiero a que te mueras -añadió rápidamente-, aunque, desde luego, eso sería la solución a todos sus problemas... Me refiero a que si nos vamos lo único que conseguiremos es seguir su juego...

-¿Seguirle el juego?

-Sí, si nos marchamos, se quedará con todo...

La joven se dio cuenta de que no tenía que añadir nada más: la expresión de su madre había cambiado visiblemente, parecía más resuelta, y una nueva determinación brillaba en sus ojos, apenas un poco más oscuros que los de su hija.

-Pues no pienso consentir que eso ocurra y que Gabriel se apropie de lo que es mío -declaró con más firmeza de la que Rachel le había visto en los últimos días-. Él ya tiene más que de sobra de su propiedad, y no pienso tolerar...

En aquel momento la criada dio dos golpecitos en la puerta.

-Perdone, señora. Acaba de llegar el señor Gabriel Hernán.

Lo anunció de forma tan solemne que quien la hubiera oído habría pensado que se trataba, como mínimo, de algún miembro de la familia real. Incluso Rachel tuvo que reprimirse para no hacer una reverencia al hombre alto y moreno que apareció en el umbral de la puerta.

Nada más verlo se dio cuenta de que en cuatro años y medio había cambiado muy poco: continuaba haciendo gala de una impresionante presencia, de un aire de dominio que le hacían parecer aún más alto y poderoso de lo que realmente era.

Sus ojos eran del más profundo y oscuro color castaño, tanto que a veces parecían negros, casi exactamente del mismo tono que su cabello. Por su parte, su rostro siempre le había recordado a Rachel los grabados de Durero, pues parecía cincelado con las mismas líneas y planos, sin el menor asomo de suavidad, excepto en la boca, que resultaba cruel y sensual al mismo tiempo.

Si en algo había cambiado era para parecer aún más duro. Por propia y amarga experiencia, Rachel sabía que era un hombre sin fisuras, sin piedad.

Sólo con verlo sintió que la recorría una oleada de pánico ardiente, un dolor tan amargo que a punto estuvo de hacerle tambalear y caer. Tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no echarse a llorar, o, lo que hubiera sido aún peor, dar media vuelta y salir corriendo de la habitación.

Se obligó a mirarlo directamente a la cara. Echó la cabeza para atrás y levantó la barbilla desafiante, al tiempo que reprimía las palabras amargas y acusatorias que estaba deseando espetarle.

-Señor Tiernan -quería mostrarse lo más fría posible, tratarle con tal glacial cortesía que lo confundiera y le dejara sin saber que decir.

Por desgracia, no fue aquel el efecto conseguido. Gabriel Tieman la miró como si nada mientras se quitaba la gabardina y se la tendía a la criada. Se volvió hacia las dos mujeres con una sonrisa que hubiera sido capaz de derretir un iceberg.

-Hola, pequeña -saludó alegremente con un ligero acento norteamericano que hacía que su profunda voz sonara aún más atractiva-. Me alegro de verte.

-Me temo que no puedo decir lo mismo -replicó Rachel de inmediato, sin pararse a pensar si aquellas palabras eran o no las más adecuadas. Era ella la que empezaba a sentirse confundida por la inesperada reacción que había provocado en su interior aquella cálida sonrisa. ¡Y preferiría que no me llamaras pequeña!

-¿Y eso por qué? No te preocupes, ya me doy cuenta de que, obviamente, has dejado de ser una niña.

No había duda de que quería provocarla... y de que lo estaba consiguiendo. Con el mayor descaro, se la quedó mirando de arriba abajo, examinando con detalle cada centímetro de piel que no estaba cubierto por el sencillo vestido azul marino que se había puesto para la ocasión. Rachel tuvo que dominarse para no propinarle una bofetada con todas sus ganas.

No estaba en absoluto complacida por volver a verlo; aunque hubiesen compartido la misma casa durante más de tres años, no habían sido nunca una familia... de haberlo parecido, aunque fuera remotamente, él nunca se hubiera atrevido a abusar de su confianza de la forma en que lo hizo, destruyendo de manera tan cruel su inocencia.

-Si lo que quieres decir es que ya he pasado de los diecinueve, tienes razón. He crecido bastante desde que te fuiste y, por si lo habías olvidado -añadió cortante-, me llamo Rachel.

Él se limitó a asentir con un gesto; tal vez se hubiera cansado de meterse con ella, o, más probablemente,puede que hubiera recordado el motivo por el que había ido a la casa.

En cualquier caso, dirigió su mirada hacia la madre de Rachel, que estaba sentada rígidamente en el borde de un sofá tapizado en seda azul.

-Lydia...

Limitó su saludo a un educado movimiento de cabeza, pero sin hacer el menor intento por acercarse a ella, ni mucho menos por estrecharle la mano. En el fondo sabía que la dama le rechazaría, que ignoraría cualquier intento que él hiciera por acercarse.

-Mi más sincero pésame por la pérdida que acabas de sufrir -dijo.

Al oírlo, a Rachel se le aceleró el ritmo de los latidos de su corazón, de tal forma que sintió que casi se le cortaba la respiración.

¡Gabriel Tiernan dándole el pésame a su madre ¡Casi tuvo que pellizcarse para comprobar si había oído bien.

Sin embargo, enseguida empezó a sospechar que debía tratarse de una argucia, una especie de treta para despistarlas. No podía creer que las viejas rencillas pudieran superarse y restablecerse de alguna forma la comunicación entre ellos... No quería pensar por temor a que no fuera cierto que acaso sus sueños juveniles estaban haciéndose realidad y asistía a la reconciliación de su desdichada familia

Esa pequeña esperanza se desvaneció en cuanto oyó la fría respuesta de su madre.

-Gracias -repuso gélidamente, sin levantar la vista de la alfombra. ¿

No había ni la más remota posibilidad de que se restableciera la paz entre ellos: los dos bandos parecían perfectamente dispuestos para dar la batalla.

Pero alguien tenía que seguir con las formalidades. Dejando aparte lo que pensaba de aquel hombre, el hecho cierto era que si su madre había perdido a su segundo marido, él se había quedado sin padre.

-Acepta nuestro pésame, Gabriel -dijo Rachel al fin con dificultad, como si le costara articular las palabras.

El hombre no suavizó su expresión, ni la miró con más calidez al volverse hacia ella. Parecía en cambio como si sus rasgos se hubiesen endurecido aún más hasta parecer casi cinceladas en granito en vez de carne y hueso.

-Muy amable de tu parte -a pesar de que lo dijo con suavidad, ella creyó detectar cierta amenaza en su tono. Recordó súbitamente porqué había temido tanto la llegada de aquel día y los acontecimientos que inevitablemente se iban a desencadenar después de su regreso-. Y ahora que ya hemos terminado con las formalidades -continuó secamente-, que os parece si nos centramos en los asuntos prácticos: ¿os importaría decirme cuáles son

exactamente los arreglos que habéis hecho para el funeral de mi padre?

Mi padre. Gabriel no tuvo que decir nada más, con aquellas dos palabras había demostrado bien a las claras lo lejos que se sentía de ellas. Las consideraba un par de advenedizas, dos mujeres que no tenían nada que ver con su vida.

Eso significaba el final definitivo de sus ilusiones juveniles. Tras todos aquellos años de separación, ni siquiera le parecía ser la misma persona que había albergado semejantes esperanzas. Y había sido precisamente Gabriel el que la había obligado a tomar partido. En aquella guerra interminable que había convulsionado la vida familiar durante años, había pasado de estar a su favor de todo corazón, a ponerse en su contra con la misma pasión.

Y él iba a odiarlas todavía más cuando se enterara de toda la verdad.

Aquel pensamiento tuvo el mismo efecto en ella que un electroshock. Angustiada, empezó a pensar que si salía de inmediato de la habitación se pondría a gritar como una posesa. Por mucho que hubiera intentado mentalizarse para la llegada de Gabriel, en modo alguno estaba preparada para soportar tenerlo delante de ella.

-El viaje ha debido ser bastante cansado -comentó haciendo un esfuerzo por dominarse-. ¿Quieres tomar algo?

-Un café, gracias.

Gabriel apenas la miró; toda su atención se concentraba en su madre, que por fin había levantado la cabeza para enfrentarse al joven, al que estaba mirando con una fijeza casi hipnótica.

-¿Quieres comer alguna cosa? -preguntó Rachel dirigiéndose hacia la puerta.

-No, gracias -repuso Gabriel en el mismo tono con el que se debía dirigir a los empleados de la sucursal americana de Joyas Tiernan-. Sólo café, por favor.

Al salir de la estancia, Rachel sintió como si escapara de una sauna y entrara en la refrescante sombra de un jardín. Sólo cuando estuvo en el pasillo se dio cuenta de lo que le había costado incluso respirar en la tensa atmósfera que se había creado entre los tres. Inspiró con ansia-ante la ventana abierta hasta que consiguió calmarse lo suficiente como para dirigirse a la cocina.

Aunque podía habérselo pedido al ama de llaves, prefirió preparar el café ella misma, para, de ese modo, calmar un poco sus nervios y ordenar sus pensamientos antes de volver al salón.

Perpleja, se preguntaba qué era lo que había pasado durante

aquellos cuatro años y medio. Parecía como si desde el momento en que Gabriel había entrado en la casa, todo aquel tiempo se hubiera evaporado como por ensalmo. Ella volvía a ser de nuevo la sencilla muchacha de diecinueve años que él había conocido antes de marcharse, alucinada ante la revelación de su primer amor.

Amor. No dejaba de darle vueltas a aquella palabra, clavada en su cabeza y en su corazón como un puñal. Y realmente eso había sido aquel amor para ella, la muerte total de su inocencia, de sus ideales. Gabriel había tomado sus sueños y los había hecho añicos de forma cruel e implacable.

-¡No! -musitó con rabia- ¡No quiero pensar en eso!

Con un gesto brusco, se apartó de la encimera, buscando a su alrededor algo que la distrajese del asalto de aquellos dolorosos recuerdos. Abrió un armario y sacó una caja de galletas, entreteniéndose unos instantes en colocarlas en un plato. Aunque él le había dicho que no quería comer nada, la bandeja tendría mejor aspecto si colocaba en ella algo más que la cafetera.

Gabriel debía tener un oído tan fino como el de un astuto gato, pues en cuanto ella enfiló el pasillo que conducía al salón, él abrió la puerta de inmediato y le quitó la bandeja de las manos.

-Yo la llevaré.

-No es necesario...

Se dio cuenta de que sus protestas serían inútiles, ya que él no había hecho una sugerencia, sino una orden ante la que no le quedaba más remedio que ceder. Se le quedó mirando en silencio mientras colocaba la bandeja en una mesa baja en el centro de la habitación.

-¿No vais a tomar nada? -preguntó haciendo un gesto hacia la taza solitaria.

-Acabamos de comer. ¿Qué te hace tanta gracia? -preguntó Rachel intrigada por su súbito cambio de expresión, al verle distender los labios en una amplia sonrisa.

-Son mis favoritas -contestó, tomando una de las galletas-. Te has acordado.

Sólo entonces Rachel se dio cuenta de lo que había hecho: cuando Gabriel vivía en la casa tenía debilidad por aquellas galletas de miel y avena. Las hacían de forma completamente artesanal en una pequeña panadería del pueblo; en aquellos días, Gabriel sólo tenía que formular un deseo en voz alta para que ella se desviviera por conseguirlo.

Maldijo en silencio que su subconsciente la hubiera traicionado hasta el punto de hacerla escoger aquellas galletas en particular.

Suponía que Gabriel iba a dar una interpretación completamente errónea a aquel pequeño desliz.

-No ha sido idea mía -negó resueltamente-. Son las únicas galletas que temamos, ya que me olvidé de pedirle a la señora Reynolds que comprara algunas más.

Evitó deliberadamente mirarlo para no tener que enfrentar sus cínicos ojos de ébano.

-¿Estás bien, mamá? -preguntó solícita, sentándose a su lado-. ¿Quieres que te traiga algo?

-Nada, gracias -repuso su madre en un suspiro.

Lydia tenía los ojos enrojecidos, y mientras hablaba intentaba contener las lágrimas con la ayuda de un fino pañuelo de algodón.

-Quizá te venga bien echarte un rato. Aunque no puedas domir; el descanso te hará bien -a Rachel le preocupaba sobremanera lo poco que había dormido su madre desde aquella funesta mañana en que la policía había ido a verlas con la terrible noticia del accidente ocurrido en la autopista-. En el caso, claro -añadió rápidamente-, de que ya hayáis terminado de hablar.

Esta última fraseaba dirigida a Gabriel quien, tras servirse una taza de café, las observaba fijamente en silencio.

-Creo que ya hemos discutido lo más importante -dijo fríamente-. Lo demás puede esperar.

-Pues entonces, si nos disculpas...

Asintió en su forma característica, condescendiente como un señor feudal dando permiso a uno de sus siervos. Aquello era típico de Gabriel, pensó Rachel con cinismo ; nunca había dejado de considerarlas a ella y a su madre como unas intrusas, y siempre las había tratado como tales. Durante un corto espacio de tiempo, a ella la había aceptado, incluso le había mostrado un poco de afecto, pero a Lydia siempre le había tratado con la fría indiferencia que ahora parecía reservar para las dos mujeres.

-Volveré en un momento -dijo Rachel mientras ayudaba a su madre a levantarse del sillón-. Sírvete más café si quieres.

Deliberadamente intentó imitar su frialdad, y se dio cuenta de que aquella pequeña provocación lograba su objetivo al ver un relampagueo de ira en el fondo de sus ojos. No le gustaba que se dirigieran a él en aquel tono.

Y su disgusto iba a ser mucho mayor, pensó Rachel aprensivamente, cuando se enterara de lo que había ocurrido los dos últimos días.

Acompañó a su madre a su dormitorio en el primer piso y, tras ayudarla a acostarse, corrió las cortinas para que no le molestara la

luz.

-Intenta descansar, mamá -dijo suavemente-. Dentro de un par de horas te traeré el té.

Lydia ya tenía los ojos cerrados. Los acontecimientos de los días pasados habían consumido todas sus fuerzas y se sentía exhausta. A pesar de todo, una cosa la inquietaba sobre todo lo demás.

-Gabriel... -empezó a decir.

-No te preocupes -la tranquilizó Rachel-. Yo hablaré con él.

A pesar de su aparente seguridad, aquella promesa empezó a pesarle como una losa en cuanto bajó las escaleras para reunirse con él.

¿Cómo iba a ser capaz de manejar a Gabriel si nadie nunca lo había conseguido? Ni siquiera su padre había sido capaz de domeñar aquella inquebrantable determinación que lo caracterizaba.

Se detuvo ante la puerta del salón, inspirando profundamente y sacudiendo los hombros en un intento de relajarse antes de afrontar la prueba que la esperaba.

Intuía que Gabriel iba a interpretar lo ocurrido de la forma menos favorable, así que tendría que elegir sus palabras cuidadosamente.

Sin embargo, en cuanto abrió la puerta todas las frases que había preparado, todas sus precauciones se evaporaron como por ensalmo.

Gabriel se había quitado los zapatos y se había tumbado descuidadamente sobre el elegante sofá; también se había aflojado la corbata y se había desabrochado un par de botones de la camisa.

Tenía los ojos cerrados y parecía tan relajado que podía decirse que se había quedado dormido, si no fuera por el pequeño detalle de que con una mano sostenía un vaso en el que se había servido una ración más que generosa del mejor whisky de su padre.

Rachel sintió que la ira y el despecho se desbordaban por sus venas como la lava de un volcán. Impulsada por la furia que hervía en su interior, entró en la estancia dando un portazo.

-¡Vaya¡¡Espero que estés cómodo! ¡Como si estuvieras en tu casa! ¿eh? -le espetó-. ¿Quiere el señor alguna otra cosa?

Gabriel entreabrió los párpados perezosamente, lo que no contribuyó precisamente a calmar el enfado de Rachel.

-Estoy bien, gracias... o lo estaré en cuanto haya acabado con esto -dijo señalando la bebida. Levantó el vaso hacia ella, como haciendo una parodia de un brindis-. ¿Quieres acompañarme?

¡Acompañarle! Se estaba comportando como si fuera el dueño de

la casa. El problema, sin duda, estribaba en que realmente creía que la casa le pertenecía.

-¿A media tarde? ¡No gracias! ¡No quiero caerme redonda!

Sin duda, fue el comentario más desafortunado que podía haber hecho, pues de inmediato le recordó lo ocurrido cuatro años y medio antes, cuando, por culpa del champán, había cometido el error más terrible de toda su vida.

Amargamente recordó también que fue en aquella ocasión cuando le vio dormido por primera vez, y que aquella visión había sido lo que le había hecho perder el control de sus actos.

-¿No te parece que te estás pasando, Gabriel? -preguntó, a sabiendas de que estaba echando por la borda todas los propósitos que se había hecho para tratar con él con diplomacia.

-¡Pero si sólo es un whisky, por Dios santo! -se defendió Gabriel dando otro sorbo-. Me parece que me lo merezco después del viaje que he tenido.

-¡Oh, sí! ¡Estoy segura de que ha tenido que ser agotador! -comentó Rachel irónicamente-. ¡Figúrate! Primera clase en el Concorde, nada menos. ¡No tienes ni la menor idea de cómo viaja la gente normal!

En aquel momento él la interrumpió con una mirada tan amenazadora que hizo que se disipara como por ensalmo toda su furia. Toda su agresividad no era más que un escudo que utilizaba para protegerse del tumulto de sentimientos que él provocaba en su interior. Notó que se le formaba un nudo terrible en el estómago y que la garganta se le quedaba seca.

-Así que no te alegra verme, ¿eh? -murmuró dolido. Era evidente que estaba fingiendo para ver cómo reaccionaba ella.

Aquel tono burlón fue lo que abatió definitivamente sus defensas, haciéndola más vulnerable que nunca al dolor que durante tanto tiempo y con tanto esfuerzo había intentado dominar.

-¡No! ¡No me alegra nada! -exclamó-. Si quieres que te diga la verdad, habría preferido que no hubieses regresado nunca. No eres bien recibido en esta casa...

-Era mi padre -la interrumpió Gabriel suavemente; sólo sus ojos reflejaban la pena que le atormentaba.

Aquellas palabras la hicieron sentir un dolor auténtico por primera vez aquella tarde.

-¡Gabriel! Lo siento muchísimo... -sin pensarlo, Rachel se sentó a su lado en el sofá y le acarició la mano en un gesto de consuelo-. Perdóname, sé muy bien por lo que estás pasando.

Durante un largo instante, Gabriel permaneció tumbado,

mirándola inexpresivamente; repentinamente, se incorporó, rechazando de golpe la caricia y el consuelo que ella le estaba ofreciendo.

-¿Lo sabes? -preguntó con una violencia que la dejó helada-. ¿Realmente tienes idea de cómo me siento?

-¡Claro que sí! -se defendió Rachel-. ¡Greg también significaba mucho para mí! ¡Ha sido el único padre que he conocido!

Gabriel se puso en pie, dándole la espalda, y de un trago se bebió lo que le quedaba de whisky. Entonces Rachel se dio cuenta de que si no se lo decía en aquel momento, no se lo diría nunca ; no quería ni pensar en lo que ocurriría si llegaba a enterarse por otra persona.

-Gabriel, hay algo que debes saber -empezó a decirle, incapaz de enfrentar su mirada-. Es acerca dé Greg... de tu padre y de mi madre... Se casaron el viernes por la noche...

En cuanto lo hubo dicho, él se giró en redondo, y Rachel se dio cuenta de que sus peores temores estaban a punto de hacerse realidad.

Capítulo 2

QUÉ...? ¡Que ellos...! El vaso se le cayó de la mano y se hizo añicos con estrépito contra la mesa de mármol. Aunque Gabriel hablaba en susurros, el tono de sus palabras denotaba tal violencia que Rachel se estremeció de pies a cabeza, temiendo la terrible reacción que presentía por su mirada.

Nunca antes le había visto en tal estado, ni siquiera cuando, siete años antes, su padre le anunciara que había decidido que Lydia y su hija de dieciséis años iban a mudarse a su casa de Londres. Su reacción entonces la había asustado, pero no había sido nada comparada con la que estaba presenciando en aquel momento.

Únicamente en dos ocasiones había asistido a sendos arranques de furia en los que Gabriel se había despojado de su habitual máscara de fina cortesía. De una de ellas ni siquiera quería acordarse, mientras que en la otra su reacción había sido de total frialdad, de una cruel indiferencia; entonces le había parecido un hombre de hielo, exactamente todo lo opuesto al estallido de furia que sus palabras habían provocado.

-Gabriel... -su intento de aplacarle se estrelló de inmediato contra su terrible mirada.

-¡Que se han casado!

La asió con fuerza por los brazos, obligándola a levantarse del sofá. Estaban tan cerca que Rachel podía sentir el calor de su piel, oír su respiración entrecortada, la violenta reacción casi física ante el inesperado anuncio de la boda de sus respectivos progenitores.

-¡Casados! ¿Es cierto?

-Sí... -respondo Rachel con una voz apenas audible. La furia de Gabriel parecía haberle secado la garganta, haciendo que su voz sonara como un graznido.

A pesar de que la apretaba con tanta fuerza que le estaba haciendo mucho daño, Rachel rezó para que no la soltara, porque si lo hacía presentía que sus piernas serían incapaces de sostenerla, y se caería sin remedio a sus pies, patética y humillada.

-¿Me juras que es cierto?

-¡Claro que es cierto! -replicó de inmediato, reaccionando por fin molesta por que él no acabara de creerla-. ¿Acaso piensas que soy una mentirosa? -con un brusco movimiento consiguió desasirse, alejándose de inmediato al otro extremo de la habitación-. Creo que no te he mentido nunca, así que no iba a empezar a nacerlo ahora,

y menos en un asunto tan importante. ¿Me crees capaz de hacer semejante cosa, precisamente en estas circunstancias?

-No, es cierto que tú nunca mientes -reconoció Gabriel sacudiendo la cabeza. Aunque su voz sonaba un poco más tranquila, seguía tenso de los pies a la cabeza-. Así que al final hizo de ella una mujer honesta, ¿eh?

Rachel se estremeció por la ironía implícita en su comentario. Sabía muy bien lo que pensaba de Lydia. Había odiado la forma en que, según él, ella había invadido su casa, usurpando el lugar de su madre. Podía imaginarse perfectamente las terribles sospechas que Gabriel estaría formulando.

-¿Y eso fue todo? -preguntó.

-¿Todo? -repitió Rachel, sin saber muy bien a qué atenerse-. ¿Qué más quieres?

-Sí, que más se puede pedir -fue su cínica respuesta-. Lydia debe estar exultante. ¿Y cómo ocurrió? Me imagino que sería como una conversión en el lecho de muerte...

-Sí, se casaron en el hospital -le explicó Rachel cortante, aborreciéndole por la forma en que él estaba planteando todo el asunto-. No creo que hubiera podido ser de otra forma -continuó-. Tu padre no era precisamente de los que asumen sus compromisos...

Aquel comentario era un golpe bajo, se dijo Rachel sintiendo una punzada de culpabilidad al ver cómo cambiaba la expresión de sus ojos. Parecía como si todos los convencionalismos se hubieran venido abajo y a partir de entonces pudieran decirse el uno al otro las cosas más terribles.

Sin embargo, y por mucho que entonces lo deseara, ya era demasiado tarde para rectificar.

-Así que «como si estuvieras en tu casa», ¿eh? Vaya, vaya...

Por un segundo, Rachel no entendió lo que Gabriel quería decir, pero cuando se dio cuenta de que estaba imitando lo que ella le había dicho al entrar en el salón, un estremecimiento le recorrió de pies a cabeza.

-¡Ja! «Espero que estés cómodo». ¡Qué graciosa! Ahora lo entiendo todo... por eso estabas tan enfadada.

-¡Espera! -Rachel podía ver con claridad qué era lo que estaba pensando, y le parecía despreciable-. No es lo que te imaginas...

-¿Ah, no? -repuso con una cínica sonrisa que más bien parecía una mueca. Aquel gesto hizo que a Rachel se le helara la sangre en las venas-. ¿Quieres decir que tu madre no quería casarse? ¿Que nunca deseó conseguir la respetabilidad que el apellido de mi padre podía darle? Y aún más, ¿podrás negar que nunca echó alguna

miradita codiciosa a esta casa... y al dinero y los negocios que un marido podría dejarle en herencia...?

-¡No, no, no! -Rachel se sorprendió casi gritando, tal era su deseo de interrumpir aquellos comentarios malintencionados-. ¡Haces que todo parezca tan mezquino! ¡Por supuesto que mi madre quería casarse! ¡Cualquier mujer enamorada desea que el hombre al que ama se comprometa con ella formalmente! -al llegar a este punto tuvo que contenerse para que no le afectara la risotada con la que él acogió sus palabras-. Y sí -continuó-, admito que ella deseaba la casa, pero tú lo dices de una forma que hace que parezca que se aprovechó de un moribundo, que le chantajeó y le presionó hasta obligarlo a que le pusiera el anillo de boda. ¡Pues puedo jurarte que no ocurrió en absoluto así!

Algo de lo que había dicho, o puede que simplemente la vehemencia que había puesto en defensa de su madre, hizo vacilar a Gabriel. Quizá no fuera nada más que las cálidas lágrimas que, sin que ella misma se diera cuenta habían, empezado a deslizarse por sus mejillas.

-Entonces, ¿cómo fue? -preguntó suavemente.

Con un gesto impaciente, Rachel se secó las lágrimas, casi sin acabar de creerse que él fuera a escucharla.

-¿De verdad quieres saberlo? -Gabriel asintió con la cabeza, así que ella procuró dominarse y aprovechar la oportunidad para defender a su madre-. Para empezar, te diré que estaban preparando la boda. Tu padre le pidió que se casara con él el día de Año Nuevo. Decía que era una fecha muy apropiada para un nuevo comienzo -le explicó sin poder reprimir una dulce sonrrisa al recordar aquel día.

»Habían decidido que fuera en Pascua -continuó, esforzándose por hacer que Gabriel la creyera-. No podían imaginarse lo que iba a ocurrir -dijo tristemente-, pensaban que tenían todo el tiempo del mundo por delante, y mi madre siempre había soñado con casarse en primavera. Disfrutaba como nunca con todos los preparativos.

-Me lo puedo imaginar. Ahora sólo falta que me digas que estaba pensando casarse de blanco y todo...

No hacía falta ser muy agudo para darse cuenta de que él no la creía, y que en el fondo de su negro corazón seguía manteniendo la misma opinión miserable sobre su madre.

-No me crees, ¿verdad? -preguntó enfrentando su mirada, más glacial que nunca.

-En lo que se refiere a tu madre, me perdonarás si no me muestro precisamente crédulo. Necesitaría algún tipo de prueba que me demostrara que dices la verdad...

Antes de que hubiera acabado la frase, Rachel se había dado la vuelta bruscamente, y dirigiéndose a un elegante secreter, se puso a rebuscar en los cajones. Al cabo de un momento le tendió con expresión triunfante un montón de tarjetas.

-¡Aquí la tienes! -exclamó casi sin respiración-. ¡Toma! -le instó ante su de ¡concierto.

-¿Qué es esto? -preguntó Gabriel a su vez, por primera vez parecía realmente confundido.

-¡La prueba que me has pedido! ¡Mira...!

Gabriel se quedó con una de las tarjetas, mirándola fijamente; como si no pudiera dar crédito a lo que veía, leyó el texto en voz alta.

-Nos complace invitarle a nuestro enlace matrimonial que celebraremos el próximo cuatro de abril... Pero... ¡las invitaciones son para el mes que viene! -exclamó.

-¡Pero iban a casarse! ¿No te das cuenta? -replicó Rachel exasperada-. ¿Por qué no lo admites?

-Él no me dijo nada.

-¿Y por qué tendría que hacerlo? Sabiendo lo que pensabas de mi madre supondría que no te alegrarías precisamente de que entrara a formar parte de la familia -Gabriel se puso pálido al oír aquella acusación-. Bueno -se corrigió Rachel-, supongo que te habría avisado tarde o temprano si las cosas se hubieran desarrollado como habían previsto. Ya habían solicitado la licencia y todo lo demás... -se detuvo sintiendo que le invadía de nuevo la negra tristeza en la que había estado sumergida durante los últimos días-. Yo iba a ser su testigo... -explicó, y, sin poder hacer nada por evitarlo, se echó a llorar.

-¡Dios mío! -impulsivamente, Gabriel la estrechó con ternura entre sus brazos, dejando caer las invitaciones, que quedaron esparcidas sobre la alfombra como gigantescos copos de nieve.

Suavemente la condujo al sofá y se sentó a su lado. Continuó abrazándola acariciándole el pelo, procurando que se tranquilizara.

-Creo que te debo una disculpa -admitió en un susurro-. Tú nunca me mentirías.

Pero sus cariñosas palabras apenas le sirvieron a Rachel de consuelo. Gabriel le había pedido perdón por no creer la historia de la boda, pero sin duda aún la creía capaz de aliarse con su madre en contra suya con el único fin de apropiarse de la casa que había sido su hogar desde que era un niño.

-Lo siento... -dijo Rachel agitada, mientras procuraba secarse las lágrima.

-Chiiist... -le interrumpió Gabriel poniéndole un dedo delante de los labios.

Ella notó que se aceleraba el ritmo de su corazón ante aquel contacto inesperado. Apenas podía soportar la intensidad de los sentimientos que habían despertado en su interior ante el abrazo de aquel hombre.

Quería desasirse como fuera, pero temía que al hacerlo fuera incapaz de controlar la oleada de emociones que amenazaba con desatarse en cualquier momentó. Sólo podía esperar que él se separara por fin, que interrumpiera aquel contacto físico que la hacía sentir como si una corriente eléctrica circulara por sus venas.

-Tú no tienes la culpa -continuó Gabriel-. Es toda esta maldita situación... Estoy demasiado susceptible...

-¡Dios mío, Gabriel! Creo que tienes todo el derecho del mundo a sentirte susceptible... Has perdido a tu padre, ¡y ni siquiera has tenido la oportunidad de despedirte de él!

Al oírla, fue como si una sombra cruzara por su rostro haciéndolo palidecer. Cuando ella aprovechó para desasirse, Gabriel ni siquiera pareció darse cuenta. Rachel se dijo que quizá aquel fuera el mejor momento para intentar enmendar su anterior torpeza.

-¿Quieres saber cómo ocurrió? -preguntó tímidamente. Gabriel cerró los ojos un instante, como si fuera incapaz de soportarlo. Con esfuerzo, se rehizo, haciendo gala una vez más del autocontrol que le caracterizaba y que, nunca, salvo en una ocasión, lo había abandonado.

-¿Quieres contármelo?

En realidad no quería hacerlo, pero era lo menos que podía hacer por él. Procuró ponerse en su lugar, imaginarse cómo se habría sentido si hubiera sido ella la que hubiera recibido una llamada transoceánica anunciándole que su padre había sufrido un terrible accidente en la autopista y estaba debatiéndose entre la vida y la muerte en la unidad de cuidados intensivos de un hospital.

-Parece ser que no fueron las heridas del accidente las que lo mataron. Los médicos nos dijeron que podía haberse recuperado de todas ellas, pero tuvo un infarto en la ambulancia, de camino al hospital. Consiguieron controlarlo, y durante un tiempo pareció que iba a superarlo, pero... -se detuvo recordando el horror de aquella segunda noche de incertidumbre. No había pasado más de una hora desde aquella boda improvisada cuando les llamaron del hospital para darles la terrible noticia-. Pienso que él lo sabía, que había sentido una especie de... premonición. De hecho, fue él el que

insistió en que la boda se celebrara sin tardanza. Parecía... ¡tan feliz !, Gabriel -instintivamente, Rachel se dio cuenta de que él necesitaba saber más detalles. - »En todo momento se mostró firme y positivo, y, por lo que sabemos, no sufrió en absoluto. Los médicos dijeron que todo había sido tan rápido que no le dio tiempo siquiera a enterarse. Me dijo que te dijera que te quería, y que estaba orgulloso de tu trabajo en América... también me dijo que esperaba que un día nos aceptaras como miembros de tu familia.

Al llegar a aquel punto se dio cuenta de que inconscientemente había asido la mano de Gabriel entre las suyas, aunque no podía decir si lo había hecho para consolarle a él o a sí misma. La única certeza que tenía era la de que él había retenido su mano cuando ella había hecho un gesto para desasirse.

-Muchas gracias por todo -dijo en voz muy baja.

-No tienes que agradecerme nada -replicó Rachel con la mirada fija en sus manos entrelazadas, la de él tan firme y grande que hacía que la suya pareciera aún más frágil y pálida de lo que en realidad era-. Él sabía que estabas de camino -añadió suavemente.

Gabriel no pudo reprimir que un temblor le recorriera la mano, traicionando de aquella forma una emoción que su rostro impasible se negaba a mostrar. Rachel se volvió hacia él; más que nunca le pareció entonces insondable la profundidad de aquellos ojos oscuros que la miraban fijamente.

-¿Quién se lo dijo?

-Yo -admitió Rachel a duras penas. No tenía la menor idea de cómo iba a reaccionar. A fin de cuentas, había sido la irrupción de su madre en sus vidas la que había provocado que Gabriel y su padre se distanciaran... tanto que ni siquiera se habían visto en los últimos cuatro años.

-Fue muy amable por tu parte -comentó Gabriel con absoluta sinceridad. Rachel no pudo evitar recordar una noche en la que él le había dicho cosas que ella había creído inocente, ciega, locamente...

-Lo hice por Greg. También significaba mucho para mí: como ya te he dicho, él ha sido el único padre que he conocido -sin poderlo evitar, volvió a echarse a llorar amargamente.

-Rachel... -empezó Gabriel, pero ella no quería que siguiera hablando, no fuera a ser que dijera algo que ella no pudiera creer, destruyendo de aquel modo la frágil tregua que habían logrado establecer.

-Nunca he echado en falta a mi verdadero padre, después de todo, cuando murió yo sólo tenía tres años. Así que cuando vinimos

a vivir con Greg, él no reemplazó a mi padre, sino que llenó un espacio vacío en mi vida. Y había estado vacío tanto tiempo que ni siquiera me había dado cuenta de lo enorme que era.

A los dieciséis años también había creído que Gabriel podía llenar un vacío en su vida, ser parte de la familia que nunca había tenido, y muy poco después había esperado de él mucho más. Pero todos aquellos sueños se habían hecho pronto añicos, demostrándose así lo ilusa que había llegado a ser.

-Él fue tan bueno conmigo...

-Se preocupaba mucho por ti.

Algo había cambiado entre ellos. Gabriel parecía haberse puesto en guardia de nuevo. Se desvanecía la paz que se había establecido entre los dos y en su lugar se instalaba una especie de tensión eléctrica que la enervaba y la asustaba.

-¿Gabriel?

Cuando se volvió hacia él con los ojos todavía llorosos, oyó que se escapaba de su garganta un extraño sonido, mitad gemido mitad gruñido.

-¡Por Dios santo, Rachel, acércate!

Quizá fue la avidez con la que él la estrechó entre sus brazos, o la intuición de que Gabriel entendía sus sentimientos; o tal vez fue la insólita revelación de que él era exactamente lo que necesitaba la que abatió definitivamente cualquier posible resistencia por su parte.

Desde el momento en que se enteraron del accidente, Rachel había tenido que mostrarse fuerte por Lydia. Había sostenido a su madre con entereza durante las largas horas de espera en el hospital, y también se había encargado de todos los trámites y papeleo, bregando además para mantener alejada a la prensa. No había tenido tiempo hasta entonces para dejarse llevar por su propio dolor.

Por fin tenía a su lado a alguien fuerte que la ayudaría, alguien en cuyas manos podía depositar parte de la responsabilidad que hasta entonces había asumido.

Entonces, por primera vez sucumbió a la pena que hasta aquel momento había relegado al fondo de su alma, estallando en incontrolables sollozos que dejaron empapada la inmaculada camisa de Gabriel.

Él se limitó a abrazarla, sin decir una sola palabra, simplemente dejando que llorara, haciendo que el calor de su cuerpo la envolviera como una cascara protectora. Esperó con paciencia a que cesaran los sollozos, se detuviera el torrente de lágrimas y dejara

reposar la cabeza en su hombro, exhausta pero alivida.

-¿Estás mejor? -preguntó suavemente.

Rachel se limitó a asentir con la cabeza; de hecho, se sentía muchísimo mejor, como si en aquel breve instante hubiera descubierto algo auténticamente valioso y de importancia vital para su existencia.

Había recuperado en parte al antiguo Gabriel, al que había idolatrado durante su adolescencia, el hombre ocho años mayor que ella que había sido su héroe. Aquel era el Gabriel que había sido parte esencial de su vida desde el momento en que se trasladó con su madre a la casa de Greg Tiernan.

-Mucho mejor, gracias -dijo sonándose ruidosamente.

-Me alegro.

Pero había algo en su voz que la previno. El tono amable y gentil había dado paso a otro muy diferente. Aunque era incapaz de interpretarlo correctamente, hizo que de inmediato se disparara una alarma en su cerebro.

También lo notó en la forma en que la abrazaba, en la tensión que pareció apoderarse de todos sus miembros. Sorprendida, se dio cuenta incluso de que se habían acelerado los latidos de su corazón, traicionando una reacción que estaba intentando controlar con todas sus fuerzas, procurando esconderla como fuera.

En un instante de absoluta lucidez, Rachel supo que estaba intentando dominar el impulso que le había llevado a abrazarla con todas sus fuerzas.

-¿Gabriel?

Se le quedó mirando y fue como si el tiempo retrocediera y estuviera viviendo de nuevo otro momento de su pasado, ¡tan lejano!, en el que le había parecido ver en el fondo de sus ojos de ébano algo que había creído que era amor.

Y sin embargo había sido algo muy diferente lo que se escondía detrás de su mirada, un sentimiento mucho más básico y primitivo, nada más que pura lujuria. Aquello era todo lo que aquel hombre podía ofrecerla.

Por suerte ya no era la misma adolescente de entonces, tan fácil de embaucar. Al primer vistazo reconoció fácilmente aquella mirada tan particular, y fue como si le arrojaran en plena cara un jarro de agua fría. Por lo menos veía con claridad cuál era el peligro al que se enfrentaba.

Sin poder evitar un estremecimiento, reconoció también su parte de culpa, lo que significaba que, en contra de sus más firmes principios, había bajado la guardia de forma ignominiosa.

Se había jurado a sí misma que no volvería a permitir que aquel hombre le hiciera daño otra vez, y durante años había preparado sus defensas y mantenido su resolución con absoluta firmeza.

Sin embargo, en un instante de debilidad toda su resistencia se había venido abajo como un castillo de naipes. Se había dejando invadir por todos los sentimientos que tan cuidadosamente había procurado mantener alejados, traicionándose a sí misma como nunca hubiera sospechado que pudiera volver a hacerlo.

-Rachel, ¿estás bien?

-Sí, muy bien -logró articular, al tiempo que esbozaba una insincera sonrisa.

No quiso arriesgarse a enfrentar su mirada de nuevo, así que procuró disimular su turbación haciendo como que buscaba un pañuelo. Por suerte su bolso estaba en el otro extremo de la habitación, lo que le proporcionaba una excusa inmejorable para levantarse y alejarse de su lado.

Tras fingir convincentemente que se secaba las lágrimas, consideró que se había recuperado lo suficiente como para enfrentarse de nuevo a Gabriel.

-Tal vez quieras refrescarte un poco, o dormir algo antes de la cena... -sugirió.

Él no contestó, ni siquiera se levantó, tan inmóvil como una estatua de mármol. Realmente parecía un antiguo dios griego, se dijo Rachel, con aquella frente ancha, la nariz recta, los pómulos altos parecía una imagen en carne y hueso de Zeus o de Apolo, o más bien un héroe legendario, como Jasón o Teseo.

-Si quieres, puedo enseñarte tu habitación.

Gabriel se encogió de hombros con indiferencia. Por suerte, parecía que había pasado el peligro, pensó Rachel complacida.

-No creo que pueda descansar -dijo poniéndose en pie y estirándose lentamente-. Creo que me va a costar acostumbrarme al nuevo horario. Sin embargo, me apetece darme una ducha caliente. He dejado mi maleta en el recibidor...

-Supongo que Reynolds la habrá subido a tu cuarto -dijo Rachel repentinamente incómoda. El matrimonio de su padre era sólo una parte de las noticias que tenía que comunicarle... y estaba segura de que el resto tampoco iba a gustarle nada.

-¿Ese tal Reynolds es el marido de la señora Reynolds que he conocido cuando he llegado? -preguntó Gabriel con retintín.

-Así es. Empezaron a trabajar en la casa hace cosa de un año.

-¿Sustituyendo acaso a la señora Kent y a Joe?

-Ya eran muy mayores -respondió Rachel poniéndose a la

defensiva-. Sé que les tenías aprecio, pero has estado fuera mucho tiempo, y las cosas no pueden permanecer siempre igual.

-Eso parece -comentó Gabriel secamente-. Me pregunto cuál será la próxima novedad.

Al oírle Rachel sintió que le flaqueaban las piernas. Mientras subían las escaleras creyó notar que él la seguía demasiado cerca, tanto que podía sentir su respiración en el cuello. Sin embargo, cuando ya no pudo resistirlo más y se volvió hacia él, vio con asombro que él la contemplaba con expresión inocente dos escalones más abajo. Enfadada consigo misma, se dijo que Gabriel la afectaba de tal forma que estaba empezando a reaccionar como una auténtica paranoica.

-No hace falta que me acompañes -dijo Gabriel cuando llegaron al rellano-. Creo que conozco la casa mucho mejor que tú, después de todo, crecí en ella. Te aseguro que no he olvidado ningún detalle en estos cuatro años. Me parece que soy perfectamente capaz de encontrar yo sólito mi propia...

-¡Ya no es tuya!

Nada más pronunciar estas palabras, Rachel se arrepintió de su propia estupidez. ¿Cómo había podido darle aquella noticia con semejante falta de tacto? Sin duda, había sido la reacción lógica al oírle decir que no había «olvidado ningún detalle».

Gabriel se detuvo en seco en el último peldaño, y se la quedó mirando amenazadoramente.

-Explícate -dijo cortante. Rachel tragó saliva, procurando frenéticamene encontrar las palabras más adecuadas-. Si mi habitación ya no es la mía, ¿de quién es entonces?

-Mía -admitió Rachel valientemente.

-¡Qué idea tan encantadora! -replicó sarcástica-mente. No parecía en absoluto sorprendido, sólo un poco intrigado-. ¿Y de quién fue la idea?

-Fue tu padre el que insistió en ello.

Rachel sabía bien lo que había significado para él su habitación cuando era más joven; en realidad se trataba más bien de un especie de suite o de mini-apartamento, que incluía una salita de estar, cuarto de baño y puerta independiente, lo que le aseguraba una privacidad casi absoluta.

Y eso era algo que Gabriel siempre había tenido en gran estima y que había aprovechado a fondo en los primeros tiempos de la estancia de las dos mujeres en la casa.

Nunca había disimulado su rechazo hacia Lydia, ni tampoco ocultado su teoría de que había sido la relación de ésta con su padre

lo que había provocado que se separara de su madre. Por eso había decidido pasar el mayor tiempo posible en su ático, reuniéndose con el resto de la familia únicamente en las comidas y sin permitir que nadie entrara en el apartamento.

-Te aseguro que no fue idea mía, créeme -protestó Rachel-. Él personalmente encargó que lo redecoraran como regalo cuando cumplí ventilan años.

Nadie sabía lo difícil que le había resultado aceptar semejante obsequio. No sólo porque había resultado extravagantemente caro, sino por otras razones mucho más personales. Aquel ático siempre estaría ligado en su mente al recuerdo de Gabriel y de una noche que hubiera preferido olvidar.

-No, supongo que no lo fue. Él siempre hace... hacía -se corrigió haciendo una mueca de dolor- lo que le venía en gana, aunque eso supusiera pisotear los sentimientos de otras personas.

-No pensaba que ibas a volver. Le dejaste bien claro que creías que tu futuro estaba en América -Rachel rezó para que su voz no la traicionara, demostrando lo dolorosa que aquella decisión también había sido para ella.

-Pues tenía razón -declaró Gabriel orgullosa-mente-. Tenía pensado no regresar hasta haberme casado... Bueno, entonces, mi querida Rachel, ¿puedes decirme por favor dónde vais a instalarme después de haberme echado del ático?

-En la habitación azul -respondió, aunque lo único en que podía pensar era en aquellas terribles palabras: «hasta haberme casado». Aunque quería creer que sólo era una forma de hablar, conocía demasiado bien a Gabriel, e intuía que no se trataba de un mero farol.

-Ha sido idea de Lydia, supongo.

-No, mía -confesó Rachel haciendo caso omiso de su ironía-. Pe., pensé que es donde estarías más cómodo.

Se trataba del dormitorio más grande de la casa, mayor incluso que el que su madre había compartido con Greg. De forma un tanto ingenua creía que su amplitud le compensaría en cierto modo de la pérdida de su antiguo ático.

-Cómodo y justo al otro extremo de la casa, para evitarte cualquier molestia, ¿no?

-¿Molestia? -murmuró Rachel sin entender.

-Y justo al lado de Lydia, que oirá sin problemas cualquier ruido sospechoso en el pasillo, ¿verdad? -su malévola sonrisa le mostró a las claras el escabroso rumbo de su imaginación-. Ya veo que los dormitorios se han repartido exactamente al contrario de como

estaban cuando yo vivía aquí. Así evitaremos repetir los mismos errores, ¿no es cierto? -concluyó con una meliflua sonrisa, haciendo caso omiso de la expresión horrorizada de Rachel.

-¡Eres...!

-Pero no había hecho falta que te preocuparas tanto, corazón. No tengo la menor intención de acosarte.

La forma en que la había llamado corazón había sido como una auténtica bofetada en plena cara.

-Ni siquiera había pensado que fueras a hacerlo -declaró airadamente.

-¿No? Entonces, ¿a qué ha venido todo lo que has montado ahí abajo? -preguntó Gabriel con sorna señalando con un gesto a la puerta del salón, aún entreabierta, y más concretamente el sofá donde habían estado sentados.

-¿A qué te refieres?

-¡Sabes exactamente a lo que me refiero!

-¡Estaba muy transtornada!

-Sí, puede que al principio lo estuvieras -admitió Gabriel-, pero enseguida se te han visto las intenciones. ¡Te has levantado como si yo tuviera la peste! Te ha faltado tiempo para salir corriendo...

-¡Estás exagerándolo! -se maldijo a sí misma por el temblor en la voz. No podía evitar reconocer que, en parte, Gabriel estaba en lo cierto.

-Nunca exagero, Rachel, nunca -había algo amenazador en su expresión que sacaba a la luz feas imágenes del pasado a las que ella se negaba obstinadamente a enfrentarse-. Pero no tienes que preocuparte -continuó Gabriel-: tus prevenciones están completamente fuera de lugar. Te aseguro que no soy ninguna amenaza para tu recato virginal. Conmigo estás más segura que con cualquier tía solterona.

Segura no era precisamente la palabra que Rachel asociaba con Gabriel Tiernan, se dijo amargamente. Aquel hombre estaba dotado de ese encanto tan peculiar que hacía que todas las mujeres se sintieran fascinadas y temerosas a la vez.

-¿Sí? -musitó. Curiosamente, Gabriel no supo entrever los derroteros que seguían sus pensamientos, y se tomó su escueta réplica en el sentido más literal.

-Créeme, cariño -replicó, exaltándose a medida que hablaba-: aunque estuviera desesperado, aunque hubiera vivido dos vidas sin conocer a ninguna mujer, o estuviera ardiendo de pura lujuria, aunque supiera que iba a morir si no tenía una mujer en mi cama... aun entonces y aunque tú fueras la única mujer en el mundo ¡te

aseguro que ni te tocaría!

Subrayó sus palabras con un ademán tan violento que hizo que Rachel se volviera, agarrándose con fuerza a la balaustrada, con el miedo reflejándose en sus ojos grises. Sin embargo, Gabriel controlaba perfectamente la situación, y no tenía la menor intención de tocarla. Se detuvo en el último segundo con un gesto tan calculado que fue más insultante, más expresivo que cualquier cosa que hubiera podido decir.

-Entonces, ¿por qué me has tocado? -replicó Rachel con la angustia de un animal herido.

Gabriel la miró inexpresivamente, con el rostro convertido en una máscara.

-Necesitabas ayuda. Sólo un bruto sin sentimientos te hubiera dejado llorando sola. Pero no volverá a ocurrir nada semejante, Rachel. No pienso volver a tener nada que ver contigo en toda mi vida. Es un riesgo que me puede costar demasiado caro.

-¿Y qué te hace pensar que vas a tener la oportunidad de hacerlo? -le espetó, sintiendo que la furia y el rencor le hervían en las venas.

Por un segundo Gabriel se volvió hacia ella con gesto descompuesto, pero enseguida consiguió recobrar su impasibilidad.

-No me preguntes eso, corazón, no creo que te gustara mi respuesta. Ahora, si me disculpas, voy a ducharme. Si antes me sentía sucio, ¡imagínate ahora!

Rachel se pegó a la pared para dejarle pasar, pero no había necesidad de que lo hiciera, pues él se mantuvo tan distante y tenso que no hubo la menor posibilidad de que se rozaran siquiera.

¡Y pensar que ella había creído recuperar al antiguo Gabriel! Sacudió la cabeza con desesperación, contemplándole mientras se alejaba por el pasillo en dirección a su cuarto. ¡Qué tonta había sido! ¡Qué ciega!

Nunca había existido el antiguo Gabriel. Sólo había sido una ilusión, producto de la loca imaginación de ana adolescente. No había existido más que en sus fantasías, en sus patéticos sueños de muchacha solitaria.

Aquél que había tenido delante aquella tarde era el verdadero Gabriel, el único, con el alma tan negra y retorcida como ya le había demostrado a la mañana siguiente de su decimonoveno cumpleaños. Nada había cambiado desde entonces.

Capítulo 3

RACHEL se quedó como clavada en lo alto de las escaleras, luchando con los demonios que las palabras de Gabriel habían despertado justo cuando menos preparada estaba para hacerles frente.

-¡Esto es ridículo! -musitó para tranquilizarse-. ¡No permitiré que me afecte de este modo! El pasado, pasado está, tengo que acabar con él de una vez por todas.

Pero ni mucho menos era así; esa frase había dejado de ser cierta en el mismo instante en que Gabriel había regresado a la casa, y con aquel simple gesto había abierto de par en par una parte de su alma que ingenuamente ella había creído sellada para siempre. Aquel hombre había conseguido desatar la misma furia y conmoción que si hubiera abierto la caja de Pandora, y Rachel tenía la certeza de que le iba a resultar imposible recuperar la paz tan difícilmente conseguida.

Durante las dos horas que quedaban para la cena procuró prepararse mentalmente para la dura prueba que la esperaba.

Tuvo que hacer una esfuerzo para mantener la compostura al tener a Gabriel sentado frente a ella, en un extremo de la enorme mesa del comedor; se había puesto un traje de corte perfecto con una camisa inmaculada y corbata, acatando de aquella forma las normas que su padre había establecido muchos años atrás por las que obligaba a todos los comensales de su casa a presentarse impecablemente vestidos para las comidas.

-Ya ves que sigo las reglas -le había dicho Gabriel cuando se encaminaban al comedor-. ¡Incluso muerto él sigue dirigiendo nuestras vidas! -comentó amargamente.

-A tu padre le gustaba hacer las cosas con estilo.

-Y también estar rodeado de mujeres hermosas elegantemente vestidas -replicó lanzando una larga mirada a su largo vestido de terciopelo color púrpura.

No parecía haber ninguna segunda intención en ese gesto, ni el menor rastro del fuego turbador que ella había vislumbrado cuando estaban en el salón, pero aún así, saber que él la observaba la sumió en el desconcierto. Deseó no haberse puesto aquel vestido, que aunque de manga larga y sin escote, era lo suficientemente ajustado como para destacar todas sus curvas.

-Me parece que hubiera estado muy complacido al verte esta

noche -continuó Gabriel-. ¿Has diseñado tú esas joyas?

Rachel se llevó la mano a los pendientes de amatistas que colgaban delicadamente de sus orejas, aliviada por tener una excusa que le distrajera de seguir mirando su cuerpo de aquel modo tan inquietante.

-Sí, lo hice yo. Greg me regaló las piedras las pasadas navidades y yo realicé el diseño -contestó un poco incómoda. No sabía cómo iba a reaccionar al enterarse de que su padre le había hecho otro regalo tan magnificó como aquél.

-Son espectaculares -se limitó a comentar amablemente-. Tienes mucho talento -alabó.

Aquello era lo más parecido que habían tenido hasta entonces a una conversación normal, pensó Rachel asombrada. Justo en aquel momento su madre entró en la habitación, provocando que de repente la atmósfera se enrareciera visiblemente. Cuando pasaron al comedor, la conversación discurrió por los tópicos habitúales, aunque era evidente que los tres hubieran dado cualquier cosa por evitar aquella cena.

Lydia se levantó antes incluso de que hubieran servido el postre, y pretextando que no se encontraba demasiado bien, se retiró a su dormitorio. Rachel y Gabriel siguieron comiendo unos instantes en silencio hasta que él retiró el plato a un lado aunque aún quedaba en él más de la mitad.

-Creo que el jet-lag me está afectando más de lo que creía. Tendré que disculparme mañana con la señora Reynols, pero realmente ya no puedo más.

-Estoy segura de que lo entenderá perfectamente -repuso Rachel, y con un suspiro de alivio, dejó también su plato casi intacto-. La verdad es que estos días a todos nos resulta un poco difícil comer como es debido. ¿Quieres un café?

-No, gracias, no quiero espantar el sueño. Pero me tomaré un brandy si no te importa.

-Por supuesto, estás en tu... -se interrumpió bruscamente al darse cuenta de lo que acababa de decir: aquella ya no era su casa, y ella lo sabía demasiado bien-. Sírvete tú mismo -se corrigió-, pero tendrás que disculparme si no te acompaño. Ha sido un día muy largo, así que iré a ver cómo está mamá y después me acostaré de inmediato.

Subió a su cuarto y, tras quitarse el vestido, se desmaquilló, se puso un camisón de seda rosa y se encaminó al cuarto de su madre.

Para su sorpresa, su madre tenía muchas ganas de hablar, y la retuvo a su lado más de lo previsto. Cuando por fin se disponía a

volver a su cuarto, sintió que la invadía una oleada de pánico: no podía volver al ático, no después de que lo ocurrido hubiera removido aquel día tantos recuerdos terribles.

Pero también temía que Gabriel la viera allí plantada, en medio del rellano, como un conejo asustado a punto de caer en una trampa. Sacudió la cabeza con determinación y se obligó a subir a su cuarto.

Se decidió justo a tiempo, pues cuando llegó a la puerta de sus habitaciones con la respiración entrecortada y el corazón latiéndole a toda velocidad, oyó que Gabriel enfilaba el pasillo para dirigirse al cuarto azul. El crujido de una tabla le recordó la crudeza con la que se había dirigido a ella aquella tarde: «no tengo la menor intención de repetir los errores del pasado», le había dicho.

¡Ojalá a ella la hubiese detenido la posibilidad de que su madre pudiera oír el crujido del entarimado!, se reprochó, sintiéndose más desgraciada que nunca. Quizá entonces las cosas no hubieran ido tan lejos aquella noche... pero para su desgracia Greg y su madre se habían ido al teatro, dejándoles la casa para ellos solos.

Cuando por fin encendió las luces del ático estaba a punto de sufrir un ataque de nervios. Ni siquiera la tranquilizó la familiar visión del cuarto, sabiamente decorado por su madre para ella en tonos crema y salmón. No se le iba de la mente la imagen de aquella misma estancia cuando pertenecía a Gabriel, y dominaban en ella los colores verde oscuro y bronce. Así era como la había visto la primera vez, y así la imaginaba siempre cuando pensaba en el pasado.

Sin embargo, recordó, había pasado mucho tiempo antes de que Gabriel le permitiera la entrada a su sanctasanctórum. En un principio había rechazado de plano la presencia de Lydia y su hija en la casa, y había procurado por todos los medios mantener las distancias con ambas.

Poco a poco las cosas habían ido cambiado. Fue él el que empezó a hablar a Rachel, tolerante apenas al principio, pero con el tiempo fue desarrollando una especie de sincero afecto por la hijastra de su padre.

Por su parte, Rachel se había quedado fascinada desde la primera vez que vio al alto y atractivo hijo de Greg. Nunca hasta entonces había conocido a nadie como él, quien por aquel entonces recién salido de la universidad, había empezado a trabajar en el negocio paterno.

Sus conversaciones eran sin embargo muy limitadas; Rachel se sentía tan nerviosa que apenas podía articular palabra en su

presencia. Todavía podía recordar con todo detalle lo ocurrido el día en que todo cambió entre ellos, dieciocho meses después de su llegada a la casa.

Había sido el cumpleaños de Gabriel, y, reuniendo todo su valor, ella le había preguntado su edad.

-¡Veintiséis! -había exclamado sorprendida-. ¡Pero si acabaste la universidad hace sólo dos años! ¿Qué te pasó? ¿Tuviste que repetir algún curso?

En cuanto dijo estas palabras deseó que la tierra se la tragara. Por suerte, Gabriel parecía más divertido que otra cosa por su comentario.

-¡Qué directa! -rió-. Pues no, no repetí ningún curso. Lo que ocurrió es que después de acabar el instituto estuve dos años en África trabajando en una ONG.

Había pasado aquel tiempo en un país arrasado por la guerra civil, atendiendo a los refugiados. Precisamente la noche antes Rachel había visto un documental sobre todo aquello en la televisión, y no pudo evitar estremecerse al pensar en los riesgos que Gabriel habría tenido que enfrentar al vivir en tan terribles condiciones.

-Pero... ¿no te pareció horrendo? ¿Gomo fuiste capaz...?

-Era muy cabezota -repuso Gabriel lacónicamente-. La verdad es que una vez que estás allí, ni te planteas lo que estás haciendo. Tú y yo podemos elegir qué hacer, pero toda esa gente no tiene elección posible. Han de soportarlo como sea porque no tienen nada más... En cambio, a mí me resultó fácil, porque sabía que estaría allí por un tiempo limitado.

-¿Cómo se te ocurrió ir hasta allí? -preguntó Rachel admirada.

-Creo que fue un caso claro de conciencia culpable -respondió secamente. Se dio la vuelta y se quedó mirando largamente por la ventana la vista sobre el río Támesis-. Era joven, tenía buena salud, ninguna atadura y había recibido, además, una educación esmerada -le explicó-. De repente me di cuenta de que había estado viviendo en una jaula de oro, muy conforable, cierto, pero jaula al fin y al cabo. Sabía que después de la universidad conseguiría trabajo con facilidad en el negocio familiar. Quise pararme y hacer algo diferente, estaba harto de que todo me resultara tan fácil, no quería acostumbrarme. Sobre todo, deseaba hacer algo que mereciera la pena.

-¿No te parece que las empresas Tiernan merecen la pena?

-¿Diseñar joyas para los más ricos? -preguntó Gabriel a su vez dándose la vuelta en redondo-. No me parece precisamente una

obra de caridad.

-¡Pues a mí me encantaría hacer algo así! ¡Imagínate todo lo que podrías conseguir con tu fortuna si consigues hacerte tan rico como tu padre! Si yo tuviera mucho dinero lo. gastaría ayudando a los demás de ese modo. Puedes hacer tanto...

-Tienes razón -la interrumpió Gabriel, pero en sus palabras se escondía una nota de ironía que la hizo volverse hacia él con amargura.

-No hace falta que te burles así de mí. Ya sé que piensas que soy una ingenua, una tonta rematada...

-¡Nada de eso! -repuso Gabriel ácidamente-. Créeme, mi dulce Rachel, nunca pensaría que eres tonta. Inocente, tal vez, vulnerable, por supuesto... y desde niego, sí, bastante inocente.

-¡No soy ninguna niña! ¿sabes? -protestó la joven-. Cumpliré dieciocho la semana que viene.

-Todavía eres lo suficientemente joven como para creer ciegamente en tus ideales. Por desgracia, pequeña, la vida real no es tan sencilla ni mucho menos...

-mientras hablaba, Gabriel se paseaba por la estancia, hasta que por fin se sentó en el brazo de un sillón, mirándola directamente a los ojos-. Te darás cuenta pronto de que hay problemas en el mundo que no se pueden solucionar con dinero. A veces lo único que se puede hacer es poner parches y rezar para evitar que todo se venga abajo.

«El poder del dinero hace que muchas veces nos olvidemos de lo que es realmente importante en la vida

-le explicó al tiempo que echaba una ojeada a la elegante habitación con sus espléndidos muebles-. Antes de que puedas darte cuenta, te conviertes en un adicto al consumismo, y a partir de entonces, nada te será suficiente. Siempre querrás algo más, más caro, una casa nueva, un coche... -se detuvo bruscamente, mirándola con atención para ver si se había dado cuenta de lo que había querido decir.

-¿Una nueva esposa también? -dijo Rachel completando la frase por él-. O al menos, una nueva amante -se corrigió, ya que, al menos legalmente, Greg aún continuaba casado con la madre de Gabriel.

Él asintió lentamente. Rachel empezó a atar cabos al recordar que le había dicho que se había ido a África al acabar el instituto.

-Entonces... decidiste marcharte tan lejos... -empezó dubitativa.

Intuía que Lydia no había sido la única mujer en la ajetreada vida sentimental de Greg. Sabía que ambos se habían conocido

hacía más de veinte años, aunque pensaba que su affaire habría durado poco tiempo, ya que poco después Lydia había conocido a John Amis y se había casado con él.

-¿Al enterarme de que mi padre le era infiel a mi madre? -replicó Gabriel completando la frase por ella-. Sí, tuvo mucho que ver con eso. Cuando descubres que los pilares sobre los que se asienta tu vida se están tambaleando, empiezas a cuestionarte todo lo demás, y se te quitan las ganas de hacer incluso aquello con lo que has estado soñando toda la vida. Decidí entonces posponer mi carrera y marcharme para encontrarme a mí mismo.

Hizo esta declaración con un tono tan amargo que Rachel no se revolvió inquieta en su asiento.

-¿Y lo conseguiste?

-Bueno, regresé, ¿no? -replicó Gabriel con una sonrisa que más parecía una mueca-. Sin embargo, no había dejado de darle vueltas, incluso pensaba que mis padres habían decidido poner fin a sus hostilidades. Sólo tardé seis meses en darme cuenta de que mi padre había vuelto a sus antiguas artimañas -con un gesto brusco se puso de nuevo en pie, sacudiendo la cabeza como para librarse de tan malos recuerdos-. No puedo creer lo que estoy haciendo -murmuró para sí, plantado de espaldas a ella en medio de la habitación, con las manos en los bolsillos.

-¿Qué? ¿Qué quieres decir? -insistió Rachel al ver que se había detenido en seco.

-No puedo creer que te esté contando todo estoque esté hablando de estas cosas con una chiquilla.

Sus palabras le hicieron un daño terrible, sobre todo por el contraste que suponían después de que Gabriel le hubiera estado hablando como si la considerara una igual, una persona adulta en quien poder confiar y cuyas opiniones merecían ser .tenidas en cuenta.

-¡No soy ninguna chiquilla! -protestó airadamente, pero sin poder disimular del todo el pánico-. ¡Sé bastante más de la vida de lo que te imaginas! Y aunque era muy pequeña, te puedo asegurar que me acuerdo perfectamente de lo mal que me sentí cuando él murió, cuando me di cuenta de que no iba a verlo nunca más... sólo podía pensar que le podía ocurrir lo mismo a mi madre y a toda la gente a la que quería...

-¡Dios mío! ¡Lo siento mucho! -rápidamente Gabriel se acercó a ella; con mano firme le asió por la barbilla, obligándola a que lo mirara. Le oyó reprimir una maldición al darse cuenta de que las lágrimas empezaban a desbordarse por su rostro-. Lo siento -

repitió-, no me he dado cuenta...

Rachel se limpió las lágrimas con el dorso de la mano, esforzándose por parecer y sonar desafiante.

-Sé muy bien... -empezó.

-Sí, ya lo sé -la interrumpió Gabriel con voz profunda-. ¡Eres una criaturita tan seria y solemne!

Delicadamente le retiró un mechón de pelo de la cara, con una ternura tal que a Rachel le resultó casi dolorosa. Sus ojos eran tan oscuros profundos que por un instante le pareció posible hasta poder zambullirse en ellos.

Presentía que iba a besarla, y lo deseaba además desesperadamente. Aquello era exactamente con lo que había soñado durante toda su vida, lo que más había ansiado en el mundo.

-Yo... -empezó a decir Gabriel, pero justo en aquel momento se abrió la puerta de la habitación de golpe.

-Así que estás aquí -Lydia se les quedó mirando a ambos enarcando una ceja; no hizo falta que dijera nada más para demostrar bien a las claras su desaprobación-. ¡Rachel !, te he dicho que te quedaras en tu habitación haciendo los deberes. ¿Qué haces entonces merodeando por aquí?

A la joven le costó un largo instante reaccionar a la sorpresa provocada por la repentina irrupción de su madre, mientras que Gabriel, sin embargo, había recuperado de inmediato la compostura, no sin antes haberle acariciado la mejilla, en un gesto que Rachel quiso interpretar diciéndose que, por alguna razón, él lamentaba romper el contacto.

-¡Pero...! -emepezó a protestar.

-¡A tu cuarto ahora mismo te he dicho! Rachel buscó la mirada de Gabriel, su apoyo, pero lo único que recibió fue una sonrisa burlona.

-Mejor será que hagas lo que te mandan. Después de todo, te será difícil hacer esa fortuna de la que hablas si antes no haces los deberes.

Apretando los labios, Rachel se dio la vuelta y salió de la habitación. Apenas había llegado a las escaleras cuando oyó a sus espaldas la voz de su madre dirigiéndose a Gabriel llena de hostilidad mal reprimida.

-Te agradecería que dejaras en paz a mi hija -le advirtió-. Es una chiquilla muy impresionable y no consentiré que le llenes la cabeza de tonterías.

-No hace falta que se preocupe, señora Amis -replicó Gabriel con

la fría formalidad que reservaba para hablar con Lydia-. No sé qué ideas se habrá hecho, pero le aseguro que son sólo figuraciones suyas. Para mí su hija no es más que una amiga, y como tal, no puede estar más segura conmigo.

Al oírle, las ilusiones que Rachel se había hecho tan sólo unos instantes antes se desvanecieron por completo, dejándola desconcertada y confusa. Ella no quería estar segura con Gabriel, y mucho menos que él la considerara simplemente una amiga.

Rachel volvió de golpe a la realidad; se había sentado en el borde de la cama, con la mirada perdida, mientras las imágenes de lo ocurrido hacía tanto tiempo pasaban por delante de sus ojos como una película.

Ni siquiera había vuelto a encender las luces, y las sombras y el frío de la noche de primavera se cernían ominosamente a su alrededor.

Se abrazó intentando controlar el temblor que la dominaba; pensó en encender las luces, pero sabía que eso no le serviría para alejar las sombras que acechaban su alma.

Si por lo menos las cosas se hubieran quedado en aquel punto... Ojalá se hubiera conformado entonces... Sólo así habría conseguido estar realmente segura.

Sin embargo, su emergente sexualidad se había aliado con un poco de vanidad femenina herida para forzar la situación hasta un punto en que escapó por completo a su control.

En un primer momento no le había quedado más remedio que obedecer a su madre. Había regresado a su cuarto y se había metido en la cama, donde se había pasado la noche llorando abrazada a la almohada. Cuando por fin se hubo tranquilizado un poco, un único pensamiento dominaba todo su ser.

-Él quería besarme, ¡y lo habría hecho si ella no hubiese entrado! -se repetía una y otra vez. Estaba convencida de que Gabriel había hablado con tanta frialdad sólo para complacer al Lydia, sin creer en absoluto en lo que la estaba diciendo.

Se lo repitió tantas veces que acabó convencida de ella, aunque el fondo sabía que lo que Gabriel pensara o dijera carecía de importancia ante el hecho irrefutable de que ella lo amaba. Y estaba completamente decidida a que él lo supiera.

Llegaría un día, se dijo, en que Gabriel la vería como realmente era, reconocería que era una persona adulta, una mujer madura. Y aquel día, se repitió una y mil veces, dejaría de decir que lo único que podía sentir hacia ella era una pura amistad.

Rachel recordó con un estremecimiento su infantil

determinación de aquella noche tan lejana. Se lo había propuesto como el más solemne de los juramentos, y por y ello y desde entonces, por su propia culpa, había conseguido no estar nunca más segura al lado de Gabriel.

Capítulo 4

LA ESPERA es lo peor, ¿verdad? -¿Perdón? Rachel, que hasta entonces había estado mirando distraída por la ventana del salón, se volvió sorprendida al oír a Gabriel. Había entrado en la habitación tan sigilosamente que ella no le había oído, absorta como estaba en sus pensamientos, hasta tal punto que le costó unos instantes darse cuenta de lo que le acababa de decir.

-¡Ah, sí! Sin duda..., es fatal. Es lo que solías decirme para darme ánimos cuando estaba preparando un examen o cuando tenía cita con el dentista.

-Recuerdo que lo odiabas -dijo Gabriel sonriendo levemente.

-¡Y lo odio! -replicó Rachel, repentinamente incómoda ante su inesperada amabilidad. Tenía los nervios de punta después de la tensa velada de la noche anterior y de haberse pasado la noche pensando en el Gabriel que había conocido tanto tiempo atrás-. Tú solías decir que la espera era lo peor porque significaba que lo que tenía que ocurrir se iba haciendo irremediable.

-¿Eso decía?

-Sí, y en este caso es peor que nunca, porque sé que cuando el funeral termine, ya no habrá nada que pueda hacer por Greg.

-Creo que te entiendo... -asintió Gabriel seriamente-. ¿Cómo lo está llevando tu madre? -preguntó-. ¡Oh, Rachel! ¡No pongas esa cara! No soy un monstruo,¿sabes? Además, te recuerdo que he pasado la noche en el dormitorio contiguo al suyo.

Rachel se dijo que si su madre se había pasado la noche llorando, tal y como había hecho desde el día del accidente, Gabriel tendría que haber estado sordo para no oírla.

-Esta mañana está algo más tranquila -repuso-. Creo que la viene bien tener algo de lo que ocuparse.La he prometido que iría a buscarla en cuanto llegaran los primeros coches, pero que antes necesitaba un poco de tiempo para mí sola.

-Sé exactamente cómo te sientes -comentó Gabriel.

Por un instante Rachel casi creyó que ambos compartían algo íntimo y precioso; incómoda, buscó algo que decir que resultara menos emotivo. Por suerte, se acordó que él había entrado en la estancia después de contestar una llamada telefónica.

-¿Era tu madre? -preguntó. La noche anterior se había enterado de que la primera esposa de Greg se había trasladado a Australia después de la ruptura de su matrimonio.

-Sí, me ha dicho que os diga que esta mañana rezará por nosotros.

-Es muy amable de su parte -replicó Rachel sin poder disimular Su sorpresa.

-Mi madre no os guarda ningún rencor ni a ti ni a tu madre, Rachel. Hace ya siete años de todo aquello, y ella siempre supo como era Greg. Me ha dicho que lamenta no poder venir, pero los médicos no se lo permiten.

-Sería una locura venir desde Australia con el tobillo roto... aunque la verdad es que me hubiera gustado conocerla.

-Ella me ha dicho lo mismo -comentó Gabriel un tanto inquieto, mirándola de arriba abajo-. Estoy seguro de que se quedaría impresionada si te viera, estásmuy... elegante -comentó examinando detenidamente el sencillo traje negro que Rachel se había puesto para la ocasión-. ¿Hoy no te has puesto ninguna joya?

-No me ha parecido apropiado -contestó Rachel llevándose la mano al cuello desnudo de cualquier adorno.

-¿Apropiado"? -repitió Gabriel haciendo una mueca-. Esa era la palabra favorita de mi padre... o por lo menos una de ellas. Pero, ¿cómo es que resulta inapropiado llevar joyas en el entierro de un joyero? Por otra parte, te recuerdo que él siempre odió el color negro; solía decir que sólo estaba bien como fondo para sus magníficos collares y broches. Deberías ponerte alguno de sus favoritos -sugirió.

-¿Estás seguro? -preguntó dubitativa. A ella se le había ocurrido lo mismo, pero, finalmente, había decidido que sería mejor dejarse llevar por su instinto. Habría mucha gente en el funeral; amigos de Greg, socios, clientes importantes... no quería incomodarlos haciendo algo que les pareciera de mal gusto.

-Completamente -respondió Gabriel con firmeza. La asió por los hombros y la condujo hacia la puerta-. Anda, sube y escoge algo que resulte realmente espectacular. Y llévalo con orgullo.

Más tarde Rachel se preguntaría si la idea de Gabriel había sido una estratagema para distraerla, para de algún modo matar el tiempo. Si había sido así, tenía que reconocer que había funcionado.

Justo cuando acabó de probarse las joyas que iba a llevar, oyó que se acercaban los primeros coches. Tuvo el tiempo justo para ponerse el abrigo y el sombrero y buscar a su madre para acompañarla a la puerta.

Sólo cuando tuvo delante el coche fúnebre, aparcado en el camino de entrada, se dio cuenta de la magnitud de la pérdida que acababa de sufrir Gabriel. Impulsivamente, se volvió hacia él,

dispuesta a ofrecerle también su apoyo.

Estaba tan pálido que parecía un milagro que pudiera mantenerse en pie con actitud tan firme. Sus ojos se veían ensombrecidos por un profundo pesar.

-Gabriel... -murmuró, y, sin pensárselo dos veces, le asió de la mano.

dontuvo la respiración unos segundos, sin saber muy bien cómo iba a reaccionar, preparándose para afrontar que él la rechazara. Sin embargo, tras una breve vacilación, él le devolvió el apretón. Los tres juntos se encaminaron hacia el coche que los llevaría hasta la iglesia.

Cuando llegaron, Gabriel parecía haber recuperado por completo el dominio de sí mismo. Con un gesto cortés que dejó atónita a Rachel, cuando salieron del coche no vaciló en ofrecer su brazo para entrar en el templo. Pero le asombró aún más la facilidad con la que su madre aceptó su apoyo, esbozando incluso una sonrisa de agradecimiento. Después, Gabriel se volvió hacia ella, asiéndola por el codo.

Se sintió tan conmovida por su delicadeza que, a pesar de las tristes circunstancias que estaban viviendo, fue como si un rayo de sol hubiera atravesado un cielo cubierto de nubes.

Gabriel permaneció a su lado no sólo durante toda la ceremonia, sino también en el entierro y el trayecto de regreso a la casa.

-Hubiese preferido poder evitarte esto -murmuró cuando ambos se detuvieron en el umbral del salón, completamente atestado por los asistentes al funeral-, pero alguien tiene que atender a estas personas, y, evidentemente, tu madre no está en condiciones de hacerlo, así que le he dicho que se acueste.

-Quizá debería... -empezó a decir Rachel encaminándose hacia las escaleras. Sin embargo, y por segunda vez durante aquel día, él la obligó a quedarse donde estaba, aunque entonces lo hizo de forma que

ella pudo sentir la firme presión de sus manos por encima de la fina tela del vestido.

-No, no creo que debas hacerlo -musitó ásperamente-. La señora Reynolds le ha subido una bandeja con el té y las pastillas que le ha recetado el médico. Ella se encargará de ver cómo está, así que no hace ninguna falta que tú vayas. No consentiré que te acobardes.

-¡Acobardarme! -repitió Rachel sintiendo que la furia hervía por sus venas-. ¡Ni lo pienses!

Alzó la cabeza con orgullo, decidida a controlar el temblor de sus manos, y con los ojos brillantes pero secos entró en el salón,

dispuesta a comportarse como la perfecta anfitriona.

Sin embargo, cuando ya llevaba veinte minutos atendiendo a los invitados, empezó a sospechar que, una vez más, había sido víctima de sus manejos. Tal y como había ocurrido aquella mañana, cuando él la obligó a subir a su cuarto para ponerse las joyas, había controlado la situación con su calma y frialdad habituales para evitar que ella se dejara llevar por el pánico.

-¿Estás bien? -le preguntó acercándose a ella y tendiéndole una copa de vino-. Toma, te lo has ganado.

-¡Por supuesto que estoy bien! -replicó Rachel de inmediato-. Y tú sabías que lo estaría si conseguías provocarme lo suficiente.

Por primera vez en aquel día de dura prueba para ambos, Gabriel sonrió amplia y sinceramente. Rachel se había dado cuenta de que, a pesar de que se movía con su soltura y encanto habituales entre los corrillos de invitados, llamando a cada uno por su nombre, recordando con todo detalle anécdotas sucedidas muchos años atrás, en realidad Gabriel estaba sufriendo lo indecible. Su pena le seguía como una sombra, convirtiéndole casi, a pesar de sus esfuerzos, en una patética parodia de sí mismo.

-Sólo necesitabas un empujoncito -le dijo aún sonriente-. No sé por qué tenías tanto miendo. Estoy seguro de que puedes manejar muy bien a un selecto grupo de amigos...

-¡Pero Gabriel! ¡Si aquí hay una auténtica multítud! -replicó Rachel mirando a su alrededor-. Han venido un montón de peces gordos, millonarios y empresarios sobre todo. Debían ser clientes de tu padre, ya que son los únicos que podían pagar sus creaciones. Incluso me ha parecido ver a algún miembro de la realeza. Puede que para ti se trate de un selecto grupo, pero la verdad es que yo me siento completamente fuera de lugar. No importa lo mucho que quisiera a Greg, para ellos no soy más que la hija de su amante...

De inmediato se dio cuenta de su metedura de pata. Gabriel frunció el ceño y apretó la mandíbula; parecía a punto de hacer añicos la copa entre sus dedos.

-Eres la hija de su viuda -la corrigió tras unos segundos de tenso silencio.

Allí estribaba la clave de todo: Gabriel nunca había aceptado que Lydía fuera la amante de su padre, lo consideraba una afrenta a su madre. Pero aún le gustaba menos que se hubiera convertido en la segunda señora Tiernan.

Sin embargo, este análisis no cuadraba con la amable deferencia con la que Gabriel las había tratado a ambas durante todo aquel día.

-Nadie sabe nada de la boda -musitó Rachel en voz muy baja-. No se ha hecho ningún anuncio publico-continuó, procurando que no la oyera nadie más que él.

-Muy pronto lo sabrán todos -replicó Gabriel-. Cuando mañana se lea el testamento, todo saldrá a la luz... eso si el matrimonio es legal, claro.

-¿Cómo que si es legal? -atónita por las implicaciones de lo que acababa de oír, Rachel olvidó la discreción, elevando peligrosamente el tono de su voz-. ¿Qué es lo que quieres decir? ¡Por supuesto que es legal!

-Razón de más entonces para que conozcas a tanta gente como puedas y puedas demostrarles lo encantada que estás en su compañía -argumentó Gabriel con suavidad ignorando su ataque de furia-. No te preocupes, yo te acompañaré. Ven conmigo y te presentaré a todo el mundo.

Sin una palabra más, se dirigió hacia los invitados, sin preocuparse de si ella le seguía o no. Evidentemente daba por hecho que así sería... y por supuesto Rachel no le defraudó. En realidad, no tenía más opción que obedecerle si no quería montar una escena delante de toda aquella gente, y estaba demasiado bien educada como para siquiera plantearse semejante posibilidad.

Por fin el último invitado abandonó la casa. Aquella velada había sido una pi ueba durísima para Rachel, incluso contando con el apoyo de Gabriel quien, a decir verdad, no se había separado de ella ni un solo instante.

-¡Gracias a Dios que ya ha terminado todo! -exclamó Gabriel como si pudiera leer sus pensamientos.

Se quitó la chaqueta con un suspiro de alivio y la colocó cuidadosamente sobre una silla. Se sentó descuidadamente en el sofá, aflojándose de inmediato la corbata que en un instante siguió el mismo camino de la chaqueta.

-La verdad es que no tengo absolutamente nada en común ni con los clientes de papá ni con sus amigos. Mantener una conversación con ellos es un auténtico suplicio... en realidad el día entero ha sido un infierno.

Y a Rachel no le había quedado más remedio que compartirlo. Se acordó con enfado de la forma en que Ría había obligado a permanecer a su lado; estaba por ¡fe decir que aún había sido más duro para ella que para

-En fin -concluyó Gabriel-, por lo menos ya ha pasado todo. Oye, ¿dónde demonios vas?

Rachel se dio la vuelta en redondo, alterada por la crudeza de su

tono.

-A ver a mi madre -le explicó-. Ha estado mucho tiempo sola...

-Está perfectamente. La señora Reynolds ha subido a verla hace un rato y me ha dicho que se había quedado dormida. Me imagino que después de todo por lo que ha tenido que pasar dormirá hasta mañana de un tirón, así que deja de preocuparte tanto y relájate un poco.

¡Relajarse! Sólo de pensarlo le entraba la risa. Estaba muerta de cansancio, deseando meterse en la cama y dormir tanto como su madre; al pensar que tendría que quedarse a solas con Gabriel, dándole conversación, le daban ganas de que volvieran algunos de los invitados a los que le había costado tanto soportar.

-Podemos tomar un poco de té si quieres -sugirió, apartándose un poco para hacerle sitio a su lado en el sofá-. Vamos, siéntate. Te aseguro que no muerdo.

La verdad es que le apetecía bastante una taza de té, admitió Rachel mientras cruzaba la estancia para reunirse con él. Se prometió a sí misma que como se le ocurriera hacer la más mínima alusión a la posible ilegalidad del matrimonio de sus padres, no dudaría en tirarle la tetera a esa dura cabezota suya.

-Además, tenemos que hablar -anunció Gabriel pillándola por sorpresa.

-¿Hablar? -repitió a su vez Rachel concentrando su atención primero en la bandeja que el ama de llaves había dispuesto en la mesa y después en servir el té con tanta atención como si su vida dependiera de ello-. ¿Y de qué quieres que hablemos?

-Pues, por ejemplo, del increíble talento que tienes -fue la asombrosa respuesta de Gabriel-. Me encanta esa gargantilla que llevas. Apostaría a que se trata de uno de tus diseños, ¿verdad?

-Sí, es mío -respondió incómoda. A pesar de su aparente amabilidad, se daba cuenta de que las palabras de Gabriel tenían otras implicaciones que la obligaban a obrar con las mayores precauciones.

Había algo definitivamente extraño en la forma en que él la estaba observando y que hacía que se le disparara la adrenalina.

-Hoy no podía ponerme otra cosa -le explicó.

-Ya me hago cargo. La verdad es que no me puedo imaginar a papá vendiendo algo con un diseño tan salvaje, casi primitivo... a no ser, claro está, de que se tratase de un encargo especial.

-Tienes razón -admitió Rachel acariciando la gargantilla con el único propósito de mantener la calma.

¡Maldita sea! ¿Cuándo iba a ser capaz de crecer de una vez?

Ante aquel hombre seguía comportándose como una tonta adolescente... Pero por muchos esfuerzos que hiciera, lo cierto es que Gabriel mantenía el mismo ascendiente sobre ella que cuando tenía diecisiete años. Aquella misma tarde, sin ir más lejos, cada vez que sus manos se rozaban por casualidad mientras charlaban con los invitados, o cuando notaba su aliento sobre la piel, sentía como si una corriente eléctrica le corriera por las venas.

-Tengo que admitir que las joyas que diseño para mí son muy distintas que las que preparo para Tiernan. Lo que ocurre es que los clientes de Greg son bastante convencionales, sus gustos están incluso un poco pasados de moda. Aunque exigen que las piedras preciosas sean de primera calidad, lo mismo que el oro y la plata, siempre piden que se engarcen en los diseños de siempre. Rara vez consigo hacer algo que de verdad me guste a mí -le explicó sin poder reprimir cierto pesar.

Se dio cuenta de que él la estaba mirando como entendiera perfectamente cómo se sentía; repentinamente se sintió tan cerca de él como nunca antes lo había estado.

-También fue ésa la razón por la que os enfadasteis,¿verdad? -le preguntó sin pensárselo dos veces-. Por eso te fuiste a América, para hacer las cosas a tu manera.

-En parte -replicó Gabriel mirando fijamente su taza-. Hubo otras razones.

Rachel quiso preguntarle más cosas, pero algo en la expresión de su rostro la previno de continuar por aquel camino.

-Me parece que, como yo, tú también querías que en Tiernan se asumieran más riesgos, nuevos retos, ¿verdad? Como los diseños africanos que me enseñaste una vez.

Eso había ocurrido cinco días después de que su madre les sorprendiera. Ella le había pedido que le contara más cosas sobre África, por lo que Gabriel se había ofrecido a enseñarle las fotografías que había hecho durante su estancia allí.

En un primer momento Rachel se tomó su oferta como una oportunidad para disfrutar de su compañía, sin plantearse nada más. Sin embargo, muy pronto entendió porqué Gabriel se había quedado tan fascinado por África, llegando incluso a compartir sinceramente su entusiasmo. Cuando él le enseñó las piezas de joyería indígena que había traído consigo, casi entró en trance.

-Apenas podía dar crédito a lo que estaba viendo; eran una pura maravilla y, desde luego, yo no había visto nada semejante en toda mi vida. Creo que fue entonces cuando decidí que yo también sería diseñadora de joyas.

Para su sorpresa, cuando por fin se decidió a confiarle su secreta ambición a Gabriel, en vez de reírse, la animó con todo su corazón.

-La verdad es que mi padre siempre decía que tenías un gran talento -rememoró Gabriel a su vez-. Siempre se acordaba de una vez que te vio modelando con arcilla, cuando apenas tenías cinco o seis años...

-¡No tenía ni la menor idea de eso! -le interrumpió Rachel asombrada-. Mamá nunca me dijo nada...

-No creo que fuera una cosa como para ir propagándola por ahí -intervino Gabriel ácidamente-. De hecho, ni mi madre ni yo teníamos la menor noticia de la existencia de Lydia... ni la tuvimos hasta hace siete años. Desde luego, él sí que os conocía bien a las dos, claro. Por cierto -continuó cambiando de tema-, ¿en qué estás trabajando ahora? ¿en alguna cosa tan poco convencional como esa gargantilla?

-En unos brazaletes -respondió Rachel animada por su interés-. He pensado hacerlos muy grandes, pero con un diseño muy simple, que destaquen mucho. Hay dos que me han salido exactamente como yo quería -le explicó entusiasmada.

-¿Tienes aquí los bocetos, o los has dejado en la oficina?

-Los tengo arriba, en el estudio. ¿Quieres verlos?

-Sí, me gustaría mucho. ¿Por qué no vas a por ellos mientras yo preparo un poco más de té?

Su interés era tan sincero que Rachel casi voló escaleras arriba para buscarlos. Se sentía exactamente igual que cuando era una adolescente y por un momento conseguía atraer su atención. Aquello no había ocurrido demasiadas veces pues, a fin de cuentas, era difícil que un sofisticado ejecutivo de veintiséis años estuviese interesado en los deberes escolares de una chiquilla. Sin embargo, las cosas empezaron a cambiar cuando ella se matriculó en una escuela de arte.

Por fin pudo librarse del uniforme de la escuela, tan poco favorecedor, y vestir a su gusto. Por suerte, Greg le había asignado una cantidad para sus gastos más que generosa, por lo que por primera vez en su vida pudo permitirse los vestidos con los que siempre había soñado, de diseño sencillo, corte impecable y telas escogidas.

También cambió su corte de pelo, dejándose crecer una melena par debajo de los hombros, y para su deleite, descubrió que su pelo se rizaba de forma natural.

Por un par de comentarios que Gabriel había hecho como de pasada estaba segura de que todos aquellos cambios no le habían

pasado inadvertidos y que, por fin, estaba empezando a verla como una mujer adulta. Por desgracia, Gabriel salía con otras muchas mujeres que pasaban por su vida en tan rápida sucesión que a veces incluso le costaba recordar sus nombres.

Por fin, durante las navidades Rachel reunió el aplomo suficiente como para llevar a Gabriel debajo del muérdago y obligarle entonces a que la besara. Por un instante pareció que iba a negarse, pero por fin accedió encogiéndose de hombros.

-Tú lo has querido, pequeñaja -rió mientras se agachaba para depositar un leve beso en sus labios.

Sin embargo, en cuanto sus bocas se tocaron fue como si se activara una poderosa corriente de energía a través de sus cuerpos.

Sin pararse a pensarlo dos veces, Rachel se apretó contra su cuerpo, ansiando sentir su calor y su fuerza. Y para su propio desconcierto, Gabriel se sintió arrastrado por la misma pasión. Empezó a besarla en los labios, pero esas leves caricias, en lugar de calmarlo, tuvieron el efecto de enervarlo aún más.

Por fin ella se decidió a tomar la iniciativa; cuando fue entonces cuando decidí que yo también sería diseñadora de joyas.

Para su sorpresa, cuando por fin se decidió a confiarle su secreta ambición a Gabriel, en vez de reírse, la animó con todo su corazón.

-La verdad es que mi padre siempre decía que tenías un gran talento -rememoró Gabriel a su vez-. Siempre se acordaba de una vez que te vio modelando con arcilla, cuando apenas tenías cinco o seis años...

-¡No tenía ni la menor idea de eso! -le interrumpió Rachel asombrada-. Mamá nunca me dijo nada...

-No creo que fuera una cosa como para ir propagándola por ahí -intervino Gabriel ácidamente-. De hecho, ni mi madre ni yo teníamos la menor noticia de la existencia de Lydia... ni la tuvimos hasta hace siete años. Desde luego, él sí que os conocía bien a las dos, claro. Por cierto -continuó cambiando de tema-, ¿en qué estás trabajando ahora? ¿en alguna cosa tan poco convencional como esa gargantilla?

-En unos brazaletes -respondió Rachel animada por su interés-. He pensado hacerlos muy grandes, pero con un diseño muy simple, que destaquen mucho. Hay dos que me han salido exactamente como yo quería -le explicó entusiasmada.

-¿Tienes aquí los bocetos, o los has dejado en la oficina?

-Los tengo arriba, en el estudio. ¿Quieres verlos?

-Sí, me gustaría mucho. ¿Por qué no vas a por ellos mientras yo preparo un poco más de té?

Su interés era tan sincero que Rachel casi voló escaleras arriba para buscarlos. Se sentía exactamente igual que cuando era una adolescente y por un momento conseguía atraer su atención. Aquello no había ocurrido demasiadas veces pues, a fin de cuentas, era difícil que un sofisticado ejecutivo de veintiséis años estuviese interesado en los deberes escolares de una chiquilla. Sin embargo, las cosas empezaron a cambiar cuando ella se matriculó en una escuela de arte.

Por fin pudo librarse del uniforme de la escuela, tan poco favorecedor, y vestir a su gusto. Por suerte, Greg le había asignado una cantidad para sus gastos más que generosa, por lo que por primera vez en su vida pudo permitirse los vestidos con los que siempre había soñado, de diseño sencillo, corte impecable y telas escogidas.

También cambió su corte de pelo, dejándose crecer una melena par debajo de los hombros, y para su deleite, descubrió que su pelo se rizaba de forma natural.

Por un par de comentarios que Gabriel había hecho como de pasada estaba segura de que todos aquellos cambios no le habían pasado inadvertidos y que, por fin, estaba empezando a verla como una mujer adulta. Por desgracia, Gabriel salía con otras muchas mujeres que pasaban por su vida en tan rápida sucesión que a veces incluso le costaba recordar sus nombres.

Por fin, durante las navidades Rachel reunió el aplomo suficiente como para llevar a Gabriel debajo del muérdago y obligarle entonces a que la besara. Por un instante pareció que iba a negarse, pero por fin accedió encogiéndose de hombros.

-Tú lo has querido, pequeñaja -rió mientras se agachaba para depositar un leve beso en sus labios.

Sin embargo, en cuanto sus bocas se tocaron fue como si se activara una poderosa corriente de energía a través de sus cuerpos.

Sin pararse a pensarlo dos veces, Rachel se apretó contra su cuerpo, ansiando sentir su calor y su fuerza. Y para su propio desconcierto, Gabriel se sintió arrastrado por la misma pasión. Empezó a besarla en los labios, pero esas leves caricias, en lugar de calmarlo, tuvieron el efecto de enervarlo aún más.

Por fin ella se decidió a tomar la iniciativa; cuando introdujo la lengua en su boca, sintió que él respondía con el mismo ardor.

De repente, Gabriel se separó de ella; manteniendo la distancia, pero sin soltarla, la miró fijamente.

-Cariño -dijo al fin-, estamos yendo demasiado lejos. No sabes lo que estás haciendo, no te das cuenta de lo tentadora que eres...

-¡Sí que me doy cuenta! -protestó Rachel con toda su alma.

Por primera vez en su vida sentía el poder que tenía por ser mujer, y no estaba dispuesta a renunciar tan fácilmente. Insolente, se le quedó mirando a su vez, pasándose la lengua por el labio superior, donde aún quedaba un ligero rastro de su sabor, consciente de que él no podía apartar los ojos de ella.

-Gabriel...

En aquel momento sonó el timbre del teléfono, rompiendo con su estruendo la magia de aquel momento.

-¡No contestes! -le suplicó al ver que se volvía hacia el aparato-. ¡Por favor, no contestes!

-Rachel, tienes que creerme, será mejor que lo dejemos aquí. En primer lugar, tu madre y mi padre estarán de vuelta en cualquier momento, y, en segundo, nunca he sido un asaltacunas, y no tengo la intención de empezar ahora, por muy tentadora que me resultes.

«Asaltacunas». Aquella palabra aún la alteraba a pesar de los años transcurridos. Se había sentido tan completamente humillada que casi llegó a jurarse que nunca más le dirigiría la palabra.

Sin embargo, era incapaz de sustraerse de la potente atracción sexual que Gabriel ejercía sobre ella, y como una auténtica adicta, empezó a maquinar la forma de conseguir lo que deseaba. Desoyó todas las advertencias de su conciencia, que la instaba a olvidarse de aquel hombre y buscar un compañero más adecuado entre los jóvenes de su edad.

No le faltaron precisamente candidatos para ocupar el lugar que Gabriel había rechazado. En cuanto empezó las clases en la escuela de arte le llovieron las invitaciones y las citas se sucedieran con asombrosa rapidez. Sin embargo, ninguno de aquellos jóvenes resistía la comparación con Gabriel, en ninguno encontró el mismo atractivo, similar carisma... Cuando cumplió diecinueve años se dijo que ya no podía seguir escondiendo sus sentimientos ni un minuto más.

Su cumpleaños.

Cuando encendió la luz del estudio parecía que el corazón iba a saltársele del pecho, tan violentos eran sus latidos. Aquella habitación tenía una aspecto tan diferente al de entonces...

¡No! No quería seguir recordando aquella noche... Todo lo que había sucedido entonces seguía resultándole demasiado doloroso, imposible incluso de afrontar...

Y, sin embargo, sabía que aquella era la única forma de acabar de una vez para siempre con aquel tormento. Resignada, se dejó invadir por la oleada de recuerdos e imágenes, dispuesta a

enfrentarse de una vez por todas y cara a cara con sus propios demonios.

Capítulo 5

GABRIEL había estado ausente durante siete meses, ocupado planificando la expansión del negocio familiar en los Estados Unidos. Cuando por fin regresó a mediados del verano, Rachel estaba deseando verle de nuevo.

Había aprovechado su ausencia para cambiar su imagen de arriba abajo: no sólo se había puesto a régimen e impuesto una tabla de ejercicios, sino que también había cambiado de peinado y renovado su vestuario. Todo ello había dado un resultado más que satisfactorio, y, sin asomo de vanidad, podía decir que la antigua Rachel había desaparecido del mapa definitivamente.

Se dio cuenta de que sus esfuerzos no habían sido en vano al ver cómo la miraba Gabriel. Sin embargo, aquello no era más que el principio comparado con el plan que había urdido para la noche siguiente, el mismo día de sus cumpleaños. Aunque estaba previsto celebrar una gran fiesta durante el fin de semana, habían acordado que aquel día se limitarían a una cena familiar.

Rachel se puso para la ocasión un vestido liso de seda color rojo oscuro; llevaba un collar y unos pendientes que había diseñado ella misma y había optado por dejarse el pelo suelto. La cena transcurrió entre brindis con champán y felicitaciones; para su deleite, Gabriel no le quitaba la vista de encima, aunque su comportamiento para con ella se mantenía dentro del más estricto decoro... o por lo menos así fue hasta el final de la velada.

No sólo mantuvo sus labios contra los de ella un instante más de lo necesario cuando se acercó para darle un beso de buenas noches, sino que además acercó la boca a su oreja para que nadie pudiera oír lo que quería decirle.

-Te has hecho mayor, mi pequeña Rachel, te has convertido en toda una mujer, y muy hermosa además. Creo que voy a tener que replantearme un par de cosas en vista de la situación... ¿Qué te parece si discutimos un par de cosas los dos juntos?

Aquellas palabras eran todo lo que Rachel necesitaba para decidirse; apenas podía esperar a que llegara la ocasión propicia para hablar con él a solas.

La primera oportunidad para hacerlo se le presentó ala noche siguiente; Greg y Lydia habían ido al teatro, y después pensaban cenar y tomar unas copas con unos amigos, así que durante unas horas, Gabriel y ella tendrían la casa para los dos solos.

Provista de dos botellas de champán se encaminó resuelta hacia el ático; ni siquiera se detuvo para llamar a la puerta, limitándose a irrumpir en medio de la habitación.

-¡Hola! ¿Te interrumpo?

-En absoluto -estaba tendido con un libro en la mano, aunque era evidente que no estaba en absoluto concentrado en la lectura. Rachel hubiera apostado algo bueno a que en realidad estaba pensando en ella.

-Se me ha ocurrido que podíamos celebrar una fiestecita.

-¿Y qué es lo que celebramos exactamente? -preguntó Gabriel con tanta intención que la hizo estremecerse de pies a cabeza.

-Pues, por ejemplo, que has vuelto a casa. Y también mi cumpleaños, claro. También podemos celebrar el tuyo, que al fin y al cabo fue la semana pasada. He traído algo para beber -dijo, levantando el champán-. Greg ha encargado tantas botellas que no creo que eche en falta estas dos. Así que, si quieres hacer los honores... -concluyó tendiéndole la bebida.

En cuanto Gabriel se puso en pie no pudo por menos que admirarse una vez más por su imponente figura. Sintió que se quedaba sin sangre en las venas.

-¿Te pasa algo, Rachel? De repente parece como si hubieses visto un fantasma -la suavidad de su voz hizo que se recuperara de inmediato. Aquél era su Gabriel, el hombre de quien había estado enamorada durante años.

-Es que me acabo de dar cuenta de que se me han olvidado las copas -dijo intentando disimular su turbación.

-No te preocupes -replicó Gabriel despreocupadamente mientras descorchaba la primera botella con maestría-. Me parece que yo tengo algunas en ese armario.

-¡Claro! -exclamó Rachel sintiéndose repentinamente insegura-. Me había olvidado que éste es tu pisito de soltero particular donde invitas a todas tus amigas.

Se le endureció la mirada al convocar la imagen de la interminable lista de bellezas que debía haber pasado por aquel ático.

-No las invito a todas -la corrigió Gabriel-. Sólo a unas pocas. ¡Venga, dame tu copa!

En un momento Rachel olvidó todas sus aprensiones, y en cuanto hubo bebido un sorbito de champán se encontró con el valor suficiente para hacerle la pregunta que le había estado rondando en la cabeza durante mucho tiempo.

-¿Me incluyes a mí entre esas pocas?

-¿Qué quieres decir? -preguntó Gabriel a su vez mientras se servía la otra copa.

-Bueno... tú solías dejarme entrar cuando quería,para buscar libros y demás. Pero últimamente... -se detuvo un momento haciendo un gracioso mohín de disgusto-, la verdad es que parece que he caído en desgracia o algo así.

-He estado fuera mucho tiempo, Rachel -contestó Gabriel pacientemente indicándole que se sentara frente a él-. No he parado ni un segundo desde mi regreso, arreglando todos los asuntos que quedaron pendientes cuando me marché a América. Además... -entonces fue él quien se detuvo un instante, como sopesando lo «Míe iba a decir a continuación-. En fin, Rachel, sabes bien que las cosas ya no son tan sencillas como antes -admitió finalmente.

-¿Y eso por qué? -insistió Rachel sonriéndole juguetonamente.

-Estoy seguro de que lo sabes muy bien.

Ella se dio cuenta de que sería mejor no seguir tensando la cuerda. Sería muy humillante si, después de todo, hubiera malinterpretado sus palabras, así que decidió utilizar otra táctica.

-Cuéntame qué es lo que has estado haciendo exactamente en América -dijo al tiempo que se descalzaba y subía los pies al sillón-. ¿Has abierto alguna sucursal de Tiernan?

-Varias sucursales de hecho. Me parece que mi padre no está muy contento con la forma en que he decidido llevar las cosas por allí.

-¿Y eso? -preguntó Rachel sinceramente interesada. Después de tantos años asistiendo a la tenaz oposición de Gabriel a la relación de su madre con Greg, parecía alzarse entre los dos hombres un nuevo motivo de discordia-. ¿Qué es lo que has hecho exactamente?

Gabriel esbozó una sonrisa.

-Pienso dedicar todos mis esfuerzos a que la compañía entre de una vez en el siglo veinte y reconvertirla para hacerla mucho menos elitista.

-Parece muy interesante. ¿Cuales son tus planes?

-Me gustaría desarrollar una gama de productos más asequible; utilizaríamos los mismos diseños y sistemas de producción, sólo que empleando materiales más baratos. De ese modo podríamos ofrecer la calidad que caracteriza a la empresa a unos precios razonables.

-¿Como las líneas prét-á-porter de los grandes modistos?

-Exactamente -convino Gabriel complacido por su interés-. Así no sólo conseguiríamos hacemos con otro sector del mercado, sino que conseguiríamos los medios para desarrollar otras líneas de

producción más arriesgadas. Incluso podríamos conseguir renovar un poco los diseños tan tradicionales de mi padre.

-Pero él se opone, ¿verdad?

-No exactamente: como se suele decir, está esperando a que me ahorque con mi propia soga. He invertido mucho dinero en esta aventura. Si fracaso, mis pérdidas serán enormes, pero si tengo éxito, mi padre no podrá entrometerse. He decidido no usar el nombre de Tiernan, las nuevas tiendas se llamarán sencillamente T2.

-¡Me parece tan apasionante! -exclamó Rachel con los ojos brillantes, sirviéndose una segunda copa-. ¡No sabes cómo me gustaría participar en un proyecto así!

-Bueno, sigue estudiando como hasta ahora y lo conseguirás. Estoy dispuesto a ofrecerte un trabajo cuando termines. Tienes un gran talento, Rachel, y si te esfuerzas, estoy seguro de que puedes llegar a lo más alto.

Rachel casi sintió que estallaba de placer ante semejante cumplido.

-¡Me estás adulando!

-Nada de eso, te estoy diciendo lo que realmente pienso. Ya sabes que nunca exagero. Tienes mucho talento, y lo sabes, del mismo modo que sabes que eres muy hermosa. Es una combinación mortal, imposible resistirse.

Rachel apenas podía disimular su turbación. Se dijo que quizá le ayudaría beber un poco más de champán, pero, para su consternación, descubrió que tenía la copa vacía.

-¿Me sirves un poco más, por favor?

-¿No crees que ya has bebido más que de sobra? -replicó Gabriel.

Rachel no pudo por menos que revolverse ante su tono paternalista.

-Ya no soy ninguna niña, Gabriel. Tengo diecinueve años -y para demostrarle que estaba dispuesta a hacer su voluntad, se sirvió ella misma otra copa, sin importarle lo más mínimo lo que él pensara-. Por si no te has dado cuenta, ya soy una mujer.

-Es imposible no darse cuenta, Rachel. No hago más que preguntarme qué hacer al respecto.

-¿Hacer? -repitió repentinamente confundida.

-Dime una cosa, Rachel -empezó a decir Gabriel mirándola directamente a los ojos-: ¿me equivoco si te digo que has venido a mi cuarto esta noche no para hacerme una simple visita, sino para demostrarme que te has convertido en toda una mujer?

Asombrada por su intuición, ella se limitó a asentir.

-Cada uno de tus gestos, tu sonrisa, tu mirada, incluso la forma en que estás vestida, lo delata -enumeró Gabriel deteniéndose en cada detalle de su atuendo; Rachel había escogido para la ocasión un provocativo vestido azul sin mangas, con una hilera de botones en la parte delantera-. Estás utilizando el código que soléis usar las mujeres cuando queréis atraer a un nombre. Y como en esta habitación yo soy el único hombre presente, deduzco que es a mí a quien quieres.

Rachel se dio cuenta espantada de que algo substancial había cambiado en Gabriel, evidentemente había abandonado su actitud habitual, fría y distante, y se había puesto a la defensiva, expectante, como un animal salvaje al acecho, pensó, sintiendo que se le secaba la garganta.

-¿Es eso lo que pretendes, Rachel? Dime la verdad. Ella asintió en silencio, como si sus palabras hubieran tenido la virtud de dejarla muda.

-Entonces, ¿por qué no nos dejamos de todas estas tonterías? -susurró Gabriel- ¿Qué tal si dejamos de fingir que no sabemos por qué has venido hasta aquí?

-¿Fingir? -protestó Rachel ruborizándose-. ¡Yo no estoy fingiendo!.

-¿No? Entonces, demuéstramelo. Vamos, Rachel -la incitó al ver que su ánimo flaqueaba-, bésame...

Aunque nunca hubiera creído posible semejante cosa, ahora que tenía su sueño al alcance de la mano, Rachel notaba que su determinación se tambaleaba. De repente el pequeño espacio que los separaba se le antojó enorme y lleno de peligros. Incluso dudaba de que las piernas pudieran sostenerla...

Para empeorar las cosas, Gabriel no dejaba de mirarla haciendo que se le acelerara el pulso de tal forma que parecía que fuera a darle un ataque al corazón.

Con los labios completamente secos se quedó parada delante de él, escrutando el fondo de aquellos ojos impenetrables. Entonces, muy lentamente, centímetro a centímetro, agachó la cabeza y cubrió su boca con la suya.

Inmediatamente sintió una corriente de puro placer que la recorría de los pies a la cabeza. Sin embargo, Gabriel no parecía en absoluto tan fácil de contentar.

-¡Por Dios santo, Rachel! -exclamó apartándose de ella bruscamente-. ¡Besas como una colegiala! Si quieres demostrarme que eres ya una mujer será mejor que empieces a besar como Dios manda, porque si no...

No tuvo oportunidad de acabar la frase, porque ella le interrumpió de la única forma que podía hacerlo, dejándose llevar esta vez de la pasión. Recordó la vez que se habían besado debajo del muérdago, en Navidad, y procuró hacerlo de la misma forma. Quería disimular como fuera su falta de experiencia para que él no la rechazara de nuevo.

Sin embargo, apenas tuvo que fingir, pues enseguida se dio cuenta con deleite de que él parecía encantado. Todos sus temores se disiparon como por ensalmo; febrilmente hundió sus manos en su pelo, acariciándole y apretándose aún más contra él.

-¿Y ahora? -preguntó con la respiración entrecortada cuando, mucho después, se separaron por fin.

-Bastante bien -concedió Gabriel riendo-. Pero me parece que todavía podemos mejorarlo, y con un gesto la obligó a sentarse en su regazo y empezó a besarla de nuevo.

El ardiente beso que se habían dado en Navidad quedó reducido a la nada comparado con aquel asalto a sus sentidos. Al principio, Gabriel se mostró tierno y delicado, pero enseguida empezó a besarla con más ansia, exigiendo que ella le respondiera con la misma pasión.

Incapaz de pensar racionalmente, Rachel se sentía invadida por una sensualidad que hasta entonces le había sido desconocida y que parecía penetrarle hasta el fondo mismo de su alma.

Las caricias de Gabriel eran cada vez más ardientes, más apasionadas y exigentes. Empezó a acariciarle los pechos por encima del vestido, y poco a poco le introdujo la mano por el escote del vestido. Cuando sintió aquella mano explorando su cuerpo, a Rachel casi se le cortó la respiración.

En la agitación del momento se le había subido la falda, haciendo que sus piernas quedaran casi por completo al desnudo. Podía sentir debajo de ella la suavidad de la tela de algodón de sus pantalones, y además la inequívoca respuesta del cuerpo de Gabriel a sus avances.

Le recorrió todo el cuerpo un estremecimiento hecho a partes iguales de deseo y temor. Aquello no era un simple jugueteo de adolescentes... Gabriel no era un muchacho inexperto, sino todo un hombre, que tenía además muy claro lo que quería. Se daba cuenta con claridad meridiana que él no seguiría con aquellos simples escarceos durante mucho más tiempo.

Como si le hubiera leído el pensamiento, justo en aquel instante Gabriel se separó de ella, y la traspasó con la mirada como si quisiera llegar hasta el fondo de su alma.

-Tienes que decidirte -la instó con voz ronca-. Piénsalo Rachel, todavía estoy a tiempo de comportarme como un caballero.

Ella se había quedado muy quieta, mirándole fijamente. Sólo podía pensar en que Gabriel, como al descuido, seguía acariciándole muy levemente, con la punta de los dedos, la línea del escote. Y era eso en realidad lo único que la importaba.

-Tienes que decírmelo, Rachel -insistió- o te comportas como una niña o como una mujer. Piénsatelo bien, porque esa es una decisión de la que no podrás arrepentirte.

Capítulo 6

NO HABRÍA vuelta atrás. Parecía como si aquellas palabras se hubieran materializado entre los dos, adquiriendo una consistencia casi física. Rachel sabía muy bien que de la respuesta que le diera dependería su futuro entero.

-Entonces, ¿qué me respondes? -preguntó de nuevo Gabriel completamente tranquilo. Incluso se había retirado un poco y había dejado de acariciarla, como si renunciara a ejercer cualquier tipo de presión sobre ella.

El silencio era tan absoluto que pudo distinguir con precisión el rítmico tic-tac de reloj, confundido con los latidos de su corazón.

Imposible volverse atrás.

Al final, lo que la decidió fue algo tan simple como la ardiente necesidad de que él siguiera acariciándola tan suave, levemente como hasta entonces.

-Sí -respondió, tan suavemente que él no pareció siquiera oírla-. Sí -repitió con mayor firmeza.

Y entonces algo cambió súbitamente en la expresión de Gabriel. Sin decir una palabra la atrajo hacia sí de nuevo y empezó a besarla con ferocidad tal que si Rachel hubiera albergado la más mínima duda sobre lo que estaba haciendo, habría escapado de su abrazo a todo correr.

Sin embargo, Rachel estaba muy segura de lo que estaba haciendo, y aquel beso salvaje incluso dio alas a «u propio deseo. En el interior de su cuerpo despertaban deseos hasta entonces dormidos y cuya existencia ella ni siquiera había sospechado.

-¿Estás segura de que eso es lo que quieres? -repitió Gabriel con voz ronca enterrando el rostro contra su piel.

Cuando Rachel asintió con un gesto, incapaz de decir nada, él se levantó del sillón la izó en sus brazos, estrechándola contra su cuerpo. Así fue con ella hasta el dormitorio y, con un gesto impaciente, la depositó sobre la cama.

-Entonces, eso es lo que tendrás -musitó al tiempo que se despojaba de su camiseta-. A cualquier hombre le resultaría difícil resistir semejante tentación -continuó, dejándose caer a su lado sobre el mullido edredón.

Rachel apenas podía creer que aquello le estuviera sucediendo. Después de tantos meses de sueños y anhelos, le resultaba casi imposible creer lo que la estaba pasando. Realmente estaba allí, se

repetía una y otra vez, sobre su cama, y podía besarlo, abrazarlo, acariciarlo…

El tacto de la piel masculina bajo la yema de los dedos, unido a los efectos del champán que había bebido, tuvo la virtud de actuar sobre sus sentidos como el más potente de los afrodisíacos. Ansiaba acariciarle por todas partes, recorrer palmo a palmo cada centímetro de su piel, sentir la excitación de su cuerpo desnudo contra el suyo.

-Rachel… -le susurró Gabriel al oído-, ve con calma…

Pero ella no tenía la menor intención de hacerle caso. Rabiosa, se dijo que le haría olvidar a la niña que había conocido, que le demostraría la clase de mujer que era.

Sus pechos parecían haberse hecho más grandes y pesados, y podía notar con nitidez la forma de los pezones. Estaba tan deseosa de que él se los acariciara y besara que gimió de placer al ver que le despojaba del vestido y del fino sujetador de encaje. En un gesto puramente intuitivo sé estrechó aún más contra su cuerpo, entrelanzado sus piernas con las de Gabriel.

Apenas se reconocía a sí misma. ¿Cuándo había aprendido a moverse así, a acariciarlo de aquella forma tan sabia? ¿Quién le había enseñado dónde y cómo besarlo para hacerle perder la cabeza, para conseguir que gimiera, completamente abandonado a sus sensaciones?

-Rachel… -musitó Gabriel, incapaz de soportar aquella dulce tortura, al notar que empezaba a acariciarlo más abajo, decidida sin duda a hacer suya la parte más íntima de su cuerpo-. ¡Rachel! ¡No sigas! ¡No me toques de esa forma, o…!

Sorda a sus protestas, ella hizo aún más intensa su caricia, imprimiéndole un ritmo lento y ancestral, al tiempo que movía las caderas con la misma cadencia.

-¡Dios! ¡Tú lo has querido! -estalló por fin Gabriel, con el rostro contraído en una mueca de rabia y pasión.

La poseyó con una furia arrebatadora que destruyó en su empuje toda la sensualidad, toda la belleza que hasta aquel momento había compartido. Confusa y aterrada, Rachel no pudo ocultar su decepción.

¿Cómo había podido ocurrir semejante cosa? Todo su deseo se había vuelto tan amargo como la hiél. Él la había abandonado, traicionado, utilizado para su propio placer. Sintiéndose ultrajada, empezó a darle puñetazos en la espalda para obligarle que se separara de ella.

-¡Te odio! ¡Eres detestable! ¡Yo no quería que sucediera así!

-Lo sé... -reconoció Gabriel derrotado haciéndose a un lado-, créeme...

Y antes de que pudiera escapar, volvió a rodearla con sus brazos, con tanta fuerza que casi ni la dejaba respirar, inmovilizándola con todo el peso de su cuerpo. Cuando por fin logró tranquilizarse, se separó un poco de ella y le asió el rostro entre las manos.

-Lo siento mucho, corazón -murmuró al tiempo que la besaba con increíble dulzura-. No tenía que haber ocurrido de esta forma, pero es que estabas tan hermosa, tan sensual y seductora que me hiciste perder la cabeza. He sido un egoísta, pero te prometo que la próxima vez será muy diferente.

-¡No! -no podía haber una próxima vez, no podría soportarlo..

Pero,' por increíble que pudiera parecer, aquellos tiernos besos estaban empezando a minar su resistencia, a despertar de nuevo sus sentidos.

-Chist, cariño mío, calla -la tranquilizó Gabriel-. Confía en mí. Déjame que te enseñe cómo tenía que haber sido; quiero que te relajes y darte el placer que te mereces. Te prometo que esta vez no te decepcionaré...

Mientras hablaba no dejó de besarla y acariciarla hasta que por fin Rachel empezó a abandonarse, a dejarse llevar por su calor y aquella ternura casi insoportable.

Casi sin darse cuenta empezó a devolverle sus caricias, a gemir de placer, primero en un tenue murmullo, que para su asombro se fue convirtiendo en auténticos gritos de placer. Su cuerpo pareció inflamarse en una llama devoradora y ardiente...

Gabriel empezó a recorrer con su lengua un camino que empezaba en los senos y culminaba en el centro mismo del deseo. Rachel sentía que iba desmayarse, incapaz de soportar por mucho más tiempo aquella dulce agonía.

Al darse cuenta de su abandono, Gabriel se decidió a poseerla por fin. En aquella ocasión, Rachel, incrédula y maravillada, no experimentó el más mínimo temor.

-Esto está mucho mejor -dijo Gabriel con una sonrisa de triunfo-. Pero todavía hay algo más...

-¿Más? -repitió Rachel sin poder imaginar algo más placentero.

Gabriel empezó a demostrárselo. Cada uno de sus movimientos, lentos, cuidadosos, apasionados, estaba destinado a hacerle sentir más placer.

La besaba y acariciaba sin cesar, de tal modo que enseguida se sintió perdida, desintegrada, en una oleada de pura sensualidad. No podía hacer otra cosa que dejarse llevar por aquella corriente

icandescente que la elevaba a las más altas cotas del placer.

Gabriel hizo más potente su empuje, más ardientes aún sus caricias, hasta que por fin Rachel sintió que se desvanecía en un torbellino de pura sensación física, qué por fin se abrían para ella las puertas a una dimensión hasta entonces desconocida.

Justo en el momento de alcanzar el climax le pareció que su cuerpo estallaba en mil trozos de cristal, y que cada uno de ellos ardía como una estrella.

Lenta, muy lentamente, fue relajándose en brazos de Gabriel. Sentía contra ella su respiración entrecortada y podía oír con nitidez el retumbar de los latidos .de su corazón mezclados con los suyos. ,. -Esto -le dijo Gabriel en cuanto fue capaz de arti-cular palabra, con la voz aún vacilante por la impresión del momento que acababan de compartir-, esto es lo que venías a buscar, ¿verdad?

-Rachel, ¿estás bien?

Sobresaltada, se dio la vuelta, chocándose casi con Gabriel, quien había entrado en el cuarto sin que ella se diera cuenta y se había quedado observándola.

-Lo siento, no quería asustarte –impulsivamente alargó un brazo, al ver que ella se tambaleaba un poco por la sorpresa de verlo allí-. ¿Va todo bien?

Era la misma voz que ella recordaba tan bien, pero ya no estaba teñida de pasión como entonces, sino fría como el hielo, apenas levemente interesada.

-Yo...

-Tardabas tanto en bajar con los dibujos que empezaba a preocuparme. Temí que después de las emociones de este día...

-¡Estoy perfectamente!

Rachel sacudió la cabeza violentamente, como sacudiéndose los últimos retazos de sus recuerdos. Hizo que Gabriel la soltara y se le quedó mirando con un brillo desafiante que hacía que sus ojos parecieran dos diamantes grises.

-Estoy perfectamente bien -le espetó, procurando que su voz sonara formal y distante-. ¡No tienes ningún derecho a entrar en este cuarto!

-¿Y eso? -replicó Gabriel con tal dureza que un escalofrío le recorrió la espina dorsal-. Mi padre ha muerto hace menos de una semana, le hemos enterrado esta misma mañana, ¿acaso tengo que obecederte en mi propia casa? ¡Esta era mi habitación!

-Ya lo sé...

Aunque Rachel sentía sinceros remordimientos de conciencia por su grosero comportamiento, deseaba con toda su alma que se

marchara de allí. Había tantos recuerdos del pasado ligados a

aquella estancia que casi podía sentirlos a su alrededor, flotando como espectros entre los muebles.

-¡Pero ahora es mía!

-Y ésa es precisamente la cuestión, ¿verdad, Rachel? -Gabriel la miró con tal odio que pareció que, de haber podido, la habría fulminado-. Resulta que tu mamaíta y tú ya habéis tomado plena posesión de la casa, ¿verdad?

-¡No! ¡Claro que no! -no podía soportar que él creyera semejante cosa-. ¡Gabriel, por favor! ¡Esta es tu casa, te pertenece a ti mucho más que a mí, y así será siempre!

-¡Los dos sabemos que eso no es verdad...! -empezó a replicar Gabriel, pero, de repente, se interrumpió, mirando con interés a su alrededor-. La verdad es que lo has cambiado todo de arriba abajo -comentó irónicamente.

Rachel no pudo por menos de preguntarse qué estaría pensando en realidad al ver las reformas que se habían hecho en la estancia.

Recordó que cuando le ofrecieron la posibilidad de trasladarse al ático, la había rechazado decididamente. Había demasiado amargura concentrada en aquel lugar, y se sentía completamente incapaz siquiera de dormir en el mismo sitio donde Gabriel había instalado su preciado pisito de soltero.

Sin embargo, Greg había insistido, decidido a no aceptar una negativa. Cuando al cabo de un año consiguió por fin vencer su resistencia, empezó las obras de reforma inmediatamente, como regalo de cumpleaños. Rachel se había empeñado solamente en que se hiciera un cambio, y con el único fin de erradicar de una vez por todas los tan temidos fantasmas del pasado.

-¿Por qué has cambiado la disposición de los cuartos?

-Así tengo más luz en esta parte -le explicó Rachel señalando el amplio ventanal que se había abierto en una de las paredes-. La necesito cuando trabajo aquí en mis diseños.

Se trataba de una justificación perfectamente razonable, de hecho en gran medida era cierta... pero no del todo, y era precisamente la parte que no le había explicado la que le remordía en la conciencia.

-Resulta muy impresionante -comentó Gabriel indiferente. Si había creído o no su explicación, eso era algo, que, evidentemente, no iba a demostrar.

-Gra... gracias -respondió Rachel, incapaz de contener su nerviosismo.

-Cálmate, Rachel. No tengo la menor intención de seducirte -

replicó Gabriel, evidentemente malinterpretando su nerviosismo.

-¡Por supuesto que no lo harás! -estalló Rachel-. Y no lo harás porque no tengo la menor intención de dejar que te acerques a mí. ¡Acabamos hace mucho tiempo, y por eso quiero que te marches de aquí! ¡Fuera ahora mismo de mi habitación y de mi vida!

No tenía la menor idea de cuál iba a ser su reacción ante semejante avalancha, aunque estaba casi segura de que haría cualquier cosa que no fuera lo que ella le había exigido. Le desconcertó la forma en que se la quedó mirando, curvando los labios en una cínica sonrisa.

-¡Como si con eso se pudiesen arreglar las cosas! -comentó sarcásticamente.

-¡Claro que sí! -replicó Rachel de inmediato, procurando acallar una punzada de puro pánico.

No sabía qué era lo que le asustaba más, que Gabriel no creyera que ya no sentía nada por él, o que fuera precisamente eso lo que él más deseara.

-Te lo aseguro -afirmó orgullosamente- ya no siento absolutamente nada por ti.

El cambio en su expresión al oír aquellas palabras fue tan notable que por un momento dudó de que no fuera fingido.

-¡Oh, Rachel... -empezó a decir muy suavemente. Pero ella ya había sufrido bastante; el pasado y el presente se mezclaban como un loco torbellino.

-¡No! ¡No pienso escucharte! ¡No quiero que me digas nada, sólo que te vayas de una maldita vez!–casi gritó, poniéndole las manos en el pecho y empujándolo hacia la puerta-. ¡Fuera de aquí! ¡Vete!

Pillado por sorpresa, Gabriel dio un paso vacilante hacia la puerta. Pero fue solo uno: se detuvo frente a ella, dispuesto a rechazar su ataque, y, con insultante facilidad, le asió por las muñecas inmovilizándola.

-Rachel, para ya.

No tenía otra elección. No tenía la fuerza suficiente para oponerse a su masculina fortaleza. Humillada, bajó la cabeza, y permaneció en un obstinado silencio con la mandíbula tensa.

Él bajó la cabeza para encontrar su mirada y, sin poderlo evitar, Rachel alzó, la suya. Todavía tenía las maños sobre su pecho, de forma que podía notar con absoluta precisión el ritmo de su respiración y sentir el calor de su cuerpo.

Aquel contacto tan íntimo la hizo estremecerse de nuevo. Nunca se había sentido tan viva y consciente como en aquel instante. Veía cada detalle de la habitación, cada mueble, cada cuadro, como si

estuviera iluminado por un potente foco; incluso el paisaje que se extendía más allá de la ventana tenía para ella una nueva frescura.

Pero sobre todas las cosas era consciente de la presencia de Gabriel, de pie frente a ella. Como si fuera la primera vez que lo veía, se fijó en cada uno de los detalles de su rostro, cuyos rasgos parecían esculpidos por la luz de la tarde.

-Gabriel... -empezó a decir, pero calló súbitamente al darse cuenta de la forma terrible en que le había mentido y se había engañado a sí misma: nada había cambiado, seguía sintiendo por él exactamente lo mismo que hacía tantos años. Lo único que había he-

o durante todo ese tiempo había sido ocultar esos Sentimientos en lo más profundo de su corazón, sobrevivir a base de disciplina y rutina, pero sin lograr olvidarlo jamás.

-Gabriel -empezó de nuevo reuniendo fuerzas de flaqueza-, ¿por qué has tenido que volver?

-Créeme, si pudiera haberlo evitado, lo habría hecho -contestó, y, muy suavemente empezó a acariciarle la mejilla. Rachel cerró los ojos, temiendo no poder contener las lágrimas-. No quiero hacerte daño.

-¿Que no quieres hacerme daño? -repitió Rachel sonriendo con amargura-. ¿Acaso no has pensado en todo el mal que ya me has hecho?

-¡Dios, Rachel! -protestó Gabriel tras un largo instante de silencio- ¡No digas eso, por favor...! -se interrumpió al ver que ella tenía los ojos inundados de lágrimas-. Rachel...

Sin vacilar, empezó a besarla, lamiendo suavemente las lágrimas que empezaban a caer por sus mejillas. Aquellos labios eran tan cálidos y tiernos que Rachel no pudo contener el impulso de levantar la cabeza hacia él hasta que sus bocas se encontraron.

-¡Rachel! -repitió Gabriel, dubitativo, vulnerable. Pero sólo fue un instante: con un gesto firme le asió la cabeza, enterrando los dedos entre su pelo, acariciándole las mejillas. Lenta, suavemente, fue él quien empezó a besarla, como si estuviera paladeando una copa del vino más exquisito.

Muy pronto Rachel necesitó aún más: ¿cómo conformarse con la luz de una vela, sabiendo como sabía la llama de pasión que aquel hombre podía encender en su interior?

Con un gemido le rodeó el cuello con las manos, forzándolo a que se acercara aún más a ella.

De inmediato fue como si una corriente eléctrica de alto voltaje le recorriera de la cabeza a los pies. Gabriel ya no se mostraba en

absoluto dubitativo, mucho menos vulnerable, sino más bien exigente, ávido incluso.

Por fin entreabrió los labios, concediéndole por fin la caricia con la que tanto había soñado.

Al poco se hizo evidente que no podrían conformarse con un simple beso. Rachel notó que sus senos se endurecían contra el pecho de Gabriel, ardiendo con el mismo fuego que recorría todo su cuerpo. Él la estrechó aún más entre sus brazos, acariciándole desde la curva de las caderas hasta las nalgas, haciéndole sentir la potencia de su deseó.

-Gabriel... -gimió.

-¡No! ¡Oh Dios! ¡No! -exclamó Gabriel, apartándose de ella como impulsado por un resorte.

-¿Gabriel...? -no podía entender lo que había ocurrido. Quiso acercarse 'de nuevo, pero Gabriel la rechazó brutalmente.

-¡He dicho que no! -en el fondo de sus ojos, tan oscuros como la noche, brillaba una luz salvaje que la hizo estremecerse-. Tenemos que acabar de una vez por todas.

-¿Acabar? -repitió Rachel incrédula, incapaz de enfrentarse a aquella aterradora perspectiva.

Le había costado años recobrarse del rechazo que él la infligiera en aquel mismo lugar hacía ya tanto tiempo. De hecho, tenía que reconocer que no había llegado a recuperarse nunca del mismo... No podría soportarlo una segunda vez.

-¿Por qué tenemos que dejarlo? -preguntó con desmayo.

-Por que yo no...

-¿Cómo que tú no? -le interrumpió casi chillando-. Siempre tienes que llevar tú las riendas, ¿verdad? ¿Y qué hay de mí, eh?

-¡Rachel...!

-¡No pienso escucharte! ¡Eres un mentiroso! -era el pánico que invadía su corazón lo que le daba tanta fuerza para decirle por fin lo que pensaba, sin preocuparse lo más mínimo por las consecuencias que pudieran tener sus palabras-. ¡Mentiste cuando me dijiste que no me necesitabas, que yo no te importaba!

-¿Eso dije? -pregunto Gabriel. De alguna forma había conseguido recobrar la compostura y la frialdad que le caracterizaban. Su hermoso rostro parecía tan impenetrable e inexpresivo como el de una estatua de mármol-. ¿Estás segura de haberme entendido bien? -continuó con un tono glacial-. Pues te diré que si alguna vez te hice creer que no te necesitaba, efectivamente te estaba mintiendo. Tú me importas tanto que casi me duele estar separado de ti. Pero nunca, ¿me oyes?, nunca haré nada por acercarme a ti. Eres muy

peligrosa, Rachel, demasiado para mí.

-¿Peligrosa? -Rachel no podía creer lo que estaba oyendo-. Pero, ¿cómo podría yo...?

-Sí, cariño, y yo no puedo arriesgarme a enredarme contigo. Eso haría de mi vida un infierno. Ya he pasado por eso, y no podría soportar caer de nuevo. Así que esta vez lo digo en serio: hemos terminado, Rachel, para siempre.

-¡Pero, Gabriel...! -desesperada, hizo un último intento por abrazarle, pero él no tuvo ninguna piedad con ella.

-Pero nada, Rachel -replicó crudamente asiendo su mano en el aire y mirándola con ojos fieros-. Esto se acaba aquí para siempre. No te volveré a tocar nunca más.

Capítulo 7

CÓMO había permitido que sucediera de nuevo? Durante toda la noche aquella pregunta le atormentó durante las largas horas de vigilia, en las que no fue capaz de pensar más que en Gabriel, en el beso que se habían dado y la forma en que le había hecho perder el control.

¿Acaso no sabía que había que aprender de los errores pasados? Y si una cosa había tenido clara desde el primer momento era que no se podía confiar en Gabriel Tiernan. Le había visto usando a las mujeres a su antojo, seduciéndolas y abandonándolas después a placer, sin preocuparse lo más mínimo por sus sentimientos. Y ella había consentido en pasar por semejante trago nada menos que dos veces.

Ni siquiera podía justificar lo sucedido en su pretendida inocencia, ya no era ninguna chiquilla atolondrada. En aquel entonces, por desgracia estaba tan obsesionada por el objeto de sus fantasías de adolescente que había sido incapaz de prever lo que iba a pasar.

De hecho, faltó muy poco para que sus padres los sorprendieran. Por suerte, Gabriel oyó el ruido del coche en el que volvían Greg y Lydia a altas horas de la madrugada, y pudo despertarla. Tras ponerse sus ropas precipitadamente, Rachel escapó escaleras abajo a todo correr, metiéndose en la cama de inmediato. Se durmió imaginando el maravilloso futuro que le esperaba junto a Gabriel.

Al día siguiente se levantó de un ánimo excelente, sin asomo de resaca, y pasó toda la mañana dedicada en cuerpo y alma a los preparativos de la fiesta. No dejaba de extrañarle que Gabriel se hubiera marchado sin despedirse de ella, pero no pensó en ello demasiado, pues él y su padre estaban muy agobiados de trabajo.

Sin embargo, cuando se reunieron para la cena, él se mostró extremadamente reservado y distante, sin apenas mirarla. No podía imaginarse nada que contrastara más con la ardiente pasión que habían compartido la noche anterior.

Rachel se las arregló para hablar con él discretamente cuando, después de la cena, se dirigían a la sala de estar para tomar el café.

-Gabriel, ¿qué te pasa? ¿Algo va mal?

-¿Mal? -repitió fríamente-. No seas tonta, Rachel, todo va bien, pero tenemos que mantener las apariencias delante de tu madre. Sabes que nunca nos hemos llevado bien, así que supongo que le

llevará algún tiempo acostumbrarse a la idea de vernos juntos.

En aquel momento sus palabras parecían tan razonables que no pudo por menos que darle la razón. Sin embargo, al día siguiente las cosas cambiaron a peor.

Cuando volvió de clase notó que el ambiente estaba bastante enrarecido. Probablemente su madre y Greg se habrían peleado, y aunque durante la cena por lo menos se hablaban lo hacían en un tono tan frío y desagradable que no pudo por menos que sentirse muy incómoda.

Para acabar de empeorar las cosas, en vez de cenar con ellos, Gabriel se había marchado sin dar explicaciones, y no había vuelto hasta altas horas de la madrugada. Aunque se había propuesto esperarle despierta, Rachel se quedó dormida a eso de las dos, mucho antes de que él regresara.

El día siguiente, sábado, era el de la fiesta, y ante semejante perspectiva no pudo por menos sentirse mucho más animada mientras se arreglaba en su habitación.

Complacida, se puso el vestido de encaje plateado que había escogido para la ocasión. Era exactamente lo que siempre había soñado. Era corto y de tirantes, con un diseño muy simple que resaltaba perfectamente sus formas, dejando a la vista sus largas y bronceadas piernas.

Se decidió por peinarse la melena suelta, y se aplicó solamente una ligera capa de maquillaje, haciendo sin embargo que resaltaran los ojos. Por fin, escogió unos pendientes de pˆata y un brazalete a juego que había diseñado ella misma. Cuando se miró al espejo se dijo sin pizca de vanidad que nunca había estado tan guapa como entonces.

-¡Por fin he dejado de ser una niña! -musitó sonriendo a su propio reflejo. Tenía un aspecto sofisticado, muy sensual, y, lo que era aún más importante, definitivamente parecía toda una mujer.

Estaba impaciente porque Gabriel la viera. Estaba segura que a pesar de su propósito de mostrarse discreto, no dejaría de hacer alguna alusión a su nuevo aspecto

Sin embargo, se quedó de piedra cuando, en vez de alabarla, Gabriel empezó a criticarla acerbamente nada más entrar en el salón donde le estaba esperando junto a Greg y Lydia.

-¿No te parece que vas muy atrevida?

Sintió que aquellas palabras se le clavaban como un puñal. Se dio la vuelta en redondo mirándolo asombrada: una cosa era mostrarse frío con ella, ¡pero aquello era llevar las cosas demasiado lejos!

-¡Nada de eso! -replicó. Menos mal que le había contestado antes de verlo, se dijo, porque tenía un aspecto tan imponente con aquel traje de etiqueta que lo único que pudo hacer fue quedarse mirándole con la boca abierta.

Le resultaba imposible dejar de pensar en el poderoso atractivo erótico que emanaba de aquel cuerpo, y mucho menos cuando se había pasado el día pensando en lo ocurrido entre ellos la noche anterior. Con un esfuerzo, tragó saliva dispuesta a defenderse otra vez.

-¡Creo que ya soy mayorcita como para vestirme como me dé la gana! -continuó impulsivamente.

De inmediato se dio cuenta de que no había sido una frase demasiado afortunada. Se parecía mucho a las cosas que se habían dicho en la intimidad de la habitación de Gabriel, y, evidentemente, a él se le había ocurrido lo mismo.

-Pues te diré que pareces una chica fácil y vulgar -repuso Gabriel con una sonrisa aviesa-. No sé cómo permites que vaya tan provocativa, Lydia -continuó, dirigiéndose de manera sorpresiva a su madre-. ¿De verdad vas a permitir que tu hija salga así vestida... o, mejor dicho, desvestida?

-Como Rachel ha dicho, ya tiene diecinueve años, y yo estoy de acuerdo en que ya puede vestirse como quiera -respondió Lydia ce a una tono glacial, saliendo de inmediato en defensa de su hija-. La verdad, Gabriel, no tenía ni idea de que fueras tan retrógrado. Yo pensaba que un hombre de mundo como tú, apreciaría como merece el buen gusto de una muchacha tan atractiva...

Justo entonces Rachel se dio cuenta exactamente de lo que Gabriel pretendía: estaba haciendo de abogado del diablo para que nadie sospechara que era lo que realmente pensaba de su nuevo aspecto.

A partir de entonces, a Rachel le dio lo mismo lo que él pudiera decirle. Así, cuando Greg intervino en la conversación para ponerse de su parte incluso fue capaz de seguirle el juego, mirándolo con una sonrisa desafiante

-Ya ves que somos tres contra uno -le dijo-. No pienso cambiarme, pero... si te portas bien, te reservaré un baile para que se te pase el enfado.

En cuanto empezó la fiesta se olvidó por completo de aquel pequeño incidente. Recibió tantos halagos, felicitaciones, y obsequios que a penas pudo pararse a pensar con calma en la actitud tan extraña de Gabriel.

Sólo mucho después se dio cuenta de que, al mirarla de arriba

abajo en el salón, no había en sus ojos ni pizca de humor, ni siquiera de complicidad. Temerosa, empezó a pensar que quizá le había dicho todo aquello del vestido en serio.

En cuanto llegó a aquella conclusión empezó a darse cuenta de que había otras muchas cosas que no ' encajaban. Para empezar Gabriel la trataba con más rigidez de la estrictamente necesaria para convencer a sus padres de que no eran más que amigos. Para empeorar las cosas, cada vez que acababa un baile y ella se volvía para buscarle, se limitaba a rechazarla con un gesto adusto. Por fin, empezó a hacer como que no la veía.

Rachel apretó los dientes enfadada ¿Qué demonios se había creído? No estaba dispuesta a que le estropeara su fiesta e iba a demostrárselo.

Completamente lanzada, a partir de aquel momento bailó cada canción con una pareja diferente, bebió champán como una posesa, se rió a carcajadas de todos los chistes estúpidos que le contaron y flirteó como una loca con cualquiera que le dirigiera un cumplido.

Todo para nada. Gabriel permaneció con el rostro inmutable apoyado en la pared, en uno de los extremos del salón de baile, mirando. La única vez que hablaron fue cuando ella pasó a su lado, camino del buffet para servirse otra copa de champán.

-¡Hola, Gabriel! -saludó alegremente-. ¿Dónde te escondes? ¿No te parece que ya es hora de que tú y yo bailemos para celebrar mi cumpleaños?

-No parece que te falten precisamente los pretendientes...

-¡ Ah, sí! Me lo estoy pasando de maravilla -afirmó Rachel intentando ocultar su decepción-. Ahora, si me perdonas, voy a buscar otra copa...

-¿Seguro que es una buena idea? -preguntó Gabriel mirando su copa vacía con aire de reproche-. ¿No sería mejor que pararas? Ya sabes que cuando bebes champán se te va la cabeza...

Con una presencia de ánimo inesperada, Rachel levantó su copa en una especie de brindis burlón.

-¡Las burbujas también afectan a otra parte de mi anatomía más interesante! -declaró provocativamente. Él la miró con mayor fijeza aún.

-Creo que será mejor que hablemos, Rachel.

-¿Hablar? Tengo cosas mejores que hacer. ¡Me lo estoy pasando muy bien!

-Pues después de la fiesta, antes de que te vayas a la cama -dijo Gabriel en un tono que no admitía réplica.

-¡Esa no es forma de pedir una cita romántica! Tienes que ser

más amable con las damas.

-Rachel...

Algo en su voz hizo que ella se diera cuenta de que estaba yendo demasiado lejos, así que decidió contenerse. Después de todo, por pasar un rato a solas con él estaba dispuesta a hacer lo que fuera.

-De acuerdo, después de la fiesta entonces -sin embargo, la molestaba haber cedido tan fácilmente, y no pudo reprimir la tentación de fastidiarle un poco-. Bueno, eso si no tengo nada mejor que hacer, claro -añadió temeraria dándose la vuelta.

No fue hasta un rato más tarde cuando tuvo que afrontar las consecuencias de la tormenta que acababa de provocar.

Cuando la orquesta se paró para hacer un descanso y todo el mundo se dirigió a cenar, Rachel se dio cuenta súbitamente de que Gabriel no estaba por ninguna parte. Preguntando discretamente se enteró de que la última vez que le habían visto estaba hablando con Amanda Bryant, la hermana mayor de una de sus compañeras del colegio.

-Ella casi se lo estaba comiendo -le informó Becky encantada con el cotilleor- Él es un bombón... y ya sabes como es Amanda...

Demasiado bien lo sabía, se dijo Rachel sintiéndose repentinamente fatal. La hermana de Becky era una morenaza impresionante, con un cuerpo de modelo, realzado por un sugerente vestido de terciopelo negro.

-Después han salido los dos juntos -añadió su amiga enarcando las cejas para darle a entender que tenía muy claro qué es lo que les había hecho irse con tanta urgencia-. Amanda no paraba de decir que estaba muy aburrida, que no aguantaba las fiestas para niñatos.

A Rachel le dolió sobremanera aquel comentario.

-Lo que pasa es que son dos carrozas estirados -declaró despectivamente, intentando salvar las apariencias como fuera-. Están pero que muy mayores.

Todavía se resistía a creer que la conducta de Gabriel no fuera más que una tapadera. Después de todo, ¿qué mejor forma para convencer a sus padres respectivos de que no estaba interesado en ella que simulando ir detrás de otra?

Sin embargo, y por alguna extraña razón, aquella explicación no acababa de convencerla. A partir de entonces fue incapaz de seguir disfrutando de su fiesta, por lo que suspiró aliviada cuando el último de los invitados se marchó a su casa.

Aunque Gabriel todavía no había regresado, parecía que era ella a la única a la que le importaba su ausencia. Sin embargo, ya casi estaba amaneciendo y no podía esperarle por más tiempo.

-Si no os importa, creo que me iré derecha a la cama -les dijo a Greg y su madre, rezando para que no insistieran en comentar con ella los detalles de la fiesta-. ¡Estoy completamente agotada! ¡Muchísimas gracias a los dos por una fiesta tan maravillosa!

Pero aunque estaba realmente exhausta, fue incapaz de conciliar el sueño, incluso mucho después de que Greg y Lydia se hubiesen acostado también, así que oyó perfectamente el ruido de la llave en la cerradura y los pesados pasos de Gabriel en la escalera.

Inmediatamente se incorporó en la cama, preguntándose si él entraría en su cuarto, pero, para su decepción, se encaminó directamente al ático.

Empezó entonces a librarse en su interior una lucha sorda: sabía que si se levantaba e iba a su encuentro, él se reiría de ella en su cara, tachando su comportamiento de infantil. Se dijo que lo mejor sería esperar a la mañana siguiente para hablar con calma.

Sin embargo, no tenía paciencia para soportar la espera. Estaba muy excitada y nerviosa, y pensar en Gabriel no hacía sino empeorar las cosas.

Tenía que verle como fuera: incluso aunque se burlara de ella sería mejor que soportar aquella tensión. Necesitaba que la abrazara y que la dijera que había sido una tonta... después de todo, él mismo había dicho que necesitaba hablar con ella.

Quizá si iba a su encuentro Gabriel la besara como lo había hecho la noche anterior, haciéndola sentirse una mujer... puede que empezara a acariciarla, y que le desabrochara muy lentamente los botones del camisón...

Se levantó de un salto con la sangre hirviéndole en las venas y, sin molestarse en ponerse una bata, salió lo más silenciosamente que pudo del cuarto. Tan rápido como pudo subió las escaleras que conducían al ático, pero, en cuanto llegó a la puerta, se detuvo sin saber muy bien qué hacer.

Entonces oyó un sonido que no supo interpretar, mezcla de risa y gemido.

-¿Gabriel?

Al no obtener respuesta empezó a pensar que su oído le había jugado una mala pasada. Pudiera ser incluso que Gabriel ni siquiera hubiera regresado a la casa... pero justo entonces oyó que alguien se removía en la cama y, decidida, asió el picaporte e irrumpió en la habitación.

-¿Gabriel?

Oyó de nuevˆj aquel extraño sonido. Definitivamente, era como si alguien contuviera la risa enterrando la cara en la almohada.

-Gabriel, ¿estás ahí?

-¿Qué demonios quieres, Rachel? -repuso fría y bruscamente, haciendo que se sobresaltara como un gatito asustado.

-So... sólo quería verte...

-¿Verme? -repitió Gabriel con un tono tan amenazador que la hizo retroceder asustada, como si estuviera a punto de precipitarse en un abismo-. ¡Pero qué demonios....!

-¡Por favor, Gabriel! Yo sólo quería...

Las palabras murieron en sus labios en cuanto Gabriel se incorporó en la cama y con un movimiento brusco encendió la luz de la lámpara.

Rachel parpadeó, incapaz de creer lo que estaba viendo. No podía ser cierto... y sin embargo...

Gabriel estaba sentado en la cama con el torso desnudo y el pelo revuelto y, a su lado, con la cabeza asomando entre las sábanas, la piel aún palpitante de pasión, los labios aún ardientes por los besos que acababan de darse, y la hermosa mata de pelo cayendo descuidadamente sobre la espalda desnuda, estaba la mismísima Amanda Bryant.

¡Gabriel! Quiso gritar su nombre, pero era como si se le hubiese formado un nudo gigantesco en la garganta.

-¿Qué te pasa, pequeña? -preguntó burlón-. ¿No podías dormirte? Bueno, pues si has venido a que te lea un cuento ya ves que no puede ser, estoy ocupado... -dijo, y volviéndose a la mujer que yacía a su lado, empezó a acariciarle los pechos con deleite, haciéndole gemir de puro placer-. Tengo cosas entre manos -continuó-, cosas de mayores... cosas que una mujer y un hombre...

Pero Rachel no escuchó el final de sus crueles palabras. Incapaz de resistirlo, se dio la vuelta y escapó corriendo a su habitación, como si la persiguiera una legión de demonios.

Gracias a Dios, su madre y Greg no se habían despertado. Habría sido incapaz de darles una explicación coherente si hubieran acudido a su dormitorio alarmados por el ruido.

Aún desde la distancia de los años transcurridos, seguía sin poder soportar el recuerdo de aquella noche terrible.

No sabía muy bien siquiera cómo había logrado superar los días que siguieron a la malhadada fiesta. Al menos, Gabriel le puso las cosas fáciles; apenas paraba en la casa, pasando la mayor parte del tiempo en el trabajo y saliendo casi todas las noches, probablemente con Amanda, pensaba Rachel, aunque nunca tuvo ocasión de preguntárselo.

Días después de la fiesta Gabriel tuvo una discusión terrible con

su padre y se marchó. Pero antes de que saliera de su vida, recordó, aún pudieron mantener una última conversación, la más amarga de todas sin duda.

Muy lentamente había conseguido aprender a vivir con el peso de aquel fracaso, pero, cuando casi había logrado enterrar aquella parte de su pasado, se veía obligada, por las circunstancias a enfrentarse de nuevo a ella.

Lo primero que Rachel vio al regresar a la casa a la tarde siguiente fue la maleta preparada al pie de la escalera. Durante un instante sintió que se le cortaba la respiración, como si por arte de magia estuviera reviviendo lo ocurrido dos semanas después de aquel cumpleaños de hacía tanto tiempo. Entonces, después de lo que había tenido que padecer aquellos días terribles, se había sentido casi aliviada al comprobar que Gabriel había decidido marcharse. Por el contrario, al ver de nuevo la maleta delante dé ella, ya no estaba tan segura de que sus sentimientos fueran los mismos.

-¿Qué significa esto? -le preguntó a Gabriel sin más preámbulos al ver que bajaba las escaleras con otra maleta más pequeña en la mano.

-Pues, obviamente, que me marcho -respondió.

- ¿Que te marchas? -se quedó sin saber qué decir ante tan inesperado anuncio-. Pero, ¿por qué?, ¿adonde?

-Me vuelvo a América -replicó frío y cortante.

-Pero, ¿por qué? -insistió Rachel- ¿Es por el testamento?

Tampoco ella había tenido tiempo de asumir la noticia. Sabía que nada más celebrarse la precipitada boda,Greg había llamado a su abogado para que cambiara el testamento, pero todo lo que les había dicho a ella y a su madre es que iba a repartir su fortuna entre su hijo y su nueva esposa. Lo que no podía imaginar era que ella iba a recibir la misma parte, ya que finalmente Greg ; había hecho tres divisiones.

-¿El testamento? -replicó Gabriel con una áspera carcajada-. ¡Si eso era la única cosa que me esperaba!

-Entonces, ¿no estás enfadado porque me haya dejado el estudio de diseño? -aparte de una fortuna tan considerable que le permitiría vivir sin agobios el resto de sus días.

-¡Oh, Rachel...! -esta vez su risa se hizo más suave, más cargada de ironía, mucho más difícil de soportar-. Si eso es lo que piensas, no me conoces en absoluto. Me alegro mucho de que te haya dejado tanto, y pienso que tú y tu madre merecéis eso y mucho más. Os lo habéis ganado por querer al pedazo de testarudo de mi padre...

aunque eso signifique que yo reciba menos.

-No me parece que fuera tan difícil llegar a quererlo...

-¡Por supuesto que lo era! -exclamó Gabriel haciendo una mueca de amargura-. Y si no se hubiera mostrado tan generoso en su testamento con vosotras, yo mismo habría hecho los arreglos necesarios para que recibierais vuestra parte. Sólo que... -empezó a decir, deteniéndose bruscamente-. En fin, será mejor que lo dejemos así -dijo en cambio-. Me alegro por ti, Rachel -concluyó con sinceridad.

-Entonces, ¿por qué te vas?

-Estuvimos de acuerdo en que sería lo mejor.

-¿Esínvimos? -exclamó Rachel presa del pánico. ¡Pero si ella no había dicho nada!

-Me has dejado bien claro que no quieres que haya nada entre nosotros.

-Pero no tienes por qué...

-Rachel -le interrumpió Gabriel pacientemente-, tengo un negocio que dirigir.

-Pues a mí me parece que puede funcionar perfectamente aunque te quedes aquí unos cuantos días más -protestó, incapaz de soportar la idea de no volver a verlo en otros cuatro años... o, aún peor, de que no regresara jamás.

-¡Rachel, no insistas!

-¿Es por lo que pasó ayer -preguntó rápidamente-.

Porque si es por eso, ya sé que estuvimos de acuerdo en que...

-Eso fue exactamente lo que hicimos -la interrumpió Gabriel-, pero si me quedo aquí, no respondo de mi palabra.

No podía haber dicho nada mejor para alimentar sus locas esperanzas. Sintió que se le aceleraba el pulso.

-Entonces, no te vayas -murmuró sonrojándose.

Impulsivamente se acercó hacia él y le rodeó con sus brazos, haciendo caso omiso de la forma en que él se ponía tenso. Sus oscuros ojos parecían de hielo.

-Rachel... -la previno.

Ella se negó a escucharlo. De algún modo, después de sufrir tanto dolor, de la confusión de aquellos años había nacido en ella una nueva determinación, casi una certeza.

A pesar de todo lo ocurrido entre ellos, seguía sintiendo algo por aquel hombre. Le necesitaba, y su instinto femenino le decía que Gabriel también sentía lo mismo, aunque por alguna razón que no llegaba a entender, estaba dispuesto a resistir.

-No te vayas -susurró mirándolo con los ojos tan brillantes que

parecían de plata-. Por favor, no te vayas.

-No sigas, Rachel, ya te he dicho que no va a volver a ocurrir -replicó Gabriel con la firmeza que le caracterizaba. Con suavidad, pero implacablemente, la obligó a que le soltara.

Aquel gesto tuvo la virtud de devolverla al pasado, cuando, como entonces, él estaba a punto de marcharse a América. En el último instante se volvió hacia ella, cínico y brutal.

-¿Qué es lo que ha pasado, Rachel? -le había preguntado-. Normalmente no soy tan descuidado. Espero que mi absurda falta de control no tenga consecuencias.

¡Consecuencias! Aquella pregunta le indicaba bien a las claras lo que Gabriel pensaba de la noche que habían pasado juntos; lo que para ella hubiera sido un niño concebido por amor, Gabriel lo consideraba sólo un posible estorbo, y actuaría en consecuencia de forma fría y eficaz, como si fuera uno más de sus problemas de negocios.

-Si a lo que te refieres es a si estoy embarazada -replicó apretando los labios-, puedes quedarte tranquilo.

Era la pura verdad, aunque no estaba segura de si lamentarlo o alegrarse.

-¡Gracias a Dios! -exclamó Gabriel, y su alegría fue como un bofetón para Rachel.

-¿Por qué estás tan contento? -dijo con amargura-¿Porque así ya puedes dedicarte a tu nueva amante sin remordimientos?

-¿Mi nueva amante? -repitió Gabriel cínicamente; sólo entonces se dio cuenta Rachel de que jamás había tenido la intención de adjudicarle el mismo título a ella, que, en definitiva, no había sido más que un capricho pasajero, un simple pasatiempo.

Incluso dudaba de haber conseguido que se lo pasara bien con ella. Seguramente su inexperiencia habría hecho que se mostrara más inhibida, menos apasionada que las mujeres con las que él solía salir, tan sofisticadas y sensuales como Amanda. Aquella noche debía haber supuesto una terrible decepción para él.

-Eres una jovencita muy atractiva, Rachel -le consoló Gabriel como si le hubiera leído el pensamiento-, y algún día harás muy feliz al afortunado que... -llegado a este punto se calló abruptamente, recuperando de inmediato su compostura habitual-. Por supuesto -continuó en un tono bien diferente-, tienes libertad completa para hacer lo que quieras, podrás escoger a quien te venga en gana.

No podía ser cierto, no podía estar oyendo semejantes cosas. Él era el único hombre a quien había querido, ¿cómo podía estar

diciéndole semejantes cosas?

-¡Ah, sí! ¡Desde luego! Ahora que me has iniciado en los misterios del sexo, espero estar preparada para complacer al «feliz afortunado» -al decir estas palabras, Rachel tuvo la satisfacción de ver cómo por un momento cerraba los ojos, aparentemente incapaz de soportar semejante crudeza.

-Y yo espero que te respetes más a ti misma que todo eso -replico con dureza.

-¡Qué hipócrita eres! ¿No te parece un poco tarde para empezar a hacerte el adulto responsable otra vez?

-Demasiado tarde -convino Gabriel haciendo un esfuerzo visible por controlarse, con los ojos llameantes y más pálido que nunca-. Pero te lo advierto, Rachel, en el futuro, si no puedes tratarme como a un simple conocido, será mejor que dejes de pensar en mí. Incluso creo que lo mejor sería que me olvidaras por completo.

Dios sabía que lo había intentado con todas sus fuerzas... pero cuatro años y medio después de aquella escena tenía que reconocer que había fracasado lastimosamente.

Levantó la barbilla orgullosamente, tragó saliva y lo miró directamente a los ojos.

-Sí, por supuesto que no va a volver a ocurrir. Pero, ¿por qué no me dices la verdad de una vez? ¿Por qué no admites que nunca llegaste a sentir nada por mí?

-¡Por favor, Rachel! ¡No digas eso! -casi gritó Gabriel con el rostro contraído en una mueca terrible. : Aunque aquellas palabras encerraban buena parte de pesar y remordimiento, tuvieron sobre ella el efecto casi opuesto al que era de esperar: en vez de devolverle Un poco de confianza, le recordaron instantáneamente todos los sufrimientos por los que había pasado.

-Aquella noche -continuó Gabriel- me pilló completamente por sorpresa tu reacción; además –añadió-te recuerdo que no estábamos precisamente sobrios..

-Sí, así fue -dijo al fin, sin saber muy bien todavía si él había actuado motivado por una momentánea pérdida de control, o si había pretendido seducirla deliberadamente-. Pero, ¿y después?

Ante aquella pregunta, Gabriel se quedó mudo, momentáneamente desconcertado.

-¿Y después? -repitió Rachel obstinadamente, aunque sabía que su respuesta iba a resultarle más dolo-rosa que cualquier otra cosa que le hubiera dicho antes-. ¿Qué me dices de la noche de la fiesta, Gabriel? ¿De lo de Amanda? ¿Acaso con ella hiciste algo diferente a lo que hicimos nosotros sin estar precisamente sobrios'!

-No -reconoció Gabriel sacudiendo la cabeza-. Lo hice deliberadamente -confesó.

A pesar de haberle oído perfectamente, Rachel no podía creer lo que acababa de decirle. ¡No podía ser cierto! Le resultaba insoportable pensar en las implicaciones de lo que acababa de decir.

-Entonces, tú sabías que yo... -Rachel hizo un enorme esfuerzo por intentar comprender cuáles habían sido sus motivos, pero lo único que consiguió fue hacerse más daño aún. Seguía sin saber cómo protegerse del dolor que él la infligía con cada palabra.

-Sí, lo sabía -reconoció Gabriel. Exasperado, se dio la vuelta con las manos en los bolsillos y se quedó mirando por la ventana.

-¡No! ¡Díme que no es verdad! -suplicó, aunque lo único que quería era taparse los oídos para no seguir oyendo-. Díme que fue ella la que se empeñó en ir a tu cuarto..., que tú estabas dormido, o borracho... Dime que yo llegué en el peor momento, cuando estabas a punto de echarla...

Frenéticamente, Rachel suplicaba para que él le dijera lo que ella quería oír, pues aunque fuera la mayor mentira del mundo, estaba deseando hacer lo imposible por creerle.

Por unos instantes interminables se hizo un terrible silencio entre los dos. Finalmente, Gabriel se dio la vuelta, pálido y tenso como un espectro.

-Es muy tentador -dijo fríamente-, pero no puedo mentirte.

Rachel sintió como si le hubiera dado un puñetazo terrible en la boˆa del estómago. Tuvo que hacer acopio de todo su valor para resistir frente a él.

-¿Entonces...?

-Era exactamente lo que parecía ser. No fui víctima de una encerrona ni nada por el estilo. De hecho, fui yo quien insistió, por decirlo de alguna manera... -le explicó con el mayor cinismo-. No estaba en absoluto borracho, aunque te puedo jurar que durante aquella noche bebí como una esponja...

En aquel punto Rachel no pudo soportarlo más, y se tapó los oídos con las manos. Implacable, Gabriel se acercó a ella y le obligó a bajar las manos.

-Amanda no era precisamente mi tipo, -continuó-pero estaba disponible, y no me costó mucho convencerla. ¡Oh, Rachel...! -exclamó, al ver que ella prorrumpía en llanto-. Te aseguro que no merezco que te pongas así. Te dejé y me lié con ella en menos de dos días, y si se me presentara la ocasión, ahora haría exactamente lo mismo. Por eso tengo que marcharme a América.

Sin añadir nada más, se dirigió al recibidor, asió las maletas y

salió de la casa sin siquiera volver la vista atrás.

Cuando por fin oyó que ponía el coche en marcha, Rachel se dio cuenta con meridiana claridad de porqué le había suplicado a Gabriel que le diera una explicación: lo amaba, siempre le había amado. A pesar del dolor y de la ausencia, de haber creído durante tantos años que le odiaba, lo cierto es que nunca había dejado de quererlo. Ahora sabía además que no le sería posible dejar de hacerlo.

Capítulo 8

LA UNA y cuarto. Nerviosa, Rachel miró su reloj por enésima vez. Le resultaba muy extraño que Gabriel se retrasara tanto, sobre todo teniendo en cuenta que era él quien había propuesto aquel encuentro. Después de doce meses de silencio total, la primera noticia que había tenido había sido aquella sorprendente invitación para reunirse con él en Nueva York. Pero ya desde el primer momento se había dado cuenta de que su estilo de vida en América era muy diferente al que ella conocía.

Por ejemplo, su apartamento: Rachel había esperado que fuera de un estilo muy similar al del sencillo ático de su casa natal, así que se quedó atónita al ver el tamaño y riqueza del piso donde vivía, desde donde se podía disfrutar, además, de unas espectaculares vistas a Central Park.

Tampoco había previsto que él no estuviera allí para recibirla. De hecho, había decidido dejarle el apartamento para ella sola durante el tiempo que durara su estancia. Si ella lo hubiera sabido, pensaba, habría insistido en reservar una habitación en un hotel.

-Perdona, llego tarde -la saludó por fin Gabriel apresuradamente, al tiempo que le tocaba ligeramente un hombro-. Justo cuando salía de la oficina ha habido un problema de última hora. ¿Has tenido algún problema para encontrar el restaurante?

-No, ninguno -tenía que hacer un verdadero esfuerzo para concentrarse en la conversación.

No estaba en absoluto preparada para resistir la impresión que le produjo ver a Gabriel después de tanto tiempo, impecablemente trajeado y más atractivo que nunca; incluso sabiendo que no sentía nada por ella, no pudo evitar contemplarlo con el ansia acumulada tras doce meses de ausencia. Le devoró con la mirada, como si eso de algún modo pudiese compensar el vacío que había dejado en su vida.

-Tus instrucciones estaban muy claras, sólo un idiota habría podido perderse.

-Y los dos sabemos que tú no eres precisamente una tonta, ¿verdad? -repuso Gabriel llamando con un gesto al camarero-. ¿Quieres otra copa?

-No, gracias, todavía no he terminado con ésta -no le dijo que ya sentía eufórica sólo con verle. Además, sabía por experiencia que los efectos combinados del alcohol y Gabriel Tiernan sobre ella

podían ser letales.

-Estás estupenda -dijo Gabriel-. Te queda muy bien ese corte del pelo.

-Gracias -repuso Rachel complacida pasándose la mano por la melena corta-. Me ha costado un poco acostumbrarme, pero creo que también me gusta.

-¿Como es que te decidiste a cortártelo tanto?

-Bueno, ya sabes, creo que necesitaba un cambio de imagen -no estaba dispuesta a confesarle que, cuando él regresó a América, ella decidió volver a tomar las riendas de su vida, empezando por una drástica revisión de su aspecto y guardarropa.

Aunque no le había servido de mucho para hacerle olvidar a Gabriel, por lo menos la había mantenido distraída. Aquel día se sentía especialmente atractiva, con su atrevido corte de pelo y vistiendo un elegante traje color crema.

-Ya estaba harta de parecer Alicia en el País de las Maravillas.

-Pues a mí me gustaba ese estilo

-A los hombres siempre os gusta más el pelo largo-dijo Rachel nerviosamente procurando eludir su atenta mirada.

-También has adelgazado, ¿verdad? ¿Es que te has puesto a dieta? -continuó Gabriel interesado.

-No, y no me he tomado tantas molestias por ti, si eso es lo que quieres decir... -replicó un poco molesta.

-¡Ya me imagino que no! -dijo Gabriel con suavidad-. ¿Qué te parece si pedimos la comida?

Inmediatamente se acercaron dos solícitos camareros, por lo que Rachel no tuvo siquiera opción a replicar, así que, con esfuerzo, procuró concentrarse en el menú que tenía delante.

-He perdido algo de peso por la gripe -contestó a la defensiva. De hecho, había tenido que guardar cama durante todo el tiempo que él estuvo en Londres para acudir al los servicios religiosos por el primer aniversario de la muerte de su padre.

Había lamentado no estar en condiciones de verle, aunque sólo fuera por un instante, pero se daba cuenta al tenerle delante de nuevo que había sido lo mejor, ya que con ello sólo habría conseguido despertar los más dolorosos recuerdos.

Durante aquella breve estancia en Inglaterra, Gabriel había visto todos los diseños en los que estaba trabajando y los había comprado para su cadena de tiendas en América. De alguna forma, aquel había sido el origen de la invitación que le había hecho para que fuera a verle.

-La verdad es que he estado tan ocupada desde entonces que ni

tiempo he tenido de recuperar esos kilos-Rachel se maldijo por sentirse en la obligación de darle tantas explicaciones.

-¿Y cómo estás ahora? ¿Y tú madre? -Gabriel formuló la pregunta de manera tan formal que no pudo por menos que recordar lo esquivo que se había mosIrado con ella en Londres, eludiendo con cualquier excusa ir a verla. Después de todo, no había estado tan enferma como para eso.

-¡Como si eso te importara algo! -replicó sin poderse contener.

-Pues la verdad es que sí que me importa.

-¿Ah, sí? ¿Y como es que entonces no te has molestado en llamarnos o en ir a vernos? -preguntó Rachel cada vez más enfadada.

-Sabes muy bien porqué -replicó Gabriel cortante tomando otro sorbo de su copa con un movimiento que a Rachel le pareció perfectamente estudiado-. Pensé que sería lo mejor

-¿Eso pensaste? ¿Es que no eres capaz de pensar en los demás, para variar?

-Lo hago muchas veces -repuso Gabriel inexpresivo-. Pero nuca dejo que eso interfiera en lo que yo considero que es lo mejor.

-Eso puedes jurarlo.

Rachel apenas podía soportar el recuerdo de tantas noches sin dormir, esperando desvelada y ansiosa a que él la llamara. Era desolador comprobar lo fácil que a él le había resultado prescindir de ella.

-Además, nunca has podido disimular tu disgusto porque mi madre heredara parte del negocio. Sé muy bien lo que te molesta tener que seguir tratando con nosotras.

Por fin pareció que aquellas palabras habían hecho algún impacto sobre él.

-¡Sabes perfectamente que lo que dices no es cierto! -exclamó con ojos llameantes-. Y por una razón muy clara: soy el principal accionista de Tiernan, y sería una locura que me desentendiera de la marcha de los negocios -asió la copa con tal furia que Rachel no pudo por menos que temer que quisiera hacer lo mismo con ella-. También sabes que tu madre no tenía ninguna experiencia en los negocios... aunque tengo que reconocer que se las está apañando bastante bien. La cotización de las acciones bajó un poco después de la muerte de papá, pero ahora se mantiene estable -tras esta declaración, y no sin hacer un esfuerzo evidente, relajó un poco la presión con la que aferraba la copa-. Te diré también que sé perfectamente lo bien que estás trabajando.

-Así que has estado espiándome.

-¿Acaso piensas tomarte todo lo que te digo a la tremenda? -preguntó Gabriel impaciente-. Es parte de mi trabajo sabe cómo funcionan todos los departamentos de Tiernan. Por eso es por lo que estás aquí. ¿Qué te parece lo que has visto esta mañana? -pre-'guntó acto seguido, cerrándole así a Rachel cualquier oportunidad de seguir discutiendo sobre asuntos demasiado personales.

Era lo suficientemente listo como para darse cuenta de que aquel asunto no podría por menos que interesarla.

-¡Absolutamente maravilloso! -replicó Rachel entusiasmada-. Me encanta todo lo que has hecho. ¡No me extraña que la cadena de tiendas T2 tenga tanto éxito! Y los escaparates... -se quedó sin palabras al recordar la excitación que había sentido al ver sus diseños expuestos en la tienda de la Quinta Avenida que había visitado-. Gracias por darme semejante oportunidad -concluyó con absoluta sinceridad.

-No las merece -respondió Gabriel amablemente-. Es mérito tuyo, has sido tú la que has creado esos diseños tan maravillosos; no podía por menos que exponerlos de la mejor forman. ¿Sabes? casi todas las mujeres que pasan por delante de la tienda no pueden evitar pararse para mirarlos... y entonces se vuelven locas por ellos. Incluso a los hombres les gustan tus joyas y las compran pensando lo bien que les van a quedar a sus mujeres o a sus amantes.

-Me alegro de que te gusten -consiguió articular Rachel. Estaba como hipnotizada oyendo sus elogios, incapaz de pensar en otra cosa que no fuera lo que le estaba diciendo, sin desear ver otra cosa que no fueran sus ojos fijos en ella-. Me alegro muellísimo.

-Te diré que eres toda una estrella -le dijo Gabriel sonriéndole con calor-. Tienes un talento maravilloso. Te he pedido que vengas a verme para que compruebes por ti misma el éxito que tienen tus creaciones.

¿Sólo por eso? Tuvo que reprimir un gesto de decepción: en el fondo de su corazón había deseado que él la hubiera llamado por algo más que negocios.

-Sin embargo -continuó Gabriel-, ésa no es la única razón por la que te he pedido que vinieras

-¿Ah, no? -fue como si el corazón le diera un salto dentro del pecho ante aquellas palabras que volvían a alimentar sus más locas esperanzas.

-Tengo dos noticias importantes que darte, una es personal, la otra de trabajo. Empezaré con la del trabajo: tengo un encargo para ti, uno muy especial.

-¿Un encargo? -repitió, intentando mostrarse entusiasmada.

Estaba tan nerviosa que, a pesar de que la comida estaba deliciosa, sabía que iba a ser incapaz de tomar nada más-. Cuéntame de qué se trata.

-Todavía no es el momento -fue la misteriosa respuesta de Gabriel-. Primero quiero que me cuentes lo que has hecho todos estos meses... además de trabajar, claro. ¿Estás saliendo con alguien?

Rachel sintió una oleada de pánico.

-¿Acaso tus espías no te han informado? -replicó secamente, rezando para que Gabriel no insistiera en aquel tema,

-No son mis espías, Rachel. Sólo me informan de los asuntos de trabajo, no sé nada de tu vida privada.

-¡Vaya! ¿Así que no tienes noticia de la multitud de hombres que hacen cola en mi casa para pedirme que salga con ellos? -aunque procuró que su voz sonara alegre y despreocupada, se temía que no lo había conseguido en absoluto.

-Eso me lo creo -dijo Gabriel con lentitud, mientras una sonrisa indescifrable se dibujaba en su rostro.

-¿Sí?

Por suerte en aquel momento volvió a interrumpirles el camarero, dándole así la oportunidad de tranquilizarse un poco. Por desgracia, Gabriel no estaba dispuesto a dejar el tema tan fácilmente.

-No sé de que te sorprendes. Por si todavía no te has enterado eres una mujer muy atractiva ¿Es que acaso no hay ningún hombre en tu vida?

Instintivamente Rachel se dio cuenta de que aquella no era una pregunta casual. Con dolorosa claridad recordó el día de su despedida, cuando él le dijo que era ubre para estar con cualquier hombre que quisiera.

-¿Te refieres a si tengo un amante en exclusividad? -contestó, simulando obstinadamente el mismo tono frivolo de antes-. No, no creo que se pueda decir eso. Todavía no he encontrado a ningún hombre con el que quiera sentar cabeza.

Él pareció disgustarse ante su respuesta, aunque no hubiera podido decir si se debía a que había utilizado la palabra amante, o a que se había mostrado deliberadamente ambigua. Lo mismo podía entenderse que tenía docenas de admiradores que no tenía ninguno.

La triste realidad, sin embargo, es que había intentando con todas sus fuerzas encontrar a alguien. Durante los meses que siguieron al funeral había salido prácticamente con todos los que se lo propusieron, en un vano intento por olvidar a Gabriel. Se pasaba

todo el tiempo que duraba la cita comparando a su pareja con él, y, por desgracia, nunca había encontrado a nadie que estuviera ni remotamente a su altura.

-Ya sabes que antes de escoger hay que probar -añadió con el único fin de echar un poco más de leña al fuego.

-Deberías tener cuidado, Rachel... -le aconsejó Gabriel con una tranquilidad, que, era evidente, estaba muy lejos de sentir-. Ese comportamiento no es muy aconsejable ni saludable en los tiempos que corremos... y sería muy triste que se perdiera un talento como el tuyo.

¡Su talento! ¿Acaso aquello era lo único que Gabriel lamentaría perder si ella desapareciera?

Ofuscada, se dijo que era muy injusto tener que aguantar la caprichosa forma en la que él entraba y salía de su vida, permitiéndose, además, darle consejos que nadie le había pedido.

-Vivo mi vida como me da la gana, Gabriel -declaró-. No es asunto tuyo si yo...

-La promiscuidad no es precisamente una virtud -la interrumpió Gabriel ácidamente.

-¿Y la hipocresía sí lo es? -preguntó Rachel a su vez-. La verdad, querido hermanito, es que me parece que te estás pasando. Dime, ¿todavía sigues ligando por ahí a tu antojo como solías hacerlo cuando estabas en casa? -le acosó con voz aguda. Para su desgracia, todavía le afectaba vivamente lo ocurrido entre ellos hacía ya más de cinco años.

-Sabía muy bien lo que estaba haciendo.

-¡Ah! ¿Acaso yo no? -replicó Rachel, sin preocuparse por si la oían en las mesas vecinas. Estaba tan ciega de ira y de despecho que el restaurante entero podría haberse desvanecido sin que ella se diera siquiera cuenta.

-Sólo tenías diecinueve años -se justificó Gabriel, visiblemente incómodo.

-¿Y acaso por eso era incapaz de pensar o actuar a mi modo? ¿No se te ha ocurrido pensar que no fuiste tú el único responsable?

-He vivido con esa carga desde entones, puedes creerme, y no he dejado nunca de lamentar lo sucedido -respondió Gabriel sin apartar por un momento la vista de ella. Realmente sabía muy bien cómo hacerle daño-. Debería haberme dado cuenta de que estabas aún más borracha que yo...

-¿Borracha? ¡Así que ahora resulta que la culpa fue de la bebida! -lo peor de todo fue enterarse de que de lo que se arrepentía era de haberse acostado de ella, y no de su cruel comportamiento. Para

Rachel, aquella única noche constituía el momento más maravilloso y feliz de su vida, y él acababa de destruirlo para siempre-. Pues a mí me parece más bien que te aprovechaste de la ocasión... -le espetó vengativamente.

-¡Aprovecharme! -repitió Gabriel tensando cada músculo de la cara pero manteniendo el ánimo suficiente para controlar que el tono de su voz y no llamar la atención de los demás comensales.

-Bueno, ¿y cómo lo dirías tú entonces? Has dicho que yo era sólo una chiquilla de diecinueve años, tierna e impresionable, y los dos sabemos que siempre se te ha dado muy bien conseguir que las mujeres hicieran exactamente lo que tú querías.

-¿Así es como tú lo ves? -Gabriel inició su defensa en un tono tan glacial que hizo que casi se le helara la sangre en las venas-. Pues yo creo que nadie te manipuló. Si lo recuerdo bien, fuiste tú la que insistió, la que indujo... Te di varias oportunidades para que no siguieras adelante, pero tú no aceptaste ninguna.

-¡Por supuesto que no! Pero eso fue porque... -se detuvo horrorizada al darse cuenta de la magnitud de lo que había estado a punto de confesarle. «Porque te amaba», le habría dicho, traicionando así el más preciado secreto de su corazón, exponiéndose a que él se burlara y arrastrara el único tesoro que la quedaba.

El amor que sentía por Gabriel tenía que seguir escondido, pues sabía demasiado bien que no lo entendería. Para él sólo habían compartido una noche de puro placer físico, sin ninguna trascendencia, y lo último que desearía es que ella le ofreciera su amor.

-¿Porque qué? -le apremió Gabriel-. Venga, dímelo.

Pero a ella se le había quedado la mente en blanco. No había nada que pudiera decir para enmendar la metedura de pata que había estado a punto de cometer.

Pero cuando estaba a punto de dejarse llevar por la desesperación y confesárselo todo, apareció inesperadamente su salvación.

-¡Gabriel! -exclamó una joven a su lado. Su voz era alegre y cantarína, con un ligero acento americano. Daba la sensación sólo con oírla de que se trataba de una mujer que sabía controlar muy bien sus sentimientos.

-¡Hola, Cassie! -respondió Gabriel. En un momento pareció completamente relajado y tranquilo, casi afectuoso.

Rachel alzó la mirada para ver a la mujer que había provocado tal efecto. Casi se cayó de la silla al ver a aquella especie de doble

de Amanda Bryant. La desconocida tenía una silueta magnífica, y una mata de pelo negro espléndida que enmarcaba un hermoso rostro en forma de corazón.

Gabriel se había puesto en pie para saludarla con un beso en la mejilla.

-No te esperaba tan pronto -comentó en un tono tan cálido que Rachel se sintió como si algo muriese en su interior. Hubo un tiempo, recordó con la mirada perdida, en que a ella también le había hablado así.

-Sí, creo que me he adelantado. Perdonad si os he interrumpido.

Aquella mujer estaba celosa, se dijo Rachel incrédula. Resultaba evidente no sólo por su tono de voz,sino por las inquietas miradas que le dirigía, y, sobre todo, por la forma en que había asido el brazo de Gabriel, como queriendo indicar a todos los que les vieran que aquel hombre era suyo. Rachel podía reconocer perfectamente todos esos síntomas porque ella los había sentido también.

-¿No vas a presentarnos? -preguntó educadamente.

-Por supuesto -dijo Gabriel con una amplia sonrisa-. Ya te he dicho que tenía que darte una noticia, y sólo estaba esperando a que llegara Cassie para hacerlo. Cass, te presento a Rachel Amis, la diseñadora de la que te he hablado. Rachel, quiero que conozcas a Cass Elliot...

Rachel tuvo el presentimiento de lo que iba a decir Gabriel a continuación y no pudo por menos que dar gracias a Dios por estar sentada, porque si no, estaba segura de que se hubiera caído redonda de la impresión.

Cuando Cassie entrelazó su mano izquierda con la de Gabriel no pudo por menos que reparar en el brillo del diamante del anillo que llevaba en el dedo anular. Y por si aquello no fuera suficiente, el mismo Gabriel le confirmó la noticia.

-Cassie es mi prometida. Le pedí hace un mes que se casara conmigo, y, por suerte para mí, aceptó. Nos casaremos en Londres dentro de seis semanas.

Capítulo 9

PERO, ¿por qué en Londres? -preguntó Lydia. Precisamente aquella había sido la única cuestión 4tie Rachel había podido hacerse de forma coherente en medio del caos provocado en su interior por la inesperada noticia que le había dado Gabriel.

Sin saber muy bien cómo, había sido capaz de darles la enhorabuena en el restaurante, si bien sin ningún calor y mucho menos "sinceridad. Desde entonces no había dejado de pensar en lo que, sin duda, era el peor detalle de aquella malhadada boda: el sitio donde iba a celebrarse.

-¿Por qué no se casan en Nueva York? -insistió su madre-. A fin de cuentas, los dos viven allí

Rachel se había hecho la misma pregunta una y mil veces. ¿Por qué de todos los sitios posibles en el mundo había escogido Gabriel precisamente Londres? ¿Acaso no le bastaba con haber conocido a otra mujer, haberse enamorado de ella y haberle pedido que se casara con él como para encima celebrar la boda justo delante de sus narices?

-Parece ser que la madre de Cassie vive en Londres, y que ella misma también nació aquí. Su familia se trasladó a los Estados Unidos cuando ella tenía sólo seis meses, pero, cuando su padre murió, la señora Elliot regresó a Inglaterra. Se ha vuelto a casar hace muy poco, así que ahora es la señora Keaton. Tienen pensando celebrar la boda en su casa.

De aquel modo ni siquiera le quedaba la excusa de decirle que Nueva York estaba demasiado lejos, pensó Rachel sintiéndose muy desgraciada. Aquella misma mañana habían recibido la invitación en la que se especificaban todos los detalles de la ceremonia.

-Lo último que se me hubiera podido ocurrir es que quisieras ir, mamá -le reprochó Rachel a Lydia. Por su culpa, se evaporaba la última posibilidad de rechazar su invitación con una disculpa aceptable. Por increíble que pareciera, a Lydia le había encantado la noticia de la futura boda de su hijastro, hasta tal punto que estaba más que dispuesta a enterrar el hacha de guerra.

-¡No me lo perdería por nada del mundo! Todos estarán allí. Ya le he dicho a Gabriel que puede usar esta casa como base de operaciones...

-¿Que has hecho qué...? -Rachel se quedó aterrada ante la perspectiva de que Gabriel se alojara en la casa los días previos a la

boda. ¿Con qué cara podría mirarlo cuando saliera de allí para casarse con Cassie?-. ¿Cómo has podido hacer semejante cosa?

-Eso es lo que Greg hubiera querido -respondió su madre con firmeza-. Rachel, hija, a fin de cuentas ésta es su casa.

-¡Pero si tú y él no podéis soportaros!

-Me he hecho el propósito del olvidar el pasado -dijo su madre, y, asiendo el bolso y el abrigo, se dispuso a salir de compras-. Ya hablamos de ello hace meses, cuando vino al aniversario de la muerte de Greg. De hecho, si yo hubiera sabido antes que él había intentado durante mucho tiempo convencer a su padre de que se casara conmigo, las cosas habrían ido mucho mejor entre nosotros.

-¿Que Gabriel intentó convencer a su padre para que se casara contigo? -repitió Rachel incrédula-. ¡Pero si se oponía a esa boda con todas sus fuerzas!

-Sólo al principio -dijo Lydia mientras se atusaba el pelo delante de un espejo-. Al parecer, cambió de idea. Creo que ésa fue una de las cosas que le hizo marcharse a América...

-¡Pero si él dijo que se iba por asuntos de negocios!

-Sí, seguramente también fue por eso -Lydia hizo una pausa mientras se aplicaba el lápiz de labios-. La verdad es que desde que murió su padre, Gabriel se ha portado conmigo como un perfecto caballero. Ni siquiera cuestionó el último testamento que hizo Greg en el hospital, y Dios sabe que hubiera podido hacerlo... Técnicamente, nuestro matrimonio no fue válido, ya que no lo consumamos, pero él no ha utilizado eso en su favor -le explicó a su hija con los ojos llenos de lágrimas-. Se ha pasado los dos últimos años dirigiendo no solo Tiernan, sino también T2, consiguiendo casi duplicar los beneficios. Y ahora, por fin va a casarse...

No parecía sino que hubiese sido el anuncio de su compromiso lo que hubiera hecho que su madre cambiara tan radicalmente de opinión. Sin embargo, semejante actitud era muy poco propia de su madre, quien, a fin de cuentas, había estado conviviendo durante siete años con el hombre al que amaba sin llegar a casarse con él.

Estremeciéndose, Rachel se cruzó los brazos delante del pecho. De haber estado en el mismo caso de su madre, ¿habría sido capaz de hacer lo mismo que ella, comprometiéndose con Gabriel, el hombre al que amaba, sin que mediara entre ellos promesa de matrimonio? Sí, en el fondo de su corazón no tenía la menor duda de que habría hecho exactamente lo mismo

Por desgracia, ya no tendría aquella oportunidad, pues era a Cassie a quien Gabriel había elegido para compartir su vida, y cuanto antes lo asumiera, mejor sería para ella.

-Bueno, hija, el caso es que llegará esta misma noche. Estarás aquí para recibirle, ¿verdad?

-¿Esta noche? -repitió consternada-. ¿Tengo que hacerlo, madre?

-He quedado con Pamela. Tenemos entradas para un musical esta noche, y después me iré a su casa a pasar el fin de semana. ¡Pero, Rachel, si ya te lo había dicho! Volveré el lunes, cariño. ¡Diviértete! -dijo pellizcándole cariñosamente en la mejilla.

¡Como si fuera posible con la llegada de Gabriel en perspectiva! Sin embargo, muy en el fondo de su ser, no podía reprimir cierta alegría al pensar en verle de nuevo. Se sorprendió arreglándose un poco delante del espejo, considerando incluso la posibilidad de ponerse algo más sofisticado en lugar de la camiseta y los gastados vaqueros que llevaba.

Enseguida oyó el ruido de un coche que se detenía ante la casa y de alguien que abría la portezuela. Había pasado tan poco tiempo desde que su madre se marchara, que Rachel pensó por un momento que sería ella. Sin embargo, tal esperanza se desvaneció en cuanto oyó el timbre de la puerta.

Con los nervios de punta, se precipitó a abrir la puerta a grandes zancadas.

-¿No podías haber usado tu llave? -le espetó a guisa de saludo-. Me parece recordar que tenías una.

Quería que su voz sonara fría y cortante, pero, en su lugar, le sonó chillona y desagradable.

-Buenas tardes, Rachel -replicó Gabriel, tan irónico y controlado como de costumbre-. Sí, tengo mi llave, pero como ésta es ahora la casa de tu madre, me pareció más correcto llamar a la puerta.

Se trataba e una excusa perfectamente razonable, pero Rachel estaba tan alterada que pensó que lo había dicho sólo para subrayar aún más que, desde que su padre muriera, ellos dos ya no tenían absolutamente nada en común.

-Pues creo que hubiera sido más correcto por tu parte pensar en quien iba a abrirte la puerta. Mi madre está fuera y es el día libre de la señora Reynolds -le echó en cara sin poder controlar su nerviosismo, a sabiendas de que lo único que conseguiría sería empeorar las cosas aún más.

-Siento mucho que hayas tenido que cruzar todo el pasillo sólo para abrirme -rejacó Gabriel burlón enarcando una ceja-. Ahora que ya has cumplido con tu deber de anfitriona, puedes volver a tus importantes ocupaciones, que ya me las arreglaré yo sólito.

-Nada de eso -repuso Rachel procurando mantener la calma-. No estaba haciendo nada importante, y, además, le prometí a mi madre

que cuidaría de ti. ¿Quieres comer algo? Si quieres, puedo prepararte un poco de cena.

-¿Lo harías? -preguntó Gabriel horrorizado; evidentemente, no había olvidado los desastrosos resultados de los primeros intentos que había hecho, seis años antes, de aprender a cocinar.

-No te preocupes, que no voy a envenenarte -bromeó Rachel, empezando a sentir que se disipaba parte de la tensión entre ellos-. He recorrido un largo y arduo camino desde el asado completamente quemado al pasablemente comestible, pasando por el medio quemado y el casi crudo. Por otra parte, la señora Reynolds tiene la nevera bien provista, así que no creo que vayas a morirte de hambre.

-Está bien, me arriesgaré -dijo Gabriel devolviéndole la sonrisa.

Sólo entonces se dio cuenta Rachel de que no tenía demasiado buen aspecto. Incluso teniendo en cuenta que acababa de hacer un viaje transoceánico, estaba extrañamente pálido y demacrado, con profundas ojeras de cansancio. Desde luego, no parecía en absoluto un novio impaciente e ilusionado.

Sin embargo, Rachel no podía apartar los ojos de él; seguía deseándole como antes, aún sabiendo que en unos días se convertiría en el marido de la dulce Cassie.

Como ella, estaba vestido de manera informal, con vaqueros y camiseta, y, tal vez precisamente por ello, su atractivo resaltaba más que nunca.

-Voy a subir las maletas a la habitación. Sigo en la misma, ¿verdad?

-¡Oh! Sí, sí -repuso Rachel obligándose a concentrarse en lo que le estaba diciendo-. Tienes la misma habitación. Puedes darte una ducha si quieres, no hay prisa.

El mayor problema de todos, se dijo a sí misma tristemente mientras se dirigía a la cocina, era que Cassie le parecía encantadora. Durante su estancia en Nueva York se habían visto varias veces, y, a pesar de todas las previsiones, le había gustado instantáneamente. Podrían incluso haberse hecho amigas... si no fuera porque al cabo de tres semanas escasamente iba a casarse con el hombre a quien ella amaba.

-¿Ha venido Cassie contigo? -le preguntó a Gabriel en cuanto se reunió con ella en la cocina.

-Vinimos en el mismo vuelo, pero se ha quedado en casa de su madre -le contestó mientras empezaba a preparar un café-. Va a alojarse allí hasta el gran día. Creo que no había sitio suficiente para alojarme, y, además, su madre es bastante tradicional, de las

que piensan que la novia y su prometido no pueden dormir bajo el mismo techo hasta estar casados.

-¡Pues claro que no! ¡Y tampoco puedes verla la noche antes de la boda! -Rachel maldijo su lengua impulsiva. Nada más decir aquello imaginó lo hermosa que estaría Cassie la noche de bodas... Casi se le saltaron las lágrimas al pensarlo.

-No creo que tenga la menor oportunidad de que eso ocurra -replicó Gabriel cortante-. ¿Quieres que te ayude?

-Está todo bajo control -le aseguró Rachel, pensando para sus adentros que ojalá sus emociones también lo estuvieran.

También lamentó haberle sugerido que se diera una ducha, pues durante los últimos diez minutos había tenido que luchar con todas su fuerzas con las imagen de su cuerpo desnudo cubierto de espuma... Incluso aunque le tuviera delante, con un polo de color azul y los vaqueros desgastados, no podía eliminar aquellos pensamientos tan eróticos.

Todavía tenía el pelo húmedo, ligeramente rizado en la nuca, y el agua caliente había tenido el efecto de relajar un poco sus facciones... sólo con mirarlo sentía un deseo sordo en lo más íntimo de su ser.

-Gracias a la previsión de la señora Reynolds tenemos pastel de pollo con champiñones -le informó-, pero todavía tardará veinte minutos en estar listo del todo. Si tienes mucha hambre, puedo calentarte un poco de sopa...

-Con el pastel será suficiente, gracias. Puedo esperar.

-Bueno, pues entonces... -Rachel se interrumpió sin saber qué decir a continuación.

Ya había preparado la ensalada, por lo que no le quedaba nada con lo que entretenerse. Un poco desconcertada, se secó las manos con un trapo, sin saber muy bien qué hacer. Por suerte, Gabriel tomó la iniciativa por ella.

-¿Quieres una taza de café? También podemos tomar una copa para matar el tiempo hasta que la comida esté lista.

-Tomaré café, gracias.

-Creo que a mí me apetece algo más fuerte -dijo Gabriel secamente mientras le servía una taza-. No he hecho más que tomar café en el avión, y me siento tenso como un muelle. Puede que el alcohol me relaje un poco.

Se dirigió al mueble bar y sacó una botella de Borgoña. Rachel no pudo por menos que recordar la habilidad con la que había abierto las dos botellas de champán que ella subiera a su habitación aquella noche fatídica. Sin embargo, era poco probable que hubiera

sido ese recuerdo lo que le hubiera hecho escoger a Gabriel otra bebida tan diferente. A fin de cuentas, era un novio a punto de casarse.

-Me imagino que los preparativos para la boda irán viento en popa -comentó amablemente, aunque aquel era el último tema del que hubiese querido hablar.

-Por lo que a Cassie respecta, desde luego. Se ha pasado todo el vuelo haciendo listas.

-Si como dices su madre es tan tradicional, me imagino que estará organizando una boda por todo lo alto.

-Pues sí, nada menos que media docena de damas de honor, pajes, sombreros de copa y toda la parafemalia -enumeró Gabriel mirando fijamente el interior de su copa-. Y luego están las flores, las invitaciones, la comida...

Rachel achacó su evidente falta de entusiasmo al típico desinterés masculino por semejantes detalles.

-Si necesitáis ayuda, tal vez yo pueda echaros una mano... -se ofreció.

¿Por qué demonios le habría dicho semejante cosa? Ya le resultaba insoportable la idea de que Gabriel se casara, como para encima haber sido tan tonta de ofrecerse a ayudarle.

-La verdad es que hay algo que me gustaría pedirte, Rachel. Aparte de mi madre, tú eres la única familia que tengo, y por eso querría pedirte un favor...

El corazón empezó a latirle a toda velocidad. ¡Iba a pedirle un favor! ¡Quería algo que ella podía darle! Apenas podía controlar su nerviosismo ante semejante perspectiva.

-¿Te acuerdas de que cuando fuiste a Nueva York te dije que tenía dos noticias que darte, y que una era de trabajo? Sin embargo, no pude decírtela porque Cassie nos interrumpió.

Sí, Rachel recordaba muy bien cada detalle de aquella comida funesta. Sin saber muy bien cómo, había logrado superar la primera impresión producida por el inesperado anuncio del compromiso de Gabriel, y, murmurando una excusa cualquiera, se había marchado del restaurante. Durante el resto de la visita consiguió arreglárselas para evitar encontrarse a solas con Gabriel como fuera.

-Me parece que dijiste algo acerca de un encargo, uno muy importante además. ¿Se trata de algún cliente importante? -preguntó, repentinamente interesada.

-Más o menos. Yo seré el cliente, Rachel, quiero que diseñes algo realmente espectacular para mí -ella sintió que se le helaba la sangre en las venas al presentir lo que Gabriel iba a pedirle-, me

gustaría que hicieras algo para Cassie. Quiero que mi regalo de bodas sea una joya realmente hermosa.

-¡Nunca! -gritó Rachel-. ¡De ninguna manera!

-¡Pero si tienes talento más que de sobra para salir airosa! ¿Qué te parecería una tiara?, algo con lo que se pudiera sujetar el velo...

-¡Te he dicho que no! -jamás diseñaría una joya que sirviera para que Cassie estuviera aún más hermosa el día de su boda-. ¡Me estás pidiendo demasiado! -casi gimió; ¿acaso no se daba cuenta de que lo único que deseaba era ocupar el lugar de su prometida frente al altar?

-¿Por qué dices eso? -preguntó a su vez Gabriel confuso-. Me pareció que sería una oportunidad inmejorable para darte un poco de publicidad. Todos los invitados se darán cuenta de lo estupendo que es tu trabajo, las fotos saldrán en todas las revistas... No creo que se te pueda presentar mejor oportunidad para conseguir nuevos clientes. Creí que, como miembro de mi familia, te gustaría...

-¿Gustaría? -rugió Rachel-. ¿Que me gustaría colaborar en tu boda? ¿Compartir acaso vuestra felicidad? Te aseguro que no hay nada que me repugne más después de la forma en que tú...

-¡Por Dios santo, Rachel! -la interrumpió Gabriel justo cuando estaba a punto de confesarle lo terriblemente herida que se sentía-. ¡Por favor, no me digas eso! Lo último que desearía es haberte complicado la vida... Si acaso te he hecho daño...

-¿Daño? -Rachel sonrió irónicamente, aunque en realidad se estaba tragando las lágrimas-. ¡No, no es eso a lo que me refería!

-¿Qué es lo que has querido decir entonces? -preguntó Gabriel ansiosamente. Aunque por primera vez en mucho tiempo parecía realmente consternado, Rachel se dijo que, por una vez, no iba a vacilar.

-Mira, Gabriel, probablemente tenías razón cuando me dijiste que lo que pasó el día de mi cumpleaños fue culpa de los dos. Pero tu forma de portarte entonces, y sobre todo lo que pasó después, me hicieron aprender algo sobre ti: me mostraron el poco valor que le dabas a cosas que, para mí, son muy importantes -Rachel se puso en pie, mirándole desdeñosamente-. Por eso me siento incapaz de contribuir al éxito de tu boda. ¡Me pondría enferma sólo con oírte prometer amor y fidelidad!

Fueron las palabras más duras que le había dicho nunca, y también las más difíciles. Sintió una punzada de dolor al darse cuenta de que le había puesto en bandeja la oportunidad de replicarle que, con Cassie, las cosas iban a ser diferentes, porque a ella la amaba. Y si le decía eso no tendría más remedio que creerle,

por que, sobre todas las cosas, Gabriel era un hombre sincero.

Capítulo 10

PIENSO tomarme mi matrimonio muy en serio -afirmó Gabriel tras un instante de vacilación. Rachel, que esperaba una ardiente declaración de amor hacia Cassie, no supo cómo tomarse esta respuesta. El tono tan falto de entusiasmo en que él le había respondido, y, sobre todo, el vacío que advirtió en su mirada, hicieron que poco a poco empezara a ver todo aquel asunto desde una luz bien diferente.

-Mantendré mi palabra aunque me cueste -continuó-, y procuraré ser el mejor de los maridos para Cassie. La infidelidad me parece el más terrible de los pecados.

-Para un marido, puede que lo sea, pero en el caso de un amante es diferente, ¿verdad? -le reprochó Rachel-. Como entre nosotros no hubo anillos, ni promesas, te resultó muy fácil dejarme de lado... -a pesar de su furor, reparó en que Gabriel, pálido y descompuesto, estaba tan alterado que parecía a punto de estrellar su copa contra la mesa de mármol,

-No fue tan fácil como tú dices. Te aseguro que no tienes la más mínima idea de lo que yo sentía entonces.

-Pues yo dudo de que llegaras siquiera a sentir algo., aparte del puro placer físico, claro -replicó Rachel con dureza, aunque en el fondo de su corazón estaba deseando poder creerle.

-¡Maldita sea! ¡Estás completamente equivocada! ¡No tienes ni la menor idea de lo que estás hablando! -estalló Gabriel con los ojos llameantes.

-¿Cómo puedes tener tanta cara? Amanda estaba en tu cama, la vi con mis propios ojos ¿acaso puedes negarlo?

-No...

-Claro que no. Te recuerdo que ya admitiste una vez que te habías acostado con ella deliberadamente... -le acusó.

-Rachel... -Gabriel intentó interrumpirla asiendo una de sus manos, pero ella consiguió eludirle.

-Venga, explícame si puedes por qué la llevaste a tu cuarto...

-¡Para protegerme! -replicó Gabriel desafiante.

-¿Protegerte? -repitió Rachel incrédula-. No te creo. ¿De quién querías protegerte? ¿No sería de mí, verdad?

Él se limitó a asentir con la cabeza.

-¡Lo que me faltaba por oír! Si de verdad quieres que te crea, tendrás que esforzarte por inventar algo mejor que eso... -justo en

aquel momento sonó la campanilla del horno-. Tu cena está lista -continuó secamente, agradeciendo la interrupción, pues aquella tensa conversación estaba a punto de acabar con sus nervios.

Ignorando la torva mirada que le dirigió Gabriel, fue a la cocina y sacó del horno el pastel. Con deliberada brusquedad, cortó un pedazo y lo puso en un plato.

-¿Quieres ensalada? -preguntó. No le hizo falta volverse para adivinar que Gabriel la había seguido hasta la cocina.

-Rachel, ¿cómo tengo que decirte que me importa un rábano la maldita cena?

-Bueno, pues no pienso ofrecerte nada más. No pienso caer en esa trampa por segunda vez.

-¡Por supuesto que no! -exclamó Gabriel de forma tan brutal que fue como si le cruzara la cara de una bofetada-. No siempre un hombre puede resistir a la tentación.

Lívida, Rachel sé agarró con tanta fuerza a la encimera que se le pusieron los nudillos blancos. Aquellas palabras habían sido las mismas que le había dicho en su habitación tanto tiempo atrás, cuando estaba a punto de meterse en la cama con ella.

Cegada por la pasión de aquel momento, le habían parecido una muestra de delicadeza por su parte, que demostraban que ella le importaba de verdad. Sólo cuando ya era demasiado tarde se dio cuenta de que no era más que una fanfarronada para impresionarla.

-Dime entonces una cosa -dijo Rachel sin volverse, procurando mantener la calma-. Si usaste a Amanda para protegerte, ¿puedes explicarme por qué te casas con Cassie?

-Porque tengo que hacerlo -replicó impertérrito.

-¿Que tienes...? -anonadada, Rachel sintió que le flaqueaban las rodillas. Como una estúpida, había pensado que se casaba porque estaba locamente enamorado de Cassie, ni siquiera se le había ocurrido la posibilidad de que lo hiciera porque ella estuviese embarazada-. ¡Bastardo! -le insultó sin poderse contener- ¡Eres despreciable! -ciega de furia, asió el plato en el que le había servido la cena y se lo lanzó a la cara. Sin embargo, Gabriel consiguió esquivarlo y se estampó contra la pared.

Ahogando un grito, Rachel salió de la cocina y se dirigió precipitadamente a las escaleras, incapaz de seguir un instante más a su lado.

-¡Rachel, espera! -exclamó Gabriel corriendo tras ella. La alcanzó ante la puerta del ático y la rodeó con fuerza por los hombros.

-¡Déjame! ¡Suéltame! -gritó con los ojos anegados en llanto.

Rabiosa, consiguió darle una patada en la espinilla,y tuvo la

satisfacción de hacerle gemir de dolor. Sin embargo, ni siquiera entonces la soltó. Todavía agarrándola, Gabriel abrió la puerta y la empujó al interior de la habitación.

-¡Rachel, siéntate! ¡Que te sientes!

-No pienso obedecerte, ¿me oyes? No voy a volver a hacerte caso nunca más -pero justo entonces fue como si algo en su interior se rompiera definitivamente, como si el dolor y la decepción hubieran ganado la batalla. Quiso gritar, pero no lograba reunir las fuerzas para hacerlo.

Temblando como una azogada empezó a golpear a Gabriel en el pecho. Parecía como si sólo utilizando la violencia se pudiese amortiguar un poco la terrible agonía en la que él la había sumido.

Gabriel no hizo el menor intento por defenderse; en silencio e impasible, esperó hasta que a ella se le pasó el arrebato, y sólo entonces la condujo hasta la cama, sentándose a su lado. Se limitó a abrazarla hasta que cesaron aquellos convulsos temblores que la hacía estremecerse de pies a cabeza. Derrotada y exhausta, Rachel apoyó por fin la cabeza contra su pecho.

Lenta, cuidadosamente, Gabriel la asió la barbilla, obligándola a levantar la vista hacia él.

-Escúchame con atención: nunca, te repito, nunca me he acostado con Cassie, y no pienso hacerlo hasta que nos hayamos casado.

-Pero... ¡si has dicho que...! -le interrumpió Rachel en el colmo de la sorpresa.

-Sí, me tengo que casar con ella, pero no por lo que tú piensas. No la he dejado embarazada.

-Entonces, ¿por qué...?

-No hagas más preguntas, Rachel, déjalo estar por amor de Cristo -le advirtió Gabriel desesperado. Pero Rachel no podía consentir que las cosas quedarán así, no cuando quedaban tantas preguntas por contestar, no mientras aquella terrible incertidumbre continuara atormentándola.

-¿Y qué hay de mí? -se atrevió a plantear por fin.

Instantáneamente, Gabriel pareció relajarse, sus rasgos se dulcificaron y, cuando contestó, su tono fue tan suave que Rachel se quedó atónita.

-Tú eras... eres... muy especial, y siempre lo serás para mí.

-¡Sí! ¡Tan especial que te costó sólo dos días olvidarme y dedicarte a perseguir a otra!

-¡Maldita sea, Rachel! ¡Nunca te he olvidado! ¡No he podido!

Por primera vez, le creyó sin reservas, y, de algún modo, la

esperanza de haber significado algo para él, fue un bálsamo para «u corazón herido.

-¿Y ahora?

-¡Rachel...! -gimió Gabriel desesperado, a punto de rendirse. Rachel presintió que se estaban acercando al momento de la verdad. Levantó un poco la cabeza, y, apoyándose en su hombro, buscó la mirada de Gabriel. El la miró a los ojos, directa, sombríamente, haciendo que le recorriera por la espalda un escalofrío.

Pero ya no podía volverse atrás, ni detener lo que ella misma había puesto en marcha. Presentía que estaba a punto de revelarle algo que cambiaría su vida para siempre.

-¿Qué es lo que piensas de mí? -preguntó. Gabriel tragó saliva convulsivamente; estaba a punto de derrumbar sus defensas-. ¡Gabriel! -insistió- ¡Tengo que saberlo! ¿Todavía sientes algo...?

-¿Sentir? -repitió con la voz rota por el dolor-. ¡Dios mío, Rachel! ¡Si tú supieras...!

-¿Qué es lo que te pasa? ¿Me quieres...?

-Sí, que Dios me ayude, te quiero -reconoció Gabriel por fin con voz ronca-. Rachel... ¡ángel mío! Más que quererte: te adoro, te amo con todo mi corazón. Si pudiera, me casaría contigo ahora mismo...

-Pero... -empezó a decir Rachel, pero él la hizo callar poniéndole suavemente un dedo en los labios.

-Lo que más desearía en el mundo -continuó-, sería pasar el resto de mi vida contigo, tener hijos, envejecer a tu lado...

Aquellas eran exactamente las palabras que Rachel siempre había deseado oír, pero, sin embargo, no hicieron sobre ella el efecto que había esperado. Por el contrario, un frío estremecimiento le recorrió la espina dorsal matando toda su posible alegría.

-Pero, ¿por qué no me lo habías dicho? -preguntó. Gabriel levantó la cabeza, con la mirada perdida.

-Porque no puedo hacerlo... no debo. Mejor dicho, no debemos hacerlo.

Rachel no podía creer lo que estaba oyendo.

-Gabriel, no te entiendo. ¡Yo también te quiero!, ¿me oyes? Te quiero -repitió, mientras él se limitaba a negar una y otra vez con la cabeza-. Entonces, ¿por qué no podemos estar juntos? -insistió tenazmente.

-¿Qué es lo que quieres de mí? -preguntó Gabriel tristemente en lugar de responderla.

-¿Acaso todavía no lo sabes? Quisiera poder retroceder cinco años en el tiempo y hacerte olvidar todas tus objeciones y estúpidos prejuicios que tanto mal nos han hecho. ¡Quiero que volvamos a

empezar de nuevo!

Gabriel no movió un solo músculo, incluso pareció distanciarse aún más ante su ardiente declaración. A punto de desesperarse, Rachel se acercó aún más a él.

-Escucha, lo único que quiero es que me beses, so tonto. Luego quiero que me tumbes en esta cama, que me quites la ropa y que hagamos el amor apasionadamente hasta no poder más, hasta que borremos el más mínimo escrúpulo que todavía puedas mantener.

Era evidente que Gabriel deseaba hacerle caso, pero, incomprensiblemente, se resistía a ello con todas sus fuerzas.

-¡Santo Dios! -gimió. Sin poderse contener, Gabriel le acarició suavemente la mejilla. Sus dedos estaban fríos como el hielo-. ¡Dios! -volvió a exclamar rabioso.

Con una urgencia casi violenta, se agachó hacia ella y la besó apasionada, salvajemente. Rachel le respondió con la misma ansia desesperada y ardiente, y de aquel modo pareció que al fin se derrumbaban los muros que les habían tenido separados durante cinco largos años.

Rachel sentía que el corazón se le escapaba del pecho, como si fuera un pájaro al que por fin abrieran la puerta de la jaula. Pero justo cuando aquel beso tan ansiado empezaba a hacerse más sensual, más exigente, Gabriel se desasió de su abrazo con un gesto tal de desesperación que hizo que a Rachel se le helara la sangre en las venas.

-¡No puede ser! ¡Maldita sea, no puede ser! -gritó, y empezó a proferir tal sarta de juramentos que Rachel se encogió asustada sin saber cómo reaccionar ante tal arrebato de furia.

De repente, Gabriel se quedó callado e inmóvil, con los ojos cerrados y la respiración entrecortada. Una palidez mortal se extendió por su rostro durante un instante que a Rachel se le antojó interminable.

Al fin pareció reaccionar, y con un gesto cargado de ternura, la besó brevemente en los labios, tras lo cual se separó de ella bruscamente.

-¡Gabriel! -suplicó Rachel sin entender absolutamente nada- ¿Qué te pasa? ¿Por qué...?

-No puedo.

-Pero, ¿por qué? ¿Acaso piensas todavía que soy demasiado joven? ¡Pero si ya ves que he dejado de ser tu hermanita pequeña!

Por imposible que pareciera, Gabriel se puso aún más pálido al oírle decir eso.

-Ese es el problema precisamente, cariño -dijo, y su voz parecía

más firme.

-¿Aún me ves como a una hermana? -preguntó Rachel incrédula-. ¡Por favor, Gabriel! ¡Olvídate de esa estupidez! Yo... -se quedó repentinamente muda al ver el cambio en la expresión de su rostro, contraído en una mueca de dolor terrible.

-¡No puedo olvidarme! -estalló-. ¡Eres mi hermana, tienes mi misma sangre! Rachel, mi amor, tenemos el mismo padre, ¿no te das cuenta? Todo lo que ocurrió aquella noche no fue más que un tremendo error.

Rachel sintió que se le venía el mundo encima, incapaz de asumir todo lo que aquellas palabras significaban.

-¡No puede ser! ¡No puedo creerlo!

-¡Tienes que hacerlo! ¡Por favor, créeme! ¡Olvida todo lo que sientes por mí, el futuro que imaginaste a mi lado! ¡Olvídalo y procura encontrar a otra persona que pueda hacerte feliz!

-¡No! ¡Eso nunca! -replicó con un acento tal de desesperación que Gabriel tuvo que hacer un tremendo esfuerzo por contenerse y no abalanzarse para consolarla.

-Tendrás que intentarlo, Rachel. Esa es la única forma, no tenemos otra alternativa. Yo...

-...te casarás con Cassie -le interrumpió Rachel entendiendo por fin todo.

-¿Comprendes ahora por qué tengo que hacerlo? Nunca podré amar a otra mujer. Pero si me caso con ella, procuraré ser el mejor marido del mundo... ésa es mi única esperanza de salvación.

Capítulo 11

RACHEL levantó la vista del tablero de dibujo, y se puso a juguetear con el lapicero, con la mirada perdida. Durante los últimos cuatro días había hecho lo imposible por concentrarse en el trabajo, pero, desgraciadamente, no lo había conseguido. Apenas tenía la fuerza de ánimo suficiente para levantarse, vestirse y acudir al trabajo. Se alimentaba a base de cafés, incapaz siquiera de pensar en comer algo.

No sólo no tenía ánimos para nada, sino que se sentía completamente vacía. Era como si el simple hecho de no venirse abajo en mil pedazos le costara un esfuerzo terrible. Y sabía que si seguía pensando en lo ocurrido en aquella fatídica velada con Gabriel corría el riesgo de romperse para siempre.

Sin embargo, mantenía su buen aspecto. Algo más pálida y ojerosa quizá, pero no tanto como para hacer sospechar a los que la rodeaban. Para justificar su decaimiento había pretextado que una ligera indisposición la había mantenido postrada en cama durante todo el fin de semana.

Ni siquiera tenía el consuelo del llanto, el único que se había podido permitir durante los amargos días de hacía cinco años. No había ninguna forma, además, de dar la espalda a aquella terrible revelación.

Por imposible que pudiera parecer, Gabriel tenía aún peor aspecto que ella. Solamente se habían cruzado una vez al pie de la escalera, lo que les había pillado a ambos completamente por sorpresa. Tácitamente habían acordado no encontrarse jamás, y Gabriel sólo se quedaba en la casa cuando estaba completamente seguro de que ella estaba en el trabajo. De lo contrario, se marchaba, presumiblemente a ver a Cassie, aunque Rachel no estaba segura.

Los preparativos para la boda seguían adelante, aunque cualquiera que tuviera ojos en la cara podía darse cuenta de que el novio no ponía ningún entusiasmo en ellos.

-¡Ay, Gabriel...! -gimió, mesándose los cabellos en un gesto cargado de desesperación. Con los ojos inundados de lágrimas hizo un esfuerzo sobrehumano por concentrarse en el diseño que tenía delante, pero en lo 'único en que podía pensar era en las palabras de Gabriel cuando le dijo que quería que ella diseñara algo realmente espectacular para él.

¡Ojalá entonces hubiera aceptado sin más protesta! Deseó no haberle obligado a revelarle por qué se casaba con Cassie, que no le hubiera contado la terrible verdad que se interponía entre ellos.

Sin embargo, aunque hubiera seguido en la ignorancia, las cosas no habrían sido mucho mejores para ella. ¿Acaso le hubiera resultado menos doloroso que Gabriel la rechazara sin darle ninguna explicación? En cualquier caso, él se había resistido a contárselo, y sólo su insistencia le había hecho confesar al fin.

En un primer momento, le resultó imposible aceptar lo que Gabriel le estaba diciendo.

-¿Y tú cómo puedes saberlo? -le había preguntado-. ¿Quién te ha contado algo tan terrible?

-Tu madre -replicó Gabriel.

-¿Mi madre? ¿Y tú te lo creíste? -dijo Rachel incrédula, empezando a vislumbrar un poco de esperanza al.final del túnel-. Sabes muy bien que te odiaba. Habría dicho cualquier cosa con tal de mantenernos alejados el uno del otro...

-No fue ella sola -la interrumpió Gabriel-. También se lo pregunté a mi padre —sacudió la cabeza con desmayo, evidentemente recordando el momento de la revelación-. Después de pasar la noche contigo -continuó-, me di cuenta de que te amaba, de que quería algo más que una simple aventura, pero también sabía que tu madre haría lo imposible por separarnos, sobre todo al ser tú tan joven. Así que decidí contárselo todo, explicarle mis sentimientos...

-Pero, no le dirías... -dijo Rachel con un asomo de pánico en su voz.

-No, cariño, no le conté nada de lo ocurrido. Simplemente me limité a decirle que durante los últimos meses había empezado a verte con otros ojos, y que si le importaría si te invitaba a salir conmigo de vez en cuando -le explicó.

A Rachel no se le escapó la amarga ironía encerrada en todo aquel asunto. Angustiada, deseó enterrar la cabeza contra la almohada, incapaz de enfrentarse a lo que Gabriel iba a decirle a continuación.

-Desde luego, tu madre no se anduvo por las ramas: me dijo que si salía contigo me arriesgaba a provocar un terrible escándalo, a ir a la cárcel incluso. La verdad de todo aquello estaba en que su relación con mi padre no había empezado un año antes de que os mudarais a la casa, sino que habían sido amantes ocasionales durante más de veinte años.

Gabriel hizo una pausa para que ella asimilara todas las

implicaciones de lo que acababa de revelarle. Rachel no necesitó más para empezar a atar cabos: recordó que cuando tenía trece años y su madre le presentó al «tío Greg» le había dicho que habían sido amigos desde hacía muchos años. También se acordó de que Gabriel le había dicho que su padre solía contemplarla cuando, de niña, se entretenía jugando con arcilla.

-Entonces mi... padre, me refiero a John Amis, el marido de mi madre.

-No podía tener niños -continuó Gabriel-. Conoció a Lydia en un momento en que ella y mi padre estaban separados. Por lo visto, ya estaba embarazada, pero Greg se había negado a reconocer al niño. Amis se casó con Lydia enseguida, y le dio su apellido a aquel bebé, que eras tú. Tu madre pensaba que nunca iba a volver con Greg, así que decidió que crecieras pensando que Amis era tu padre...¡Rachel, para ya!

Sólo al oírle pareció salir del trance en el que le había sumido aquella historia, dándose cuenta de que, sin querer, había asido una caja de pañuelos de papel y había empezado a destrozarlos sistemáticamente.

-¿Le pediste a tu padre que te confirmara esa historia?

Gabriel asintió brevemente con un gesto.

-Confesó que todo había sucedido tal y como Lydia me había contado. Algunos años después de la muerte de Amis, volvieron a encontrarse y a reiniciar su relación. Al principio, la mantuvieron en secreto, pero cuando mi madre se marchó, Greg os trajo a vivir aquí.

-¿Y cuándo le dijo mi madre que...?

-¿Que tú eras hija suya? Creo que tardó un tiempo, pues temía que él se lo tomara como un chantaje, como una forma de obligarle a cambiar el testamento o a que se casara con ella. Mientras pasaba el tiempo, Greg fue tomándote mucho cariño... ¡Dios!

Con un gesto de desesperación, Gabriel se dio la vuelta bruscamente para enfrentar su mirada. Rachel deseaba más que nada en el mundo acercarse a él y consolarlo, pero él la detuvo con los ojos llameantes.

-¡No te acerques! ¡Ni se te ocurra!

Aunque sabía que tenía razón, a Rachel se le hizo muy duro asumir aquellas salvajes palabras. Sin embargo, si provocaba que cayeran las barreras que Gabriel había conseguido levantar entre ellos, las consecuencias serían terribles para ambos, y acabarían con su paz mental para siempre.

-Greg acabó queriéndote mucho, Rachel -continuó Gabriel un

poco más tranquilo-. Cuando por fin se hicieron los análisis de sangre los que Lydia había insistido tanto, realmente a mi padre ya no le hacían falta pruebas.

Sin embargo, aquellos análisis habían asestado un golpe mortal a las esperanzas de Gabriel.

-Pero, ¿por qué mi madre nunca me dijo nada? -volvió a preguntar Rachel confusa.

-Greg se lo prohibió, no quería que sus asuntos se airearan. Me parece que se lo impuso como condición cuando vinisteis a la casa, y ella le quería tanto que prometió mantenerlo en secreto, por lo menos hasta después de su muerte.

-¿Y por qué no llegó a reconocerme legalmente?

-Sólo Dios lo sabe. Si lo hubiera hecho, seguramente habría evitado que cayéramos en esta sucia trampa. Por otra parte, tampoco sabremos nunca lo que habría ocurrido si no hubiera muerto tan de repente y se hubiese casado con tu madre. Yo creo que entonces hubiéramos tenido una oportunidad para arreglar las cosas y convertirnos en una familia feliz.

A Rachel no se le escapó el cinismo que destilaba este último comentario.

-Por eso os peleasteis, ¿verdad? Gabriel asintió apretando los labios.

-Me dijo que no importaba de quién fueses hija, que lo único que contaba era que él te trataba como tal. Yo le insistí para que te reconociera, o para que, al menos, se casara con Lydia. Quería que todo se hiciera como es debido, porque tenías derecho a su nombre, a saber quién era tu padre verdadero... -volvió a sacudir la cabeza con desmayo-. No me porté bien contigo, Rachel-reconoció con tristeza-. Sólo tenías diecinueve años, y yo te arrebaté tu virginidad...

-¡No, no fue así! ¡No te llevaste nada que yo no quisiera darte...! -al ver la palidez mortal que cubría el rostro de Gabriel, se dio cuenta de que acababa de poner el dedo en la llaga.

-Así fue, pero si se hubiera hecho pública la identidad de tu padre, habrías sabido que yo era tu hermanastro. No creía que hubieras podido soportarlo, casi ni yo mismo podía hacerlo. Así que, finalmente, acordé con mi padre que era mejor no decir nada y decidí marcharme a América tan pronto como pudiera.

-Pero antes te aseguraste bien de que yo te aborreciera, ¿verdad? -dijo Rachel, sintiendo por fin que todas las piezas encajaban.

-Sí -reconoció Gabriel con una voz apenas audible-. No te imaginas lo mucho que me costó hacerlo, pero no podía arriesgarme

a que te enteraras de la verdad, y tampoco a que volvieras a tentarme otra vez. Dudaba poder resistir otra vez a tus encantos -confesó tristemente.

Todo había sido un montaje para conseguir que ella lo odiara. Gabriel la quería tanto que había aceptado asumir que ella le aborreciera durante todos aquellos años, sólo para evitarle las consecuencias de sus propios actos.

-Entonces, por eso dijiste que usaste a Amanda como protección.

Gabriel asintió con una seca carcajada.

-Efectivamente. Me temo que la pobre no se divirtió mucho aquella noche, y aún me asombra que no divulgara a los cuatro vientos mi fracaso. Imagínate: Gabriel Tiernan, el play-boy de la comarca, incapaz de satisfacer... Y te aseguro que lo intenté con todas mis fuerzas, porque estaba deseando olvidarme de ti como fuera.

Sorprendentemente, Rachel se sintió casi feliz al oír esa declaración. Como mujer enamorada que era, sintió una punzada de orgullo al enterarse de que la sensual Amanda no había podido sustituirla.

-¿Y qué me dices de Cassie?

-¿Cassie? -Gabriel se pasó las manos por la cara, como si estuviera exhausto-. Ella es el escudo que me obligas a usar para defenderme de ti.

-¿Qué yo te obligo a usar? -protestó Rachel.

-Eso es -asintió Gabriel-. Cuando regresé para el entierro de mi padre, pensé que cuatro años y medio habría sido más que suficientes para enterrar el pasado, que cuando te viera sería capaz de ocultar mis sentimientos, de mantenerlos bajo control. Por desgracia, me equivoqué -admitió, y con un suspiro se apoyó cansadamente en la pared, como si fuera incapaz de mantenerse en pie por más tiempo-. En cuanto te vi me di cuenta de que seguía sintiendo exactamente lo mismo por ti. Ya no eras una chiquilla, sino una mujer hecha y derecha, y estabas más guapa que nunca. ¡Ojalá me hubieses demostrado un poco más de odio, porque entonces creo que habría conseguido mantener las distancias...!

-¡Pero no podía hacer eso! -protestó Rachel.

-Ya lo sé, yo tampoco hubiera podido. Lo único que deseaba era seguir mirándote. Sabía que si te tocaba, estallaría. Me pasé el viaje de vuelta a Estados Unidos horrorizado pensando lo cerca que había estado de caer de nuevo. Tenía que tomar una decisión, plantearme algo más serio, más definitivo. Me propuse que no regresaría a Inglaterra hasta haberme casado -reconoció al fin con un suspiro

que pareció salir de lo más hondo de su alma.

»Cassie me gusta mucho. Aunque nunca podré quererla de la forma en que te he querido a ti, creo que podré hacerla feliz. Lo intentaré con todo mi corazón porque ella se lo merece. Hubiera preferido casarme rápida y discretamente en América, pero Cassie insistió en organizar una gran boda en Londres. En cuanto todo termine, nos volveremos a Nueva York y ya no tendremos que vernos nunca más.

-¡No, Gabriel! ¡Por favor! -Rachel no podía siquiera soportar esa idea.

-Sí, Rachel, así tendrá que ser -se reafirmó Gabriel sin mover un solo músculo-. Sé que nunca podré verte como a una hermana, lo he intentado con todas mis fuerzas y no lo he conseguido. Cuando Cassie y yo nos hayamos casado-nos iremos para no volver nunca. Lo mejor sería que me olvidaras y que buscaras a otra persona que... -¡Nunca! ¡Nunca podré hacerlo!

-¡Cariño, por favor, no digas eso! -rogó Gabriel. Era evidente que su autocontrol empezaba a tambalearse-. Tienes que encontrar a alguien y rehacer tu vida. Sólo podré soportarlo si sé que eres feliz.

¿Feliz? ¿Sin él? Aquello era imposible, pero si se lo decía sólo añadiría más sufrimiento a la pesada carga que Gabriel se había echado a sus espaldas.

Lenta, débilmente, como si durante aquella conversación hubiera envejecido diez años, Gabriel se incorporó.

-Ahora tengo que irme.

-Con Cassie... -el dolor era tan fuerte que casi no podía respirar.

-Sí, con Cassie -afirmó Gabriel sombríamente-. Y creo que será mejor que no volvamos a encontrarnos hasta que tu madre haya regresado y pueda servir de carabina. Si pudiera, me iría de esta casa, pero con eso sólo conseguiría que la gente empezara a murmurar.

-Gabriel... -empezó a protestar Rachel, pero él la redujo al silencio con un gesto.

-Rachel, por favor, no hagas que las cosas sean más difíciles. No tenemos elección y tú lo sabes.

¿Pero cómo dejarle marchar sabiendo que iba a ser para siempre, que nunca más volverían a estar a solas?

-¿Me das un beso de despedida? Sólo uno, por favor... -suplicó.

Aunque sabía muy bien cuál iba a ser su respuesta, no por eso le dolió menos. .

-Sabes que no puedo, corazón. Si te toco, no respondo de mis actos. Deja que me vaya, cariño, es lo único que puedo hacer por ti.

Recuerda que esté donde esté y haga lo que haga, tú estarás siempre en mi corazón.

Rachel nunca supo de dónde sacó las fuerzas para consentir en verle marchar. Ya en la puerta, Gabriel se volvió y ambos se miraron durante un instante larguísimo. Ella incluso consiguió esbozar una dulce sonrisa para él, aunque no pudo evitar que las lágrimas se deslizaran por su rostro.

-Te quiero -fue lo último que le dijo Gabriel.

Rachel se quedó sentada, inmóvil, oyendo sus pasos en la escalera y en el descansillo. Se obligó a permanecer así hasta que oyó cerrarse la puerta principal y el ruido del motor de su coche. Entonces y definitivamente una garra salvaje le partió el corazón en dos pedazos.

-¡Rachel! ¡Eh, «dormilona»! ¡El teléfono!

-¿Qué? -parpadeó confusa, mirando a su alrededor hasta que vio que su secretaría levantaba el auricular delante de ella.

-¡El teléfono! -repitió- ¡Es para ti!

-¡Ah, ya voy!

Pero antes de que pudiera llegar a la mesa de Alice, ésta se puso de nuevo al habla.

-¿Cómo dice? Pero... Está bien, yo se lo diré -dijo, y colgó-. Perdona, Rachel, han colgado.

-¿Quién era? -preguntó extrañada,

-Una señora, no ha dicho su nombre. Me ha dicho que llamaba de parte de tu madre.

-¿De mi madre? -no entendía por qué su madre la había llamado a través de otra persona, a no ser que...-. ¿Es que le ha pasado algo?

-No, no, tu madre está bien, pero parece ser que Gabriel, es decir, el señor Tiernan...

-¡Gabriel! -le interrumpió Rachel súbitamente alarmada-, ¿qué es lo que le pasa?

-Ha dicho que no está muy bien, por lo visto algo del corazón...

A toda velocidad buscó su bolso y la chaqueta, dispuesta a salir sin más demora.

-¿Te ha dicho dónde estaba?

-En la casa. Dijo que sería mejor que te dieses prisa, que era importante... -pero Rachel ya estaba fuera de la oficina y no podía oírla.

Se dirigió al aparcamiento, rezando para que no le hubiera pasado nada. Por suerte, no había demasiado tráfico, aunque Rachel prefirió concentrarse en la carretera para no pensar en lo que la esperaba en la casa.

No podía creer que Gabriel, tan joven como era, hubiera sufrido un ataque al corazón... aunque siempre quedaba la funesta posibilidad de que fuera algo hereditario...

No quería ni pensar en la posibilidad de que estuviera tan transtornado que hubiera pensando en el suicidio..

Al llegar frente a la casa aparcó de cualquier manera y se precipitó al interior.

-¡Gabriel! -gritó en el descansillo-. ¡Gabriel! ¿Dónde estás?

Al no obtener respuesta pensó que quizá estaría en su cuarto, tumbado en la cama, pero cuando se disponía a subir las escaleras, oyó que un coche se detenía frente a la puerta.

-¡Rachel! ¡Rachel, por Dios santo! ¡Rachel! -era Gabriel, llamándola con la misma desesperación con la que ella le había buscado apenas hacía unos instantes.

Salió a su encuentro, atónita ante su gesto descompuesto y su apariencia alterada, que debían ser un fiel reflejo de su propia expresión.

-Gabriel...

-¡Oh, Rachel! ¡Gracias a Dios!

-Gabriel, ¿estás bien, verdad? -no pudo contenerse por más tiempo, nada ni nadie hubieran podido impedir que se precipitara en sus brazos-. ¡Dios, estás bien! -musitó al cabo de un instante, separándose un poco de él para verlo mejor.

-¿Bien? -dijo Gabriel extrañado-. ¡Claro que estoy bien! ¡Eras tú la que estabas enferma!

-¡No! -le contradijo Rachel sacudiendo la cabeza con énfasis-. ¡Eras tú! Llamó una mujer que dijo que hablaba de parte de mi madre. Según ella, te había dado una especie de ataque...

-...al corazón -la interrumpió Gabriel acabando la frase por ella-. ¡Eso es lo mismo que me dijeron que te había pasado a ti! Pero, si no fuiste tú la que llamó...

-¡No! ¡Te aseguro que no fui yo!

-Entonces, ¿quién demonios lo hizo?

-Fui yo -contestó una voz firme y suave a sus espaldas.

Rachel se volvió hacia la puerta del salón, que durante todo ese tiempo había estado entreabierta y se quedó asombrada al ver aparecer a Cassie, elegantemente vestida y tan encantadora como siempre, apenas un poco más pálida que de costumbre. Ella se les quedó mirando a su vez con los ojos brillantes.

-¿Cass? -por el tono de su voz, resultaba evidente que Gabriel no sabía cómo reaccionar ante la imprevista interrupción de su prometida-. ¿Qué haces aquí?-hizo un gesto para asir una de sus

manos, pero ella le detuvo con un simple ademán.

-Fui yo la que os telefoneó. Siento haberos preocupado, pero tenía que saberlo, tenía que ver la verdad con mis propios ojos.

-¿La verdad? -Gabriel intentaba ganar un poco de tiempo, pero sabía exactamente a lo que Cassie se refería. Y Rachel también lo supo al darse cuenta de que el brillo en la mirada de su oponente estaba provocado por las lágrimas.

-Aunque te lo hubiera preguntado, no me habrías dicho la verdad -dijo la joven con resignada tristeza-. Sé muy bien que has intentado ocultármela durante todas estas semanas, pero yo intuía que pasaba algo. Se veía a las claras que no eras feliz, que tú interés por la boda era fingido, que no te hacía la más mínima ilusión de compartir tu vida conmigo. Yo sabía que había alguien más.

-Cassie... -Rachel quiso justificarse, pero ella la interrumpió con otra de sus dulces sonrisas.

-¿Sabías que Gabriel no paraba de hablar de ti? Que si Rachel esto, Rachel lo otro, que si tenías mucho talento, que eras muy guapa y te vestías muy bien...

-¡Estoy segura de que eso no quería decir nada! -protestó.

-Pues yo opino lo contrario -la corrigió Cassie con una sonrisa amarga-. A mí me parece que te quiere, pero que es tan tonto y tan orgulloso que ni siquiera es capaz de reconocerlo, ¿verdad, Gabriel? -él le devolvió una mirada siniestra-. Creo que como vivisteis tantos años juntos, ni siquiera fuisteis capaces de daros cuenta de lo que os estaba pasando...

-¡Cassie! ¡No sigas! -exclamó Gabriel horrorizado. Rachel, por su parte, parecía a punto de sufrir un ataque de nervios. De los tres, la única que mantenía la compostura era Cassie.

-Sí, Gabriel -insistió-, no soy ninguna tonta. Todo este tiempo he sabido que no me querías de la misma forma que yo a ti. Siempre he sospechado que había otra mujer, pero pensé que te había roto el corazón al no corresponderte. Cuando conocí a Rachel y os vi juntos, supe que era esa mujer -sonenriendo, se volvió hacia ella mirándola con cierta simpatía-. Pero, lo que no acabo de entender es que parece que ella te quiera también, ¿verdad?

-Sí-respondió Rachel, incapaz de mentirle-, pero... Sin embargo, Cassie no la dejó terminar.

-Sabiendo eso no podría interponerme entre vosotros. Estaba casi segura de que os habíais distanciado por alguna tonta pelea, así que decidí hacer una prueba: os hice llegar esos mensajes por teléfono y me vine aquí para esperaros. La señora Reynolds me abrió la puerta sin problemas. Si me quedaba alguna duda,

desapareció por completo en cuanto os vi. No es sólo que os améis el uno al otro, es que sois almas gemelas.

Cassie suspiró profundamente y, volviéndose hacia Gabriel, le tendió su anillo de compromiso.

-No puedo casarme contigo, Gabriel, no sabiendo que nunca conseguiría hacerte feliz. Es mejor así -añadió rápidamente.

Por su expresión, Rachel supo de inmediato que Gabriel se rendía, qué aceptaba lo que su prometida acababa de decirle. Se quedó mirando el anillo que ella había depositado en la palma de su mano, brillante como una lágrima.

-Yo habría intentado hacerte feliz -<iijo.

-Lo sé -suspiró Cassie-. Pero eso no me basta -se adelantó hacia él y lo besó tiernamente en la mejilla-. Cuida de él -continuó, dirigiéndose a Rachel- Prométemelo.

Rachel tenía un nudo tan terrible en la garganta que fue incapaz de responderla.

-Gabriel -dijo Cassie-, tienes que aprender a luchar por lo que deseas, a no renunciar a lo que quieres. Rachel ya no es tu hérmanita como solías llamarla. Nunca lo ha sido, ya ha crecido y, adernás te quiere tanto como tú a ella. Que seáis felices.

Rachel ni se dio cuenta de que Cass se había marchado. Estaba como hipnotizada mirando a Gabriel. Más pálido y rígido que nunca, apretó el anillo con fuerza antes de estamparlo con rabia contra el suelo. Su silencio era mucho más terrible que el más obsceno de los juramentos o que el estallido de la rabia más salvaje.

Instintivamente, Rachel levantó una mano, pero antes de que pudiera siquiera tocarlo, él se apartó como si sus dedos fueran a abrasarle.

-¡No! -dijo con la furia impotente de un animal acosado-. ¡No me toques otra vez! Por favor, Rachel, si quieres hacerme un favor, vete y no vuelvas hasta que me haya ido.

-¿Irte? ¿Adonde? -aunque se lo esperaba, el impacto de aquella noticia fue terrible.

-A nueva York, a California, ¡yo que sé! ¡Al infierno!

Rachel quiso gritar, abrazarse para intentar contener la angustia que amenazaba con devorarla. Quería suplicarle que no se fuera, que no la dejara sola otra vez... Sin embargo, sabía que eso sería la cosa más cruel que habría hecho en su vida, que no haría mas que aprovecharse de un hombre derrotado.

Cassie había sido su escudo, y sin ella para defenderle, no le quedaba más opción que marcharse.

Gabriel ya la había dejado tres veces, ya no debían quedarle

fuerzas para hacerlo una vez más, así que tendría que tomar ella la iniciativa.

Sin decir una palabra, Rachel se dio la vuelta y se alejó de él. Ante ella se extendía un futuro negro, desolador. Cuando salió a la calle, empezó llover con fuerza, de tal modo que al poco tiempo fue incapaz de distinguirla de sus propias lágrimas.

Capítulo 12

EL TIMBRE de la puerta era lo último que Rachel quería oír.. Acababa de volver a casa después de haber pasado un día infernal en el trabajo, en el que había simulado mantenerse ocupada, o que estaba interesada en lo que hacían los demás, cuando, en realidad, se sentía morir por dentro. Cuando ya no pudo soportarlo más, fingió que tenía un dolor de cabeza muy fuerte y se marchó a su casa.

En realidad, cuando llegó le dolía la cabeza bastante, de forma que se alegró de que su madre no estuviera en casa. Por el silencio que reinaba en la casa, dedujo que Gabriel tampoco estaba... aunque también podía ser que se negara deliberadamente a responder a su saludo.

Aquello era lo más probable, se dijo, sintiéndose muy desgraciada. Después de la terrible escena del día anterior, Gabriel se iba cuando ella regresaba a la casa, y era sólo cuestión de muy poco tiempo el que por fin volviera a América para instalarse allí definitivamente. Ya tenía reservado el vuelo, aunque Rachel no sabía exactamente para cuándo.

Cuando sonó el timbre estaba sentada en el sofá, a punto de tomarse una taza de té con dos aspirinas. Se dijo que lo último que quería o necesitaba era tener compañía, así que decidió ni molestarse en abrir.

Sin embargo, no había contado con la señora Reynolds, quien nada más oír el segundo timbrazo, se precipitó a la puerta.

-Sí, la señorita Amis está en casa; iré a avisarla -oyó que decía el ama de llaves al visitante. Resignada, se incorporó para recibirla.

-Ha venido a verla la señora Tiernan -le informó la criada.

¿La señora Tiernan? Por un momento pensó que se trataba de su madre. Sin embargo, antes de que entrara la desconocida, intuyó con un estremecimiento de quién era en realidad.

Efectivamente, aquella mujer alta y morena de rasgos aristocráticos no podía ser otra que la madre de Gabriel. Él le había dicho que pensaba viajar hasta Inglaterra para asistir a la boda, pero, por lo visto, había decidido adelantar su.llegada.

-Espero no molestarte -se disculpó la dama con una sonrisa-. He venido para ver a Gabriel.

Incluso sólo oír aquel nombre le dolía. ¿Cuando acabaría aquella terrible agonía?

-Me temo que ahora no está -contestó.

-¡Claro! Tenía que habérmelo imaginado. Estará con Cassie, ¿verdad? Aunque le dije que vendría con el tiempo justo para la boda, luego pensé que sería una buena idea poder pasar una semana entera con él. Conseguí el billete en el último momento, así que ni tiempo tuve para llamarle. Lo siento.

-No te disculpes -replicó Rachel sin pensar-. Para serte sincera, no creo que esté con Cassie... -se interrumpió al ver su expresión de extrañeza !- Quiero decir... ¡Vaya! ¡Es evidente que no sabes la noticia!

El viaje en avión duraba un día entero, por lo que era imposible que Gabriel hubiera podido hablar con ella para contarle lo ocurrido.

-¿Noticia? ¿Qué noticia? ¿Acaso hay algún problema? -preguntó preocupada.

-Más bien -contestó Rachel evasiva-, pero no creo que sea yo la que deba contártelo.

-Por favor, hazlo. Me has dejado muy preocupada con lo que me has dicho, tengo que saber algo más, insisto -le rogó la señora Tiernan sonriendo exactamente de la misma forma que su hijo. Al verla, Rachel estuvo a punto de prorrumpir en llanto.

-Entonces, será mejor que te sientes -le advirtió.

-¡Espero que no sea una mala noticia!

Rachel sólo pudo hacer un gesto con la cabeza, con las mejillas inundadas de lágrimas. Al darse cuenta de su turbación, Lily Tiernan alargó una mano para tranquilizarla.

-Anda, cuéntamelo, ¿tiene que ver con la boda, verdad?

-Sí, se ha suspendido -repuso Rachel, sin saber cómo amortiguar el impacto de semejante noticia-. Gabriel y Cassiie... bueno, han roto su compromiso... Fue Cassie quien lo hizo, porque... porque...

-Por ti -la interrumpió Lily haciendo gala de una intuición que la dejó perpleja-. Tú eres Rachel, ¿verdad?

-Sí, pero...

-¡Gracias a Dios! -exclamó la madre de Gabriel visiblemente aliviada, sumiéndola aún más en la confusión-. ¡Menos mal que ese chico ha recobrado el sentido!

-¿Cómo? -exclamó Rachel sin saber qué pensar ante semejante afirmación.

-Te ha querido durante años, de hecho, creo que desde que te conoció. Solía decirme que sólo estaba esperando a que te hicieras mayor.

Su sonrisa era tan cálida y amable que a Rachel le llegó

directamente al corazón, haciéndole recordar los instantes, tan raros y preciosos, en los que Gabriel le había demostrado abiertamente lo que sentía por ella.

-Pero hace unos cinco años -continuó Lily-, pareció cambiar de actitud. Decía que ya no tenía ningún futuro contigo, que había cometido un gran error. Yo no le creí, ¿sabes? Durante mucho tiempo no volvió a interesarse seriamente por ninguna otra mujer. Lo siguiente que supe al respectóles que pensaba casarse con esa tal Cassie, así que imaginé que tú no le correspondías... -se interrumpió bruscamente al ver que Ra-chel volvía a estallar en lágrimas-. Cariño, ¿que te ocurre? ¿Acaso tú también lo amas?

-Con todo mi corazón -confesó, limpiándose la cara con el dorso de la mano-. Pero no puede ser... Lo quiero pero no puedo casarme con él, estaría muy mal.... Y Gabriel., -no pudo continuar. Le ahogaban los sollozos tanto tiempo reprimidos.

Apenas se dio cuenta de que Lily se sentaba a su lado y ponía los brazos alrededor de ella, sosteniéndola hasta que se le pasó aquel arrebato. Después, abrió el bolso y le alargó un inmaculado pañuelo.

-Me parece que tú y yo tenemos que hablar muy seriamente. Ahora, limpíate la nariz y cuéntame quién te ha metido esas ideas tan tontas en la cabeza.

-¡Gabriel! -contestó Rachel contrayendo el rostro en una mueca de dolor-. Y no son simples ideas... sino hechos...horrorosos además.

Fue como si hubiera derribado el último dique: sin detenerse, sin vacilar le contó con todo detalle lo que Gabriel le había dicho, que era la hija ilegítima de Greg Tiernan. Durante el tiempo que duró su confesión Lily permaneció en silencio, limitándose a asentir brevemente para ayudarla a continuar.

Cuando por fin terminó su relato, Lily respiró profundamente. Se puso en pie y apretó el timbre para llamar a la señora Reynolds.

-Creo que nos hace falta una buena taza de té -dijo con tanta calma que Rachel empezó a pensar que nada de lo que había oído le había hecho mella-. Cuando estés más tranquila -continuó- te contaré algo acerca de mi hijo, algo que no le he dicho jamás a nadie.

Mucho rato después de que Lily se marchara, Rachel permaneció sentada en su sillón, intentando asimilar todo lo que acababa de escuchar. Le resultaba tan increíble que aún no acababa de entender todas las implicaciones que semejante revelación tenía para su futuro. Estaba tan sumida en sus pensamientos que no oyó el ruido del coche de Gabriel, ni tampoco sus pasos cuando entró en el salón

y se puso delante de ella, mirándola asombrado.

-¿Rachel? ¿Qué haces en casa a estas horas? -preguntó sin disimular su preocupación.

Ella levantó la cabeza sorprendida y se le quedó mirando. Parecía muy cansado, se dijo con tristeza; llevaba un traje negro, lo que acentuaba aún más su extrema palidez.

Lo que tenía que decirle iba a cambiar por completo las cosas entre ellos, pero no podía hacerlo de golpe, y menos cuando aún ella no había conseguido asimilarlo del todo.

-Estaba pensando -dijo evasivamente-. ¿Dónde has estado?

-Por ahí -replicó cortante. Sin embargo, al ver que su respuesta no la satisfacía en absoluto, decidió darle algún detalle-. Di un largo paseo por la orilla del río, intentando aclararme un poco. También fui a ver a Cassie, tenía que hablar con ella para pedirle perdón por haberle hecho tanto daño.

-¿Cómo está? -preguntó Rachel sinceramente interesada. Había sufrido tanto a causa del mal de amores que no podía por menos que solidarizarse con la pobre joven.

-Va saliendo adelante. Se da cuenta perfectamente de que nuestro matrimonio nunca hubiese funcionado, que nunca la habría hecho feliz. En el fondo los dos sabíamos que no estábamos hechos el uno para el otro, así que ha sido una suerte para ambos que ella tuviera el coraje necesario para acabaron el compromiso.

-Es una mujer encantadora -afirmó Rachel-. Merece ser muy feliz. Me recuerda mucho a tu madre.

-¿A mi madre? -preguntó Gabriel extrañado-. ¿Cuándo la has visto? -continuó aprensivamente.

-Vino esta tarde. Yo había salido más pronto de la oficina, así que estaba aquí cuando llegó para verte. Hemos estado hablando mucho tiempo. , -¿Sobre qué? -preguntó al instante Gabriel. Parecía un animal acorralado.

-Sobre ti. También jne ha contado algunas cosas de su relación con Greg..Me ha dado una carta para ti

-¿Una carta? -repitió Gabriel enarcando las cejas-. ¿Por qué ha hecho eso?

A Rachel le costó un enorme esfuerzo mantener la compostura cuando lo que estaba deseando era levantarse y contarle todo lo que sabía. Sin embargo, se dijo que sería mejor obrar con prudencia, pues la reacción de Gabriel era imprevisible.

-Será mejor que la leas -dijo poniéndose en pie y tendiéndole el sobre-. Ahí te lo explica todo.

Fue Lily la que la había sugerido hacerle saber la verdad de

forma gradual, para que se fuera convenciendo él solo. Rachel se había mostrado de acuerdo, pero ahora apenas podía soportar la espera.

Gabriel la miró con los ojos entrecerrados, sin saber muy bien si hacerla caso. Por fin, abrió el sobre y sacó las hojas que contenía. Rachel sintió una punzada de simpatía por Lily, a quien tanto le había costado escribir aquellas páginas.

Le fue muy fácil discernir el momento exacto en que Gabriel llegaba a la parte más crucial de la historia de su madre. Su reacción le indicó bien a las claras lo afectado que se sentía; muy afectado, movió la cabeza de un lado a otro, como negando la evidencia que tenía entre las manos. Con la mirada fija aún en la carta, se sentó en el sillón más cercano y volvió a releer la misma página. Rachel le observaba conteniendo la respiración.

-¿Qué significa esto? -estalló por fin Gabriel mirándola directamente a los ojos.

-Exactamente lo que ahí dice -replicó Rachel roncamente. El corazón le latía con fuerza, bombeando la sangre al cerebro con un estruendo ensordecedor.

-Pero... -protestó Gabriel incrédulo-, por lo que dice aquí, mi madre sabe que tú eres...

-Que soy la hija de su esposo, sí -asintió Rachel-. Yo se lo conté. Y también dice que tú no eres el hijo de tu padre -temblorosa, se apoyó en uno de los lados del sillón, señalando con el dedo las partes más significativas de la carta.

Lily confesaba en ella que, poco después de su boda, al enterarse de las continuas infidelidades de Greg, se había sentido tan dolida que había decidido vengarse de él de la misma forma. Sin embargo, el hombre que conquistó su corazón no podía ser más diferente a su marido.

Se trataba de un hombre de negocios italiano, mucho mayor que ella, que estaba sólo de paso en Inglaterra. Con su dulzura y amabilidad, consiguió que ella se enamorara locamente de él en muy poco tiempo. Incluso llegaron a hablar de matrimonio, pues Lily estaba decidida a abandonar a Greg y marcharse a vivir a Italia.

Pero antes de que pudiera plantearle la cuestión a su marido, su amante sufrió un infarto y murió. A los pocos días, Lily descubrió que esperaba un hijo: Gabriel.

Siempre supe que Angelo era tu padre -le explicaba en la carta-. Por eso te puse Gabriel, para recordarle siempre. Para cerciorarme, me aseguré de que te hicieran análisis de sangre cuando eras más joven. Los resultados demuestran sin ningún género de dudas, que

no puedes ser hijo de Greg...

Poco después de la muerte de Angelo, Lily se reconcilió con su marido, quien al enterarse de que estaba embarazada, prometió cambiar, ya que pensaba que aquel hijo era suyo.

Sin embargo, Lily sabía muy bien que nunca sería tan feliz con su marido como lo hubiera sido con Angelo, y por eso guardó aquel secreto, sin querer confiárselo siquiera al propio Gabriel.

-Pero -dijo Gabriel confuso-, ¿qué pasó cuando mi padre ordenó aquellos análisis?

-En ellos se demostraba que yo era su hija, pero ni siquiera os planteasteis la posibilidad de que tú no lo fueras.

-Sin embargo -empezó Gabriel esforzándose por recordar-, en una carta que me escribió cuando me fui a América, en la que me decía que estaba dispuesto a hacer las cosas bien y a dejarte la parte que te correspondía de su fortuna, añadió algo que yo entonces no entendí muy bien. Me dijo que eso era lo único que importaba, y que por nada del mundo permitiría que la gente metiera sus narices en cosas que no le concernían.

-Creo que por eso no llegó a reconocerme nunca -dijo Rachel tristemente-. Puede que sospechara que no eras su hijo, pero te había criado como a tal, y para él eso era lo más importante.

-Puede que fuera como dices -reconoció Rachel-. Mi madre también me explica que no me lo confesó en su momento porque, a fin de cuentas, Greg ha sido el único padre que he conocido. Me dio su apellido, me educó y estuvo a mi lado siempre, así que pensó que no iba a ganar nada si me enteraba de la verdad.

»Nadie se preocupó de explicarnos nada porque pensaban que no necesitábamos saberlo, tan en secreto mantuvimos nuestro amor. A la única que le dije que te quería fue a mi madre, y ella siempre creyó que eras la hija de John Amis.

-Gabriel -dijo Rachel muy suavemente, incapaz de contener su impaciencia por más tiempo-, ¿sabes lo que esto significa para nosotros?

Las cosas no se estaban desarrollando en absoluto como ella había imaginado. Pensaba que nada más acabar la carta, Gabriel se sentiría tan feliz o más que ella al descubrir que no eran hermanos, y que no había nada que se interpusiera entre ellos, que la abrazaría y la besaría entusiasmado.

Sin embargo, parecía estar más alejado de ella incluso que al entrar en la habitación. Era como si le hubiesen propinado un fuerte golpe con una barra de acero en la cabeza.

-¡Gabriel! -sin poder soportar por más tiempo aquella

incertidumbre, se acercó y le dio un beso en la mejilla, esperando que fuera el preludio de otros mucho. Ni por lo más remoto pensaba que él reaccionaría de la forma en que lo hizo.

Se apartó de golpe, levantándose de un salto y haciendo un inequívoco gesto de rechazo que la dejó petrificada.

-¡No! -gritó-. ¡Rachel! ¡No puedo!

-Pero, Gabriel -dijo, levantándose a su vez-, ¿qué te pasa? Ahora podemos estar ya juntos...

-¡Yo no puedol -repitió, y sin decir nada más salió de la habitación.

Rachel estaba atónita. ¿Qué es lo que pasaba? ¿Acaso él mismo, tan sólo unos días antes, no le había declarado su amor de forma ardiente? Se quedó parada en medio de la habitación, sin saber muy bien qué hacer, pues intuía que a él no le gustaría que fuera a su encuentro.

De repente, le llamó la atención una de las páginas de la carta de Lily que él había dejado caer a suelo. Como un autómata se agachó y se puso a leerla.

Gabriel, cariño, ya sé que esto va a suponer un terrible impacto para ti. Hasta ahora pensabas que las cosas eran de un forma y, de repente, descubres que son muy diferentes. Tendrás que encontrarte a ti mismo, necesitarás tiempo para asimilarlo. Por favor, te suplico que te lo tomes con calma y que no hagas nada precipitado.

Con los ojos llenos de lágrimas, Rachel se dijo que había sido ella la que había precipitado las cosas, por su loco afán de tener a Gabriel. Incluso había olvidado que hizo falta que Lily le repitiera tres veces que Gabriel no era hijo de Greg para que empezara a entenderlo.

Y tan sólo hacía un día que había reunido el valor suficiente para enfrentarse a su madre y pedirle que le contara la verdad sobre su nacimiento. Lydia se echó a llorar, pero, al final, tuvo que admitir que había mantenido el secreto para no perder el amor de Greg. Incluso después de su muerte había sido incapaz de contárselo, tan fuerte era la influencia que seguía ejerciendo Greg sobre ella.

Gabriel tenía que estar sin duda muy afectado. ¡Ella misma apenas había podido soportar cinco días la idea de que eran hermanos, mientras que él había sufrido aquella condena durante más de cinco años!

Aunque lo mejor hubiera sido dejarle solo, se le ocurrió repentinamente una idea que la hizo precipitarse escaleras arriba.

Media hora después se contemplaba en el espejo de su cuarto

con una mezcla de satisfacción y vergüenza. Hasta entonces no se había dado cuenta de lo mucho que había cambiado en aquellos cinco años y medio. Sólo podía esperar que Gabriel opinara lo mismo... siempre y cuando ella consiguiera seguir adelante con su resolución.

Sintiéndose tan nerviosa como si tuviera un millón de mariposas aleteando en el estómago, abrió la puerta del dormitorio. Con un sobresalto se topó de bruces con Gabriel, a quien sorprendió justo cuando estaba a punto de llamar a la puerta. En vez de eso, alargó la mano y la asió por un brazo.

-Espero no haberte asustado -se disculpó nervioso-. La verdad es que creí que me habrías oído llegar.

-E... estaba pensando en otras cosas -replicó a punto de desmayarse por la impresión de estar otra vez tan cerca de él.

-Yo también -dijo Gabriel con una sonrisa de complicidad-. Lo he estado pensado mucho y... lo siento de veras, Rachel, estaba fuera de mis casillas. No podía creer lo que decía la carta.

-Lo entiendo...

-Me sentía como un prisionero que hubiese estado encerrado tanto tiempo que, cuando al fin le pusieran en libertad no fuese capaz ni de reaccionar. ¡Estaba tan asustado, Rachel! Parecía demasiado bueno para ser cierto...

-Gabriel, te entiendo, de verdad -repitió Rachel asiendo su mano-. Yo he sentido algo parecido.

-Sí, supongo que sí -admitió Gabriel con una mueca-. Oye -continuó mirándola de arriba abajo-, ¿qué es lo que llevas puesto?

-¿No te acuerdas? -alegre, Rachel se dio una vuelta para que pudiera apreciar todos los detalles del vestido de encaje que se había puesto en su fiesta de cumpleaños.

-¿Acordarme? -replicó Gabriel-. ¿Cómo olvidarlo? Pero no parece el mismo...

Rachel rió complacida al ver su mirada de franca admiración.

-Yo no soy la misma de entonces. He crecido, ¿sabes?

-Sí, ya me he dado cuenta -el vestido se ajustaba como un guante a sus formas. Si hacía cinco años a él le había parecido ya corto, entonces sólo cabía calificarlo de indecente-. Ya no pareces la misma de entonces -continuó Gabriel con voz ronca.

-Y es que ya no lo soy, Gabriel -replicó solemnemente-. Los dos hemos cambiado mucho. Ahora no podemos retroceder, sólo seguir adelante... si tú quieres, claro -se detuvo, incapaz de decir nada más, esperando ansiosamente su reacción.

-Claro que quiero -respondió Gabriel de todo corazón-. Rachel,

te quiero más que a nada en el mundo... -declaró, y alargó una mano temblorosa para acariciarle la mejilla-. Todos estos años he vivido en un infierno, ha sido la peor época de mi vida. Eras tan inalcanzable como la luna, y me obligué a no pensar en ti, aunque no conseguí nunca del todo reprimir mis deseos. Pero ahora, todo eso ha terminado -y para demostrárselo, se agachó hacia ella y la besó, cálida, apasionadamente, con una sensación de plenitud que hasta entonces no habían experimentado.

Rachel le correspondió con la misma ansia, hasta que, de repente, un ruido la distrajo.

-¿Qué es eso? -preguntó separándose un poco de él.

Con una sonrisa traviesa, Gabriel levantó la otra mano y le mostró una botella de champán y dos copas.

-Se me ha ocurrido que podíamos tener nuestra fiestecita privada -le propuso picaramente, utilizando las mismas palabras que ella le había dicho tantos años atrás.

Como por ensalmo desaparecieron todos los malos momentos de aquellos años; la decepción y el dolor se evaporaron como gotas de rocío al contacto con el sol.

Por toda respuesta Rachel le asió por la mano y le introdujo en su dormitorio y, cuando estuvieron dentro, hizo que dejara las botellas sobre una mesita.

-Así que has venido hasta aquí para demostrarme que ya eres todo un hombre -replicó Rachel siguiéndole el juego.

Gabriel asintió al tiempo que sonreía ampliamente al darse cuenta de lo que pretendía. Hubiera estado bien repetir exactamente lo mismo que habían hecho la primera noche que habían pasado juntos, pero Rachel vio la impaciencia en sus ojos, al tiempo que el deseo crecía con fuerza imparable en su interior.

-Entonces, Gabriel, ¿quieres que me porte contigo como una mujer?

Gabriel volvió a asentir y ella notó que todas sus dudas se disipaban para siempre.

-Este vestido me aprieta -se quejó provocativamente-. Tienes que ayudarme a quitármelo -le instó mimosa.

Para su sorpresa, Gabriel negó con la cabeza y se cruzó de brazos delante de ella.

-Ni lo pienses.

-¿Cómo dices?

-Ahora te tocaba decir otra cosa, ¿no te acuerdas? Venía eso de «sé exactamente para qué has venido hasta aquí».

Incapaz de contenerse un segundo más, y sin preocuparse lo más

mínimo por si estaba siguiendo el guión o no, Rachel le atrajo hacia sí impaciente.

-¡Por amor de Dios, Gabriel, bésame de una vez!

-Ya sabía yo que no eres más que una mocosa maleducada -musitó Gabriel abrazándola de una forma que no tenía nada de fraternal-. Por suerte, tenemos toda la vida por delante para corregir eso, y no pienso desperdiciar ni un segundo.